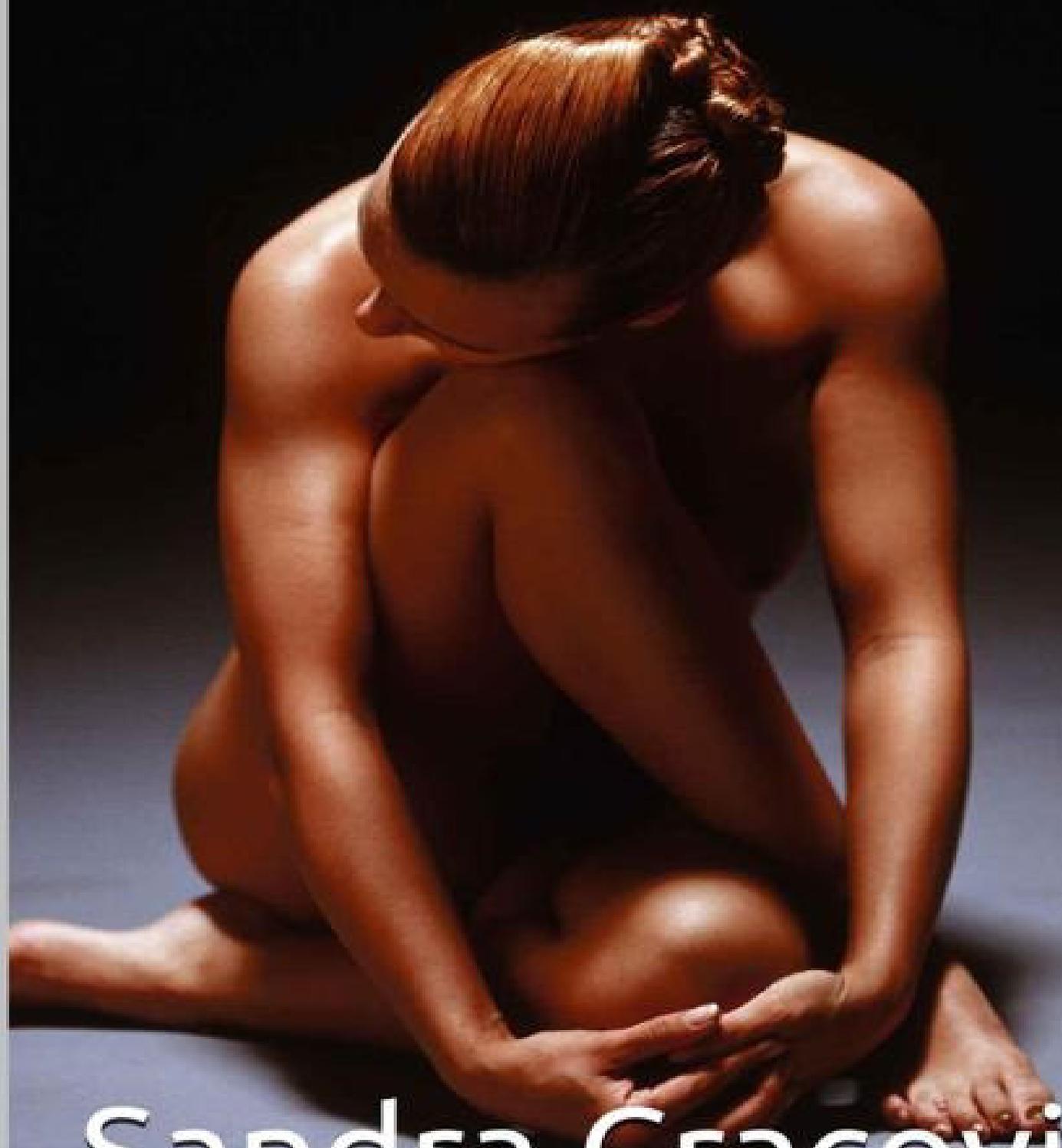


Boda



Sandra Cracovia



Sandra Cracovia

Boda

Aventuras de Sandra Cracovia - 2

ePUB v1.0

SMAGX01.01.12

más libros en epubgratis.org

Boda es la segunda novela erótica de Sandra Cracovia (sandrahotbcn@gmail.com). Finalmente Sandra se casa, pero eso no parece variar el ritmo de escarceos o situaciones excitantes en las que se encuentra involucrada. Esta vez lo que conseguirá con ello será afianzar el prometedor futuro de su marido y... su particular cuenta corriente. Descarada y muy práctica, la rusita Sandra conseguirá levantar pasiones entre los buitres de los negocios que deben invertir en el negocio de Javier (su marido) y José (el jefe de Javier). Nuevas y excitantes situaciones llenas de morbo que obligan al lector a buscar cómo relajarse después de cada capítulo.

© Sandra Cracovia, 2016

(

<https://www.amazon.com/author/sandracracovia/>

)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Preliminares

Sí, finalmente Javier se decidió a proponérmelo y no fue precisamente como en las películas. El sí lo preparó y me preguntó en un buen momento, los dos a solas, tranquilos y relajados, pero fui yo la que fallé.

—¿Pero qué dices? Anda, no seas cursi, ¿cómo se te ha podido ocurrir? —Dije yo riendo.

Pero él sí lo decía en serio, se lo vi en la cara, pero yo ya había metido la pata y roto el momento. Él tenía que iniciar sus idas y venidas de Boston, ahora que estaba al cargo de todo tendría que viajar mucho y... y había decidido que “su rusita” le llenaba tanto que no sólo no quería perderla sino que quería compartir su vida... ¡conmigo! Pero yo no me había parado a pensarlo, ni siquiera lo esperaba, pero claro, con 33 añitos... tal vez tocaba, ¿no? Así que le pedí pensarlo mientras lo llenaba de besos. Le pedí hasta el sábado, donde en una cena romántica le contestaría.

Estuve pensando y pensando... mis amigas rusas lo primero que me dijeron fue que me casara fuera de Cataluña, para que la legislación no contemplara la separación de bienes (saben más de leyes que cualquier abogado). Sí, resulta que si tu primera residencia es en Cataluña aplica el derecho catalán, y aquí el régimen por defecto es separación de bienes, lo que no me convenía demasiado (él tiene mucho dinero y yo no, así que... ¿por qué no asegurarme el futuro si nos divorciábamos?). Pero yo no quería irme de Barcelona (y él tampoco), así que no fue por eso (o no sólo por eso).

Lucía fue la más pragmática. “*Si te gusta y estás bien con él, ¿por qué no?*”.

Debo reconocer que estuve toda la semana dándole vueltas y el sábado todavía no sabía qué responderle. Estaba muy a gusto con él, el sexo era abierto y lo disfrutábamos mucho, no me imponía condiciones ni nada, pero... ¿sería igual si nos casábamos?

Me vestí escogiendo bien para estar radiante. No quería que fuera demasiado sexy (y hacía frío ya), así que opté por ponerme una tanguita diminuta y unos leggins negros que me ajustaban la figura a la perfección. Una blusa blanca por fuera me permitía tapar o no mi culito, dependiendo de mis deseos, o permitir un escote mayor o menor, mostrando mi sujetador con blonda o no. Naturalmente, unos zapatos de tacón de aguja alto a juego con los leggins (así quedaría tan alta como él). Y por encima, pensaba poder llevar un abrigo largo de cuero oscuro con tonos rojizos.

Por una vez estaba ya preparada cuando él me llamó al móvil para avisarme que estaba llegando, así que bajé y subí a su coche en cuanto paró delante de casa. Nos dimos un rápido beso y continuó conduciendo hasta el restaurante mientras nos comentábamos la semana evitando el tema en el que los dos estábamos pensando. Me llevó al Tibidabo, a La Venta, un restaurante tranquilo desde el que tienes a tus pies la vista de toda Barcelona hasta el mar.

Pocas mesas, pero todo muy bien puesto. En Barcelona hay unos preciosos restaurantes, algo caros, pero bueno, eso no nos importa a nosotras, ¿verdad? Sentarnos y tomar la carta fue todo uno (un problema, porque todo parecía riquísimo, y lo estaba). Como siempre, fue él quien eligió el vino. Para esperar la comida tomamos un Muscat de Sumarroca, un blanco delicado mono-varietal, pero bueno, no estamos aquí por los vinos, ¿verdad? Fui yo la que, práctica como siempre, abordé la cuestión.

—He estado pensando mucho en tu proposición... —Le pregunté lo que llevaba en mente, y él se sorprendió; vivir juntos, compartir más tiempo... Sí, seguro, con lo que le toca viajar... — Yo no pienso dejar mi trabajo. —Le solté (mi independencia, mi independencia). Pero sin darme cuenta, eso ya era un sí, así que él se relajó (¡se me había escapado! Grrrr....). Y, a partir de allí, ya todo fluyó sólo. Con las ostras acordamos el barrio donde buscaríamos piso, con la carne que esperaríamos a ver que

funcionaba antes de tocar el tema de posible descendencia, pero con el helado ya abordábamos el hecho que estaría sola mucho tiempo por sus viajes y... y que él esperaba que yo... bueno, fuera discreta. La manera en que lo dijo fue tan dulce y suave que no me dejó opción, me desarmó totalmente. Sin imposiciones, sin restricciones, dejándolo a mi propio criterio (él confía en mí, sí, ¡no os riais! El confía en mi criterio para saber cuándo debo pararme y cuándo puedo hacerlo discretamente o con quien).

Tenía muchas ganas de besarlo, pero el restaurante no era el lugar, así que fui a los baños a retocarme el maquillaje mientras pagaba y salimos tomados de la cintura. Allí, con Barcelona a nuestros pies, nos besamos con pasión y mi pierna enlazó la suya y dejé que nuestras caderas se rozasen para notar su excitación mientras sus manos recorrían mis nalgas. Nuestros cuerpos no dejaban mucho espacio entre uno y otro y yo notaba el roce de mis pezones contra su pecho.

Al final, mis tetas estaban completamente aplastadas contra su cuerpo, y mi entrepierna notaba cómo mis flujos rezumaban mientras podía notar su miembro completamente erecto contra mí. Estábamos en el mirador, con gente alrededor, así que decidimos ir a tomar un cóctel al Mirablau. Todavía era pronto y no había mucha gente, así que pudimos sentarnos en unos taburetes frente a los grandes ventanales que muestran la ciudad. Las luces delineaban las calles y se veían claramente los monumentos iluminados, con el mar al fondo y los cruceros llenos de lucecitas.

Él detrás de mí, con sus manos enlazando mi cintura sobre el abrigo, con su aliento en mi cuello... Sus brazos me abrazaron y me besó, yo giré mi cara para besarle y entonces sus manos aprovecharon para colarse bajo el abrigo. Una de sus manos cayó a mi cadera y la otra tomó mi pezón derecho y lo apretó con ternura. De la cadera a mi muslo, del muslo a mi caliente entrepierna y los leggins pronto dibujaron mi humedad mientras sus dedos delineaban mis labios vaginales y su caricia en el pezón los erguía y marcaba en la blusa. Su dedo marcaba el surco entre mis labios vaginales y lo delineaba de sexo a ano, subiendo y bajando una y otra vez mientras nuestras lenguas se retorcían y mi respiración no dejaba de acelerarse hasta que me corrí mordiendo su labio hasta hacerlo sangrar.

Esta vez fue él quien no había llegado, pero no lo dejé así, tomamos el coche y de camino a mi piso, por la bajada de la avenida Tibidabo, yo ya le había desabrochado el cinturón y sacaba su sexo al aire para tumbarme y pasar a lamérselo. El Jaguar es muuuuy amplio y me pude acomodar bien al soltarme el cinturón de seguridad. Prácticamente cabía arrodillada en la parte frontal. Por suerte, el cambio automático, no impedía la conducción, y él iba concentrado en gobernar el volante mientras yo le hacía una profunda y caliente mamada.

Mis labios apretaron bien su puntita, limpiando los restos de su excitación y pronto estuvieron envolviéndolo mientras notaba el calor de mi boca. Cuando ya la tenía toda húmeda procedí a mover mi cabeza arriba y abajo atrapando cada vez más en mi boca hasta que penetró bien profunda en mi garganta y notaba su vello en mi nariz al tragarla del todo. Fueron pocas sacudidas, debo reconocerlo, pero a mí me dio igual, con tal de notar cómo su lechita entraba directamente en mi garganta e inundaba mi estómago en tres grandes lechadas. Le dejé disfrutar quedándome quieta hasta que salió todo, y luego fui sacándolo de mí mientras apretaba con los labios en un dulce beso que lo iba exprimiendo mientras lo sacaba.

Me levanté y arreglé justo cuando llegamos frente a mi apartamento, justo el tiempo para buscar aparcamiento y salí corriendo, sabiendo que si no salía rápido... no saldría en mucho rato, y el Jaguar es cómodo, pero no tanto. Así que casi tuvo que perseguirme mientras yo contoneaba mis nalgas ante él y lo provocaba para que me siguiera. Naturalmente, me atrapó cuando abría la puerta exterior del edificio y me tomó presa por las caderas clavándome por detrás.

A través de los leggins notaba perfectamente su masculinidad a través de sus finos pantalones de traje, y no me desagradaba en absoluto. Conseguí abrir y casi caemos en el rellano entre risas, pero nos mantuvimos en pie abrazándonos y recostándonos contra la puerta cuando se cerraba. Sus manos buscaban desesperadamente mi sexo y mis pechos forzando mi ropa, y no tardé en tener mi blusa abierta y los sostenes alzados. Yo me dejaba y sus manos recorrían mi cuerpo sometándome a mil sensaciones. Pronto sus labios se unieron a sus manos y mordieron mis pezones hasta tenerlos completamente duros. Entonces sus manos batallaron con mis leggins y me los bajaron hasta las rodillas. Fui yo quien me los saqué sobre los zapatos de tacón (si hubiese esperado que lo hiciera él todavía estaría batallando por conseguirlo).

Fue una vez sin leggins y con los pechos al aire cuando me empujó contra la puerta de entrada del edificio y se hincó de rodillas a lamerme mi vulva apartando la tanguita. Allí ya no me pude contener y empecé a gemir mientras mis manos tomaban su cabeza contra mi sexo y me corrí mientras mis muslos lo apretaban tanto que casi se quedó sin respiración. Dejó que me relajara mientras mis gemidos, lentamente, se normalizaban y mis manos y muslos también. Fue entonces, cuando sucumbí y mis piernas me fallaron, cuando él tomó mi cabello violentamente y empujó mi cara contra su entrepierna.

No hacía falta ser adivina, y yo también quería, así que me la metí en mi boca y empecé a masturbarlo mientras la tragaba. Pero sus manos tomaron mi pelo y me obligaron a alzarme, él quería otra cosa. Me levantó y, tomándome por las axilas, me subió sobre él a peso y trató de empalarme. Fui yo la que corrió la tanga esta vez para permitirle y quedar en sus brazos, rodeándole con mis muslos, en un abrazo que le permitió empalarme completamente hasta el fondo por mi propio peso.

Me apoyó de nuevo contra la puerta y procedió a un acelerado mete saca sin compasión, me estaba follando salvajemente, ya no quería hacerme el amor sino follarme, follarme y empalarme salvajemente, y a mí me encantaba. Me partía chocando sus caderas contra las mías y retirándose hasta casi sacarla para embestir de nuevo, yo le miraba a los ojos y le pedía más, que me follara más fuerte, más a fondo, mientras me mordía el labio y trataba de sacarlo de sus casillas a la vez que yo misma me derretía sobre su polla. Pronto saltaron mis flujos a chorro y mi vagina se estremeció con oleadas de placer que lo ordeñaban y le hicieron correrse a él también, vaciándose dentro de mí con una larga corrida que lo dejó seco de leche.

Por suerte no me dejó en el suelo, mis piernas no habrían respondido. Aguantamos, el uno dentro del otro, mientras se apoyaba en mí contra la puerta y nos recuperábamos ambos. Esperamos un poco, y se deslizó fuera de mí suavemente mientras nos besábamos. Recogí los leggins y subimos a mi piso enlazados por la cintura, si algún vecino se había escandalizado nos era igual. Aquella noche dormimos abrazados y no, no volvimos a hacerlo hasta la mañana siguiente antes de que se marchara.

Mis Amigas

Quedamos el siguiente fin de semana, Laura, Lucía y yo. El pequeño círculo de íntimas (y descaradas). Cada una por separado me habían acibillado *awhatsapp* durante toda la semana preguntándome qué le había respondido, cómo había ido todo... pero yo sólo respondía con mi silencio (me encanta martirizarlas). Sólo les dije de quedar ese viernes y luego... nada, silencio.

Pero yo estaba como en una nube. Había dado el sí, ¿y ahora? ¿Cómo era que no aparecía un coro de angelitos y mi vida cambiaba radicalmente? La rutina del trabajo seguía inexorable (y agobiante), el metro, las idas y venidas, la nevera vacía... Sí, ya sé que soy pragmática y muy realista pero... nunca había dado el sí, y tampoco esperaba nada... pero tampoco que nada cambiara.

Con Javier seguía la rutina de los mensajes, charlas por *Skype*,... se le notaba profundamente ilusionado y también excitado (no en el sentido sexual, sino... ya me entendéis). Y yo estaba terriblemente dulce y suave con él. ¡Yo dulce! Esperando oír su voz y deseándolo. Grrrr... aquello me sacaba de quicio, sentirme vulnerable o tierna... pero es que él me lo pegaba.

Por eso no hablé con las amigas y las dejé con la duda. ¿Qué dirían si ellas me veían así de indefensa? ¡Sería el hazmerreír! Yo que tan cruel había sido cuando Júlia se derretía al hablarnos de Pau ahora iba a tener que sufrir sus comentarios jocosos o incisivos, y eso me daba pánico.

Por eso el viernes que quedamos me vestí de negro riguroso, dura, sexy. Escogí unos pantalones de piel negros de cintura baja que me ajustaban como una segunda piel. Botas negras altas de tacón de aguja largo y fino. El jersey de lana (era un febrero fresco pero no demasiado frío, como todos en esta bendita Barcelona) de cuello alto marcaba mi figura y mis pechos, pero me llegaba cortito a la cintura, pudiendo mostrar el ombligo si yo quería. Esta vez no transparentaba el conjunto negro de ropa interior, algo de blonda bastante transparente. Y un abrigo largo de cuero en plan *Mátrix*. Finalmente, bolsito negro de *Tous* con su osito característico colgando del cierre (adoro ese osito) y unos remaches dorados (¡no iba a ir de luto!).

El conjunto era matador. Perfecta figura delineada, sensual, muy sensual, jugando con los tonos de negro combinados para que no quedara triste. Mi perfecta cabellera rubia destacando y labios muy rojos. El taconeo al ir a la cita con ellas era duro, seguro y firme, haciendo que los hombres se giraran para verme, mientras el abrigo largo se abría por mi marcha y les mostraba mis largas piernas y les encandilaba.

Llegué tarde, por supuesto. Llegué tarde para que ellas ya hubieran tenido tiempo de preguntarse todo lo preguntable, cuchichear y excitarse con la perspectiva de mi sí o de mi no. Llegué radiante, seria, en mi apariencia de agente secreto. Me senté en la terracita bajo su atenta mirada sin responder a su saludo. Guardé las gafas de sol en el mini-bolsito y alcé la acerada mirada, seria, y miré primero a una y luego a la otra.

Laura, mulata, bien abrigada también en un jersey, pero el suyo rojo de punto, con tejanos ajustados y botines de tacón grueso. Sus labios carnosos temblaban de impaciencia y su mirada era de súplica esperando que le contara ya todo. Sus grandes ojos de color café centrados en mí, buscando la respuesta antes de que yo hablase, tratando de adivinar. Siempre tan impaciente por su sangre latina.

Lucía, la esbelta catalana. Profesional y seria, pero con un interior de vicio. Pecho pequeño pero de largos dedos y piernas. Capaz de las mayores locuras cuando se desataba, lo que ocurría en contadas ocasiones, pero la amiga fiel y serena que todas queríamos siempre al lado cuando hay alguna decisión importante que tomar. Ponderada, segura, culta, con su saber hacer y su saber estar siempre correcta. Me miraba escrutadora, también ella muriéndose por conocer mi decisión, pero incapaz de

preguntar si yo no daba pie.

Las miré a las dos. Laura no pudo contenerse y soltó un grito. "Ayyyyy... ¡Di! ¡Le dijiste que sí o que no! ¡Venga...! ¡Di!". Yo volví a mirarlas a las dos a los ojos y, muy seria, abrí mi boca por primera vez.

—Sí.

Y las dos saltaron de excitación y alteraron la paz de la terracita gritando y vitoreando mientras trataban de abrazarme, besarme y... ¡Estaban locas de felicidad! ¡Por mí!

—Pero... —Yo no entendía nada, aunque tuve que esperar a que volvieran a sentarse y se tranquilizaran un poco antes de proseguir, totalmente consternada. —¿Y las burlas? ¿Y lo de convertirme en una esposa recatada? ¿Y lo dese *acabó la fiesta?*

—¿Tú recatada? Imposible, a ti no te cambia nadie.

—¿Tú sin fiesta? No serías nuestra amiga rusa. —Yo no sabía qué pensar. Pero ellas no me dieron tiempo a nada, ¡estaban eufóricas! Y sí, entonces empezó la burla, pero con ganas de reír todas y de todo.

—Tendrás que comprarte ropa interior.

—Ponerte gafas, esa mirada ardiente no va con una esposa recatada.

—Empezar a ver porno en vez de hacerlo.

—Romper los tacones de los zapatos y botas para no ser más alta que él.

—¡Ah! ¡No! Por ahí no paso. Nada de prescindir de mis tacones. Soy rusa.

—Bueno, pues entonces tendrás que añadirte bolsas en los muslos para aparentar celulitis.

—Empezar a ir al gimnasio y suspirar `por los profesores *defitness*.

—Liarte con el repartidor del súper.

—Ver telenovelas.

No sigo, no sigo porque aquello sí fue deprimente. Pero no podíamos parar y seguíamos y seguíamos a carcajada limpia. Los camareros reían sólo de vernos (bueno... reían y se excitaban contemplándonos). Aparecieron hasta tres rondas más de bebida, y sólo la primera la habíamos pagado nosotras. Pero esa noche no queríamos a pesados moscones. Me acosaron a preguntas y quisieron un relato con todo detalle de cómo había ido la cena (qué habíamos comido), recuerdo que cuando les cité La Venta Lucía asintió aprobatoriamente. Fui incapaz de recordar los platos, pero sí el mono-varietal de Sumarroca, Lucía volvió a asentir. Creo que a Lucía Javier le gustaba cada vez más.

Les conté cómo metí la pata al decir aquello de que no dejaría mi trabajo y rieron como locas de que una manipuladora rusa como yo pudiera cometer semejante desliz. Y, a pesar mío, yo también reí, dándome cuenta de la metedura de pata tan enorme que había hecho. Pero eso facilitó mucho las cosas después, me excusé.

Sí, no pararon hasta arrancarme lo de mi orgasmo en el Mirablau pero me negué a explicarles lo que hicimos en casa.

—Pero a la mañana siguiente despertamos abrazados. —Me limité a decir. Y lo peor fue que lo recordaba con una tremenda ternura.

—¡*Matrioshka!* —Gritó Laura divertida. Me había sonrojado y a aquello ellas lo llamaban *Matrioshka*, como las muñequitas rusas que encajan las unas en las otras, con mejillas coloradas. Creo que todavía me ruboricé más.

Después de tres rondas teníamos que movernos y comer algo, sino... aquello podía desmadrarse. Tres mujeres atractivas como nosotras atraían la atención y ya estaba siendo hora de cenar o se nos subiría el alcohol a la cabeza y haríamos alguna locura (y ya conocíamos nuestras locuras). Así que fuimos a cenar a un pequeño restaurante del barrio del Born donde Lucía, previsora, había reservado mesa (sin reserva... olvídate de cenar en el Born un viernes).

Había cola en la entrada, pero nadie se extrañó que tres espectaculares mujeres como nosotras la rebasáramos con seguridad, con la seguridad de que seríamos bien

recibidas tuviéramos reserva o no. Porque todas las miradas siguieron nuestro paso hasta el metre, que al escuchar el apellido de Lucía nos guio inmediatamente a una mesa ya preparada.

Cenamos buen pescado regado con dos botellas de vino. Todavía ahora no me explico cómo pudimos comer, ¡si no paramos de reír en todo el rato! El resto de mesas nos contemplaba divertido, fueran hombres o mujeres. Con los postres tres camareros se acercaron a nuestra mesa con sendas invitaciones de tres mesas diferentes. Si hasta entonces nos habíamos reído, eso ya fue para desternillarse. Resignados, los hombres de las tres mesas aceptaron nuestras negativas simpáticas. Pero entonces, al mirarnos, las tres nos entendimos y nos pusimos en pie a la vez.

Recorrimos el restaurante yendo de mesa en mesa agradeciendo a los caballeros su invitación, pero denegándola porque *“la amiga más manipuladora y perversa del mundo mundial, rusa de nacimiento, pero diablesa de nacionalidad, había dado el sí a un pobrecillo incauto (pero rico) y esa era una noche de celebración privada”*. Recorrimos las tres mesas, pero al volver nos encontramos cuatro camareros más esperando con invitaciones de otras tantas mesas que, viendo el show, exigían también ser parte de nuestra celebración. Sólo habían quedado dos mesas sin invitarnos en todo el restaurante.

Entonces apareció un gordito italiano, el propietario. El metre, divertido, había ido a avisarlo. Pidió silencio en toda la sala del comedor y, haciéndonos levantar de nuevo y reunirnos con él en el centro, agradeció públicamente que hubiéramos compartido en su local y con toda su concurrencia nuestra alegría, felicidad y celebración. Preguntó quién era la afortunada y, tomándome de la mano, empezó a cantar con voz de tenor ¡una tonadilla de amor italiana! Tenía muy buena voz, pero al poco un caballero que podía haber sido el clon del propietario, apareció a nuestro lado y entonó una segunda y picante estrofa que detallaba mi figura con pícaros comentarios de lo que haría a esas montañas rusas.

El que se había presentado como propietario, que debía ser co-propietario, pues a la vista estaba que eran hermanos, replicó con una nueva estrofa que detallaba las curvas de mis nalgas como suaves olas que encenderían el calor interno del más santo padre de la santa iglesia. Todo en italiano, por supuesto, pero en Barcelona, donde se habla catalán y castellano, el italiano se entiende a la perfección (otra cosa es hablarlo). Finalmente, los dos a coro, entonaron una última estrofa dedicada a los rojos labios que ambos devorarían con placer, bien con su boca o bien con su estaca.

Todo el restaurante coreó el final con aplausos, gritos y bravos y los camareros aparecieron con botellas de Lambrusco para cada mesa a cuenta de la casa. Pero para nosotras trajeron un fino cava acompañado con dulces de almendras y, luego, limoncello.

Alargamos la celebración en el restaurante y nos obligaron a bailar una y otra vez con completos desconocidos que acariciaban con pasión nuestras nalgas, pero... fue muy divertido.

En taxi, finalmente, muy tarde, llegamos a mi piso y subieron a tomar la última. En casa tenía sólo una botella de Cabernet, pero ni la abrimos. Nos costó subir las escaleras hasta mi puerta, todavía riendo. Cuando llegamos, alguien tomó las llaves de mi mano y, galante, abrió mi puerta, era Raúl, mi vecinito sesentón que tanto me cuida. Claro, con tantas risas... no habíamos sido precisamente discretas y nos había oído. Entramos y escuché cómo Raúl, diligente, dejaba las llaves en la mesilla de entrada y se dirigía a la cocina y ponía el agua a calentar mientras nosotras, derrotadas, nos tirábamos en el sofá las tres.

—El té estará listo en un instante. —Nos dijo des de la puerta de la cocina, contemplándonos y yendo a recoger mi ropa tirada por el suelo.

—Gracias Raúl, eres un sueño.

—Raúl, ¿y tú no te querrías casar conmigo? —Dijo Laura. — A mí no me quiere nadie. Ahora Sandra, dentro de poco Lucía con Pau,... me quedará sola, y yo quiero a alguien como tú, Raúl, que me cuide como a una reina. —Pero Raúl siguió con sus tareas sabiendo que no le preguntaba en serio.

—Tontita, yo sí te quiero. —Le dije yo mientras me acercaba y le daba un profundo y lascivo beso.— ¿Cómo quieres que nadie te quiera con esa piel satinada que tienes? Tan dulce... tan sabrosa...

—¡Y con esos duros melones! —Saltó Lucía tomando a manos llenas sus pechos y aplastándolos.

Rápidamente el jersey rojo de punto de Laura salió por su cabeza y se encontró desnuda de torso para arriba con Lucía comiéndole un pecho y yo el segundo. Cuando el agua empezó a hervir Raúl nos contemplaba desde una silla, pero nosotras ya estábamos las tres desnudas en el suelo acariciándonos y dándonos placer.

El sexo con hombres es un placer, pero con mujeres... es muy diferente. La voluptuosidad de Laura, sus labios carnosos o sus grandes pechos están hechos para disfrutarlos. Pero la sensualidad de Lucía y sus estilizadas piernas... Sólo las mujeres saben encontrar aquel punto que acariciar con el tacto correcto, dulce y suave al principio pero también convertirlo en duro pellizco o mordida en el momento conveniente.

Dos sexos en abrazo carnosos, refregándose y buscando la presión de los clítoris, piernas enlazadas o succiones en los pezones... éramos tres cuerpos buscando cada uno la zona más sensible del otro. No, no usamos juguetitos, esa noche bastaron nuestras bocas o dedos, era una noche de hembras y de placer. Cada una buscando el orgasmo de la otra, sabiendo que nos recompensarían por el esfuerzo.

Pero finalmente, entre las dos me atraparon. Lucía me sostuvo los brazos abiertos comiéndome los pechos mientras Laura con sus deliciosos y carnosos labios exploraba cada recoveco de mi intimidad aguantando abiertas mis piernas con el peso de su cuerpo. Parecían sincronizadas, pues las caricias de ambas me volvían loca y sentía crecer dentro de mí la fuerza de un tremendo orgasmo que se acercaba e iba llenándome y llenándome sin alcanzar nunca el todo. Quería dejarme arrastrar, pero las dos diablas sabían cómo retener el placer en ese dulce limbo. Me forzaban a permanecer quieta y la presión de Laura en mi sexo me inmovilizaba las caderas. Y yo me iba encendiendo y quemando por dentro notando cómo estaba a punto de estallar, pero Laura seguía acariciando y sorbiendo con parsimonia, lentamente, torturándome.

No sé cómo lo notaron, pero lo hicieron. Llegué al límite y ellas estaban allí apretando firme para no dejar ningún grado de libertad a mi cuerpo y ambas embistieron a la vez. Laura tomó mi hasta entonces ignorado botón del placer entre sus labios y presionó la base con sus dientes mientras Lucía exprimía mis duros pezones y los marcaba también con su dentadura. Las dos mordieron a la vez generando una terrible explosión de sensaciones en mi cuerpo que ahora venció su presa y se convulsionó y agitó por las caderas arqueándome. Pero ninguna de ellas soltó la presa, siguieron firmes en sus puestos apretando y mezclando dolor y placer, estimulando y obligándome a alargar el orgasmo que fue como una ola en mi interior, explotando.

Entonces empezaron ellas a mover sus bocas, a morder en cortos y repetidas suaves y dulces dentelladas que crearon réplicas de terremotos en mi cuerpo sacudiéndome incontables veces. Tanto me sacudí que me libré de sus mordidas, pero la incansable Laura seguía con tres dedos en mi sexo y su pulgar en mi ano y no dejaba de explorar dentro de mí. Las olas fueron remitiendo y mis gemidos también, pero Laura no paró y Lucía busco mi boca, su lengua me follaba como culebra mientras aquellos dedos morenos de la mulata seguían taladrándome con dulzura. El fin del orgasmo es tan importante o más que el orgasmo, y aquél fue glorioso. Las oleadas fueron remitiendo, cada vez más suaves, pero incesantes, alargándose, suaves, al ritmo de los

prodigiosos dedos de la mulata o la lengua de la catalana. Hasta que las tres, rendidas, pudimos reposar en el suelo y tratar de recomponer nuestras respiraciones. Por encima de nuestro olor a sudor y sexo nos llegó el dulce aroma del té. Raúl lo tenía todo a punto en la mesa, junto con un poquito de embutido, pan y galletas. Suerte de Raúl.

Preparativos

Francamente, no entiendo por qué la gente necesita un año para preparar la boda, nosotros no necesitamos tanto. Y mejor así, porque tuvimos menos nervios y su familia tuvo que conformarse con lo que había sin meterse en medio (bueno, su madre, que es una delicia, sí lo hizo, pero sólo para aprobar lo que yo había decidido).

Lo primero fue el sitio, Barcelona, por supuesto, pero para el convite fuimos a un restaurante de las afueras, un buen hotel restaurante donde los invitados podrían pasar la noche y así no tendrían que ir vigilando con el alcohol para conducir después. Hasta contratamos un autocar para los invitados, que luego los devolvería el día siguiente a diferentes horas a Barcelona.

Pero... me estoy adelantando, porque aunque no tardamos un año sí tuve tiempo de agobiarme preparándolo todo, corriendo a la salida del trabajo a las citas con floristas, trajes, restaurantes, amigas...

Por suerte pude mantener la calma. A mí la boda me importaba poco, al fin y al cabo es un contrato, así que lo enfoqué de esa manera, fiesta y contrato, tratando de relajarme (no soy de esas que desde niñas sueñan con su boda). Pero claro, había que cumplir con su familia, aunque ya le dejé claro a su madre que no sería un bodorrio. Quería una ceremonia sencilla (sí, habría iglesia) y un restaurante con fiesta sin protocolos. De hecho, me importaba muchísimo más el nuevo apartamento donde viviríamos que los preparativos de boda. Lo quería listo para irnos a vivir en él después de la boda.

Pero lo que yo no sabía era el montón de cosas a decidir en la ceremonia o el restaurante. Por suerte, en eso su madre fue muy práctica y contrató una amiga suya para asesorarnos que me entendió perfectamente desde el principio. Me daba tres o cuatro opciones, yo definía y pasábamos a la siguiente decisión. Sólo hubo una decisión que casi me vuelve loca: El vestido. Me sentía ridícula en ellos. Teóricamente eso del blanco (casto, puro y prístino) no iba mucho conmigo, pero ellas lo dieron por sentado (y al final fue blanco). Desde luego, tenía que lucir mis pechos en un buen escote (eso también fueron ellas quienes lo sugirieron), y aprovechar para marcar la cintura y los glúteos (así que la cola tenía que empezar bien abajo), y abierto por delante para poder caminar y lucir esas benditas piernas (palabras de ellas). Así que me lo tomé como un disfraz, y así lo lucí.

La sacrosanta iglesia apostólica y romana nos pidió mil papeles para acceder a casar una rusa ortodoxa y un santo barón católico. Tanto es así que además de mi partida de bautismo (inexistente en la Rusia comunista, pero rápidamente conseguida por pocos rublos en la catedral de Volgogrado), me exigió firmar una declaración por la que juraba no tratar de apartar de la verdadera fe cristiana (apostólica y romana) ni de la sacrosanta iglesia verdadera al pobrecito Javier. Firmé, claro. Pero cuando exigieron un papel más fue Javier quien, hartado, les dijo que si nos pedían un papel más nos casábamos por lo civil y listo. A partir de allí se acabó todo el papeleo y la iglesia nos dio su bendición.

Pero el piso... eso sí que fue toda una odisea. Naturalmente, fuimos a través de agencia, pero estuve quince días que a la salida del trabajo y fines de semana no paraba de visitar pisos con el agente inmobiliario, Mario, un elegante italiano engominado que siempre me tomaba de la cintura (con la madre de Javier al lado, a la que también tomaba de la cintura, nos llamaba "*sus ragazzas*").

La zona la teníamos más o menos clara, en Barcelona ciudad (lo siento, nada de chalecitos en urbanizaciones, esto no es la sierra madrileña, aquí no va así). Edificio con jardín interior y piscina comunitaria, gimnasio, parquin, balcón,... apartamento grande, soleado y con varios baños. Y a partir de aquí, visitas, visitas y visitas. No, no esperéis la descripción de ninguna escena de sexo con Mario, iba yo tan

absolutamente loca de un lado para otro que no hubo nada de eso (de hecho, fue una temporada de muy poco sexo).

Aunque una vez que quedamos en el apartamento directamente, encontré a la madre de Javier algo acalorada y despeinada esperándome con Mario. Bueno, al fin y al cabo se conserva muy bien y va al gimnasio regularmente, así que... hice como que no me había dado cuenta de nada.

Finalmente, su madre y yo seleccionamos tres propuestas y fuimos a verlas con Javier (debíamos aparentar que también era decisión suya) y se decidió por el que preferíamos nosotras (¡por supuesto!). Pero, lejos de acabar, eso fue sólo otro comienzo de obras, selección de muebles, cortinas, electrodomésticos, alguna obra de acondicionamiento de baños, etc.

Y, así fue como me vi rodeada de hombres que me desnudaban con la mirada. ¿Qué esperabais? Tenía que controlar la cuadrilla y seleccionarlo todo. Lo primero fue la obra. Teníamos que tirar uno de los tabiques para agrandar el salón, acondicionar luego los suelos (parqué) y rehacer baños. Así que tuve mi primer contacto con el portero del edificio.

Julián es el portero del edificio, ya le había visto al visitar el piso con Mario. Nos acompañaba al ascensor y abría las puertas para dejarnos pasar al entrar y salir. No perdía ocasión para mirarnos desde abajo cuando subía el transparente ascensor a los pisos altos (el nuestro es el ático dúplex) y se regodeaba mirando mis piernas y lo que podía ver bajo mi falda (o la de la madre de Javier, que también tiene buenas piernas). Así que me recibió con una gran sonrisa cuando supo que sería la propietaria (bueno, junto con Javier) del ático en venta. Una sonrisa algo lasciva y una mirada brillante que acariciaba mi cuerpo de arriba abajo. Pero todo con una actitud muy respetuosa, hay que admitirlo.

Cuando le dije que teníamos pensadas algunas reformas se mostró muy complacido de ofrecernos todo tipo de ayuda y, naturalmente, acepté. En estos edificios es bueno que el portero sea quien te guíe, seguro que él se debe llevar su comisión, pero así te aseguras que todo está controlado y que lo harán bien. Naturalmente, le pedimos que contactara con tres firmas advirtiéndole que una de ellas la impondríamos nosotros (para tener una referencia externa de precios) y nos quedamos con el presupuesto medio, que casi igualaba el más barato, pero era uno de sus "recomendados" (en una obra de esa cantidad, mejor pagar unos pocos euros más pero asegurarte que son de confianza y así Julián salía reforzado como avalador, a la vez que comprometido con que todo quedara perfecto).

Naturalmente, al salir del trabajo me iba directa al nuevo piso a controlarlo todo, y Julián me esperaba con ojos brillantes y me acompañaba gentilmente. Yo venía cansada del trabajo, pero procuraba darle algún regalo visual que sé que él agradecía (y sigo haciéndolo). Los primeros días la cosa fue rápida. Primero quedamos una tarde con Julián y el encargado de la obra para explicarle lo que quería, seleccionar el parqué y materiales para los baños.

El encargado era un tipo gordo con una eterna colilla de puro en la boca (por suerte, apagada), era bajo, con lo que sus ojos quedaban exactamente a la altura de mis pechos. Con su aparatejo de rayos láser midió todo en cinco minutos, aprovechando cuando lo dejaba en el suelo para recorrer mis piernas con su mirada. Tomó notas en una sucia libreta y ya quedó con Julián para la semana siguiente. Así que ese primer día fue todo bastante rápido, pero me volví a mi pisito (que ahora me parece muy pequeñito) algo caliente de tanto sentir sus miradas acariciándome todo el cuerpo, pero demasiado cansada para salir.

La siguiente visita, sin premeditarlo, fui a controlar la obra vestida con leggins y una blusa. Botas altas de tacón de aguja, cinturón de pedrería y el abrigo al brazo (venía del metro y no hacía tanto frío). Cuando vi la mirada de Julián me di cuenta de lo

inapropiado del atuendo que, pese a no mostrar nada, marcaba mi figura a la perfección. Al fin y al cabo venía del trabajo, no llevaba nada especial, pero sí cómodo para pasar horas frente al ordenador.

Como ya era costumbre, al llegar al edificio Julián me abrió la puerta y le pedí poder ir a su baño a lavarme las manos, como hacía casi siempre (como en el piso nuevo no podía todavía... Julián me permitía ir a su baño). La mirada de Julián fue la que me demostró que, pese a no mostrar nada, mis leggins y la blusa despertaban un gran interés en él. Eso me calentó un poco y pensé que sería un aliciente extra para él y para tratar de complacerme, así que... en el baño me preocupé de que la blusa tuviera un botón de más abierto para mostrar justo el inicio del sujetador de blonda y el canalillo, y que mis leggins marcaran bien la rajita del culo y hasta un poquito mis labios.

Naturalmente, la tanga se adivinaba, porque mis glúteos no mostraban ninguna braguita. Me retoqué los labios y salí pidiéndole dejar el abrigo en su oficina para poder ir más cómoda y no mancharlo. Naturalmente, me lo permitió y cerró con llave cuando me acompañó a ver las obras.

Todavía estaban allí la brigada entera, así que procuramos distraer lo mínimo (como si eso fuera posible, ¡Ja!). El encargado vino rápidamente a recibirnos y nos enseñó que ya habían tirado el tabique y que estaban igualando el suelo para instalar el parqué. Dos tipos trabajaban en ello en esos momentos, casi acabada ya la tarea del suelo. Mis botas de tacón no eran el calzado más adecuado con un suelo en obras y todo lleno de polvo, pero cuando me planté en medio del salón se hizo un silencio sepulcral. Los dos operarios se quedaron quietos en las posiciones en que estaban al entrar yo. Sus miradas fijas en mis curvas y la boca abierta. El encargado no tardó en chillarles para que siguieran, pero se les veía nerviosos y siguieron lanzándome miraditas todo el rato. Yo miré por todos lados, hasta que el tacón me hizo una mala jugada se me dobló el tobillo. Suerte que Julián estaba allí y pudo evitar mi caída tomándome en sus brazos. Mis pechos quedaron aplastados en el suyo y nuestras caras una frente a otra. Yo sonreí y me enderecé disculpándome, pero parecía él el aturdido y no yo. Sus manos pudieron recorrer mi cuerpo a gusto, de los hombros, bajando por mis laterales (notando el redondeo de mis pechos), hasta la cintura para asegurarse que ya me tenía en pie y, entonces, al ponerse de lado a mí, una de sus manos pudo acariciar el redondeo de mis glúteos hasta perderse el contacto. Todo fue rápido, pero a la vista de los dos peones y el encargado, que no perdían detalle. El silencio que siguió fue un poco más largo del natural, momento en que os puedo asegurar que vi cómo crecían sus bultos en la entrepierna.

Hasta yo me ruboricé un poco (enseguida se me colorean las mejillas), pero me gustó. Duró tanto el silencio que los dos operarios que estaban en los baños quitando las baldosas y preparándolos para las modificaciones se acercaron al notarlos y... se repitió la escena de las bocas abiertas y la sorpresa de los que no me habían visto hasta entonces. Y entonces empezó el espectáculo.

Yo ya me había dado cuenta que la "casi caída" me había dejado la blusa más abierta y casi se podía ver transparentar uno de mis pezones a través del fino sujetador, pero no hice nada por tapármelo. Con todo sucio, no dudaba en hincarme de cuclillas en las esquinas para mirarme cómo iba quedando todo, con lo que todos podían admirar mi abierto coñito bajo los leggins o mis endurecidos pitones a través del sujetador. Me agachaba con las piernas siempre bien rectas dejándoles mi culito expuesto o les regalaba posiciones con mi escote bien a la vista, con lo que pronto los seis (Julián, encargado y cuatro operarios) me seguían de habitación en habitación sin perderse detalle de mis poses.

No sé si oyeron nada de lo que les dije, por eso, al acabar el recorrido, me recompuse la blusa delante de todos ellos, les hice una gran sonrisa (seis inmensos bultos ante mí,

bien firmes y rindiendo honores) y les miré a los ojos atrayendo la atención de cada uno a mí y no a mis partes más prominentes. Cuando tuve la atención de todos centrada en lo que les iba a decir (fue tan descarado que hasta se tapaban sus partes tras de los operarios), miré a los de los baños: *“Mañana quiero instaladas tuberías, jacuzzi y uno de los baños con las baldosas puestas y bien limpio”*, mirando a los del salón: *“El parqué puesto y listo para pulir, bien firme y sin defectos en el relleno bajo el parqué”*, y mirando a Julián y al encargado: *“Los muebles del salón empezarán a llegar al siguiente día, así que asegúrense que todo está listo, una vez pulido el parqué no querré ninguna marca ni rallada en él, sé que puedo confiar en ustedes”*. Sonrisa, vuelta, y Julián me acompañó a recoger mi abrigo y a la salida hasta el día siguiente. Aquella exhibición, con falta de sexo (por falta de tiempo)... me dejó un calorillo interior muy inquietante.

Para la siguiente visita sí me preocupé de ir bien *“arreglada”*. Por suerte en Barcelona nunca hace mucho frío, así que pude lucir una minifalda de vuelos a medio muslo, con medias oscuras semitransparentes bien aseguradas gracias a un elástico en lo alto de los muslos, zapatos negros brillantes de tacón de aguja bien alto y una chaquetilla sin otra prenda debajo que el sostén negro con transparencias. Naturalmente, el abrigo al brazo.

La primera sorpresa fue la mirada de Julián, parecía un lobo acechando la presa, casi podía verle babear la saliva; pese a su pose respetuosa, pude leer el deseo en su mirada. Eso me hizo tener dudas, normalmente notaba su deseo, pero aquel día era especial, había algo de lujuria que antes no estaba allí. Tal vez fue por eso, pero el caso es que al ir al baño fui más cuidadosa que de costumbre y al lavarme las manos pude ver a través del espejo cómo había un puntito de luz roja que asomaba en la esquina detrás de mí.

Alargué mi aseo de manos frotándome con jabón un poco más hasta que pude distinguir en el reflejo del espejo lo que era. Efectivamente, había una pequeña cámara en una de las esquinas, habían tapado el piloto rojo de grabación con un esparadrapo, pero algo de luz era lo que me había sorprendido. Traté de no mostrar mi sorpresa mientras pensaba y alargaba todavía más mi aseo. No me sentí furiosa, contrariamente a la mayoría de mujeres (creo), me pareció una picardía muy interesante y pensé en cómo beneficiarme de ello. Salir gritando y escandalizada tal vez reforzaría la imagen de mujer decente, pero no aportaría nada, así que... tal vez dejarle continuar con ello, total, las obras no iban a durar mucho, ¿qué debía pensar hacer Julián?

Pero, como no, salió mi parte traviesa, así que ese día me acicalé un poco más que de costumbre. Con las manos bien limpias, pasé a mirarme al espejo, muy seria yo, muy decente. Desabroché la chaquetilla y la doblé y dejé con cuidado sobre el inodoro mientras ajustaba bien mi transparente sujetador y me acomodaba mis pechos en él. Menudo espectáculo debía estar grabándose, no sé si se podrían apreciar mis duros pezones, pero cuando me volví a poner la chaquetilla quedó claro que ahora mis pechos estaban bien enhiestos y abultaban algo más, dejando una visión muy interesante en el canalillo.

Levantando una de las piernas y posando el pie en la tapa del inodoro me ajusté bien las medias, una y otra (asegurándome que la cámara podía tomar bien el triangulito delantero de la tanga cuando me la ajustaba). Ningún movimiento sexual, simplemente una mujer acomodándose la ropa después de un viaje en metro para asegurarse que todo estaba correctamente en su sitio, seria, muy decente.

Finalmente el pelo y retocarme los labios para salir y encontrarme con un nervioso Julián, pero mi amplia sonrisa pareció tranquilizarlo (supongo que estaba intranquilo por si encontraba la cámara). Vi que metía una mano en el bolsillo (seguramente estaría deteniendo la grabación con el mando a distancia) y me seguía hasta el ascensor.

Cuando ya se abría la puerta le recordé que no había cerrado con llave su oficina, donde yo había dejado el bolso, así que le sugerí que yo iría subiendo y que él fuera a cerrarlo y nos encontraríamos arriba. Se quedó sorprendido, pero cuando el ascensor empezó a subir conmigo dentro, su mirada me siguió y pudo disfrutar de la amplia vista bajo mi minifalda, las medias y... mucho más, ya que yo ocupé de estar parada con las piernas algo abiertas para que pudiera admirar cómo el hilo de la tanga se perdía entre mis cachetes. Al salir del ascensor le esperé, y no tardó nada en estar a mi lado de nuevo, así que fuimos juntos al apartamento.

La puerta estaba abierta, con cartones para proteger los marcos y ruido de obreros dentro. Pero no se escuchaba ruido de picar la pared ni nada semejante, estaban recogiendo las herramientas y barriendo. Nuestra entrada fue triunfal, nos esperaban para la revista. Pero no eran cuatro peones y el encargado, ese día ya eran seis los peones. Habían aumentado la brigada para tenerlo todo a tiempo (como íbamos con presupuesto cerrado, a mí no me importaba).

De nuevo, visita de inspección recorriendo el salón, con parqué instalado, barrido y pulido y todo, brillante (comprobé su firmeza y que no sonara hueco en ningún lado). Tan brillante que hasta se veía nuestro reflejo en él. Yo lo examiné de cerca, agachándome con las piernas bien estiradas y dándoles un verdadero espectáculo de mis piernas. Por el reflejo del suelo pude ver cómo los peones se agachaban para ver más y, pese a que no dijeron nada ni hicieron ningún ruido, casi logré oír sus sonrisas satisfechas y más de una exclamación.

Estuve examinando perfectamente el suelo, dando tiempo a que también Julián y el encargado pudieran agacharse y tener sus vistas. Me enderecé, recorrí las esquinas para comprobar el perfecto pulido de todo el salón y, en una de ellas, me agaché en cuclillas para pasar la mano por la suave madera y notar su confort y calidez. Naturalmente, todos se quedaron con la boca abierta admirando cómo la tanguita delineaba y casi transparentaba mis labios mientras mi mirada se centraba en la madera (comenzaba a humedecerme, pero es que llevaba mucho sin sexo).

Seguidamente le tocó a los baños. Empezamos por los de abajo. Noté cómo se daban de codazos en la misma puerta para tener buena vista, ya que no cabíamos todos dentro. Embaldosado, brillante, amplio... examiné cuidadosamente pica, inodoro i bidet, comprobando que ya había agua y funcionaban correcta y silenciosamente. Procuraba inclinarme dándoles buenas vistas de mis nalguitas o mi escote, pues la chaquetilla se abombaba y mostraba mis encantadores sujetadores negros de blonda casi transparentes. Mis pezones se estaban endureciendo y mis labios se inflamaban por momentos comenzando a humedecerse.

Claro, tenía que comprobar que el resto del dúplex estaba en condiciones, así que fuimos a los baños del piso de arriba, que es donde están los dormitorios. La subida por las escaleras fue espectacular, parecía que no querían seguirme y les tuve que llamar desde arriba, momento en que Julián y el encargado se animaron mientras yo les esperaba arriba y los peones podían disfrutar de la visión de mi empapado sexo. Efectivamente, todo estaba bien, uno de los baños ya estaba completamente terminado, con jacuzzi, mueble de maquillaje, amplia ducha de masaje, inodoro y bidet, todo reluciente, reluciente, reluciente.

Tanto que al oír la exclamación de sorpresa me di cuenta que el suelo reflejaba totalmente casi como un espejo, las imágenes de los que caminábamos dentro con un tono azulado. No pude dejar escapar la ocasión, así que procuré que todos pudieran ver reflejadas mis intimidades en el suelo separando un poco las piernas. Ahora sí estaba humedeciéndome del todo. Cuando me agaché para mirar bajo la pica del baño (para ver que todo estaba correcto), mi tanguita empapada ya estaba completamente encajada en mis labios vaginales y transparentaba mi sexo a todos mis admiradores. Yo me hice la inocente, pero escuché bufidos y sus respiraciones se agitaron mucho.

El otro baño todavía necesitaba una jornada más, pero la terraza aún no había sido tocada, y se tenía que rebozar la pared y embaldosar. Así que, en la terraza, con el sol de la tarde a mi espalda, pasé a determinar los objetivos de la siguiente jornada: Finalizar baños, preparar terraza para acabarla en dos días.

Salí rápida, porque sus miradas espantaban un poco, estaban todos muy muy excitados y eran muchos. Pero al salir le pedí poder volver a ir al baño a Julián, que naturalmente me lo permitió metiéndose de nuevo la mano en el bolsillo para accionar la cámara. Pasé al baño y me lavé las manos (comprobando que la cámara, efectivamente, estaba grabando), me quité la chaquetilla y refresqué con agua el cuello.

Limpié bien la taza antes de sentarme (mostrando mi culito desnudo a la cámara, con la tanga en los tobillos) me senté en la taza para hacer un pipí cuidándome que al limpiarme con el papel la cámara recogiera bien el momento en que el papel recorría mi sexo (todo muy funcional, pero mostrándolo bien y conteniéndome para no masturbarme). Volví a ponerme la empapada tanga y la chaquetilla y salí para encontrarme un sonriente Julián con un bulto tremendo en la entrepierna que, al tropezar yo, pude sentir contra el anverso de mi mano (torpe que soy). Me disculpé ruborizada, tomé mi abrigo y salí para dirigirme a casa.

Los muebles

Al día siguiente ya empezaban a traer los muebles, pero todavía me quedaba una cosa por elegir, la cama. Aquél día iría sola para acabar de decidirme entre dos de ellas. Esta vez llevaba un vestido corto con escote en uve de ante, muy parecido a un Prada que tengo, pero de otra firma más sencilla, un cinturón decorativo con una gran hebilla, zapatos de tacón de aguja a juego y medias negras. El vestido dejaba gran parte de la espalda al aire, por lo que lo llevaba sin sujetador (por suerte, puedo permitírmelo, pero tengo que ir con cuidado, porque si no mis grandes pechos podrían sufrir o, peor, tomar forma caída). Después tenía que ir a cenar con unas amigas, y por eso iba vestida así. Cuando llegué a la tienda de muebles ya sabía los modelos que quería ver, era la tercera vez que pasaba por allí, así que cuando el dependiente me vio en la puerta se me acercó con una radiante sonrisa a saludarme. La tienda era muy grande, y los modelos que me interesaban estaban en la planta superior. No sólo el dependiente me vio, también el encargado, que se nos unió todo sonrisas. Me invitaron a una copa de vino blanco (para alguien que se deja una cifra de cuatro ceros en muebles y que todavía tiene que decidir la cama, se lo pueden permitir), con ella nos dirigimos a las escaleras.

Subí y les vi reflejados en el espejo de la pared con su mirada fija en mis piernas, así que procuré darles una buena visión de mis muslos por delante de ellos y les esperé arriba a que me indicaran, pues estaba todo oscuro. El dependiente corrió a encender las luces y todo el techo se llenó de fluorescentes palpitando hasta inundar la planta con luz.

Me guiaron entre miles de camas hasta una de las que había escogido, canapé que permitía guardar la ropa de cama en la misma cama, con ruedas para facilitar la limpieza bajo ella y una cabecera a juego con el resto, de madera clara. El colchón ya sabía que lo quería bien duro y de muelles, pero les pedí estirarme para hacerme a la idea. Tomaron mi copa y bolsito y yo procedí a sentarme en la cama procurando que la falda mostrara el final de mis medias, los dos embobados mirándome. Me estiré para ver cómo me adaptaba a la cama, que era enorme y me permitía perderme en ella. Era larga, pero es que Javier es alto, tenía que ser amplia.

—Bueno, creo que será ésta, pero tenemos que hablar del conjunto claro, ¿cuánto llevamos ya? —El dependiente no tardó en dar la cifra.— Mmm... ¿y con esta cama y el colchón? —La cifra se incrementó notablemente. Yo aproveché para flexionar una de las piernas alzando la rodilla, con lo que la falda se me subió más y pudieron admirar la media entera, con la banda de goma en mi muslo, mostrando un buen trozo de la carne del muslo. Cerré los ojos y les dejé admirar la anatomía de esa rusita de largas piernas.— Y... ¿Cuál es el descuento que me ofrecéis? —Y miré a los ojos del encargado que los tenía fijos en mis piernas. Balbuceó y dijo que con el monto al que habíamos llegado, podía ajustarlo en un cinco por ciento, pero entonces lo que hizo fue despedir al dependiente para que fuera preparando la factura con un descuento abajo mientras nosotros lo cerrábamos.

Pero yo, lejos de cerrarlo, abrí un poco más la pierna, con lo que ahora ya podía ver toda la pierna y hasta un poco de la tanga.

—¿Sólo un cinco? —Dije decepcionada y con voz de cría mimada.— Yo esperaba... algo más. —Y entonces me incorporé sobre los codos dejándole que admirara bien todo mi cuerpo.

—No puedo pasar del diez. —Dijo azorado y rojo como un tomate. Entonces yo fui hacia él al extremo de la cama, arrastrándome un poquito, con lo que mi falda quedó arrollada en mi cintura y puse una pierna a cada lado de las suyas. Él, de pie, yo sentada en la cama, mi cabeza a la altura de su barriguita, mis manos posadas en la

cama, le miré desde abajo sonriendo y con picardía.

—¿Sólo un quince? Yo pensaba en un veinte. —Mis manos subieron por sus caderas mientras mis piernas se cerraban alrededor de las suyas y mi mejilla pasaba a reposar sobre su entrepierna.— Porque seguro que un veinte sí podrás, ¿verdad? Un tipo importante como tú... —Dije mientras mi mirada buscaba la suya y mi barbilla se clavaba en su entrepierna (completamente abultada) y la recorría arriba y abajo. Estaba más rojo que un tomate, sudaba y sus manos temblaban. Una de mis manos tomó una de las suyas y la acerqué a mi cabeza, para que me tomara y apretara contra él.

No tuve que decir nada más, rápidamente su mano me apretó la cabeza contra su entrepierna y las mías se cerraron en sus nalgas atrayéndolo. Mi boca, mis dientes, buscaron sobre el pantalón y clavaron una suave dentellada a esa inflada y dura barra que empezó a vibrar dejando escapar su humedad dentro de los calzoncillos del señor encargado mientras yo seguía exprimiéndole sobre los pantalones hasta que se relajó y noté cómo iba a caer, momento en que me aparté para que se sujetara contra el mueble y recuperara el aliento.

Momentos después yo me arreglaba el vestido y bajaba con él del brazo mientras él chillaba al dependiente que lo preparara todo con un veinte por ciento de descuento. Me acompañó a la salida diciéndome que cualquier nueva compra me dirigiera a él en persona, que seguro que tendría ese descuento si lo acordábamos. Lo dejé con ojos vidriosos fijos en mi figura mientras yo marchaba hacia el nuevo piso, y él sostenía todavía la nota de la dirección a la que enviarlo todo temblando entre sus dedos.

Mudanza

Ya sólo quedaban unos pocos días para la boda, los muebles ya iban llegando al nuevo piso y sólo estaban acabando la terraza cuando... cuando se produjo el incidente en la cocina. Apareció una mancha de humedad en una de las paredes del piso de abajo, y el encargado de la obra me dijo que debía venir de nuestra cocina, había que buscar las cañerías y ver donde estaba la fuga. Grrr... Las obras iban a durar más y ¡tendríamos que convivir con los obreros!

Estaba furiosa, ese fin de semana era la boda, y yo todavía tenía que controlar la obra de la terraza y seguir con aquello de la cocina, que no sabíamos cuando estaría listo. Pero ese día... ese día en la oficina ocurrió algo que... Javier estaba en Boston desde hacía una semana, y yo había ido tan atareada con todo que no había tenido ni un segundo de tiempo libre para mí. Llegaba a casa extenuada y casi me metía en la cama vestida de cansada como estaba. Me tumbaba en ella y me quedaba frita hasta que sonaba el despertador.

Tal vez fue por la ausencia de sexo, pero el caso es que ese día me levanté muy caliente y en la ducha... en la ducha enfoqué toda el agua del mando a mi abierto y abultado chochito mientras me masturbaba con fuerza. Normalmente cuando me masturbo lo hago lentamente, suavemente, abro mis labios con dos dedos mientras con la otra mano me acaricio o aprieto mi botoncito o... pero esa mañana no fue así, dirigí el chorro de agua a mi clítoris mientras me daba pequeños pellizcos en él. Fuerte, duro, estaba empapada a los dos segundos y me corrí con fuerza e intensidad. Pero curiosamente no me calmó demasiado. Me di cuenta de ello cuando salí desnuda de la ducha y me planté ante el vestidor (bendito vestidor, ¡me encanta!).

Al seleccionar la falda ya me di cuenta que ese día sería un día conflictivo. La falda era clara y transparente, blanca. Una camiseta con letras doradas no podía tapar mis gruesos y puntiagudos pezones, que ya estaban pidiendo guerra pese a la ducha. El sujetador no tapaba nada, más bien lo enaltecía, marcándose descarado bajo la camiseta. Medias (hacía algo de fresco), medias claras, a juego con la tanguita minúscula que enmarcaba mi sexo (inflado pese a la ducha, marcaba ya mis labios). Di una vuelta ante el espejo de cuerpo entero y pude ver cómo se veían los hilitos de la tanga y mis prietos cachetes al mínimo movimiento.

Completé el atuendo con zapatos de tacón de aguja pero cortitos, con pedrería, anillos y un colgante que quedaba justo en el canalillo y reposaba entre mis pechos bien marcados a la altura de la vista, justo en el escote redondo de la camiseta, que permitía ver dos grandes montañitas de carne al límite del sujetador, claramente marcado.

Suerte que tomé un abrigo largo, eso me permitió algo de discreción en el metro, aunque algún roce hubo, traté de contenerme, porque si no... ya llegaba justa de tiempo con el "entretenimiento" de la ducha, así que, hice como si no me diera cuenta de nada ardiendo por dentro. En la oficina, como no, ese día hubo miradas muy muy calientes. Mis idas y venidas de la impresora eran seguidas por los comerciales con ansiedad, y más de uno me acompañaba e invitaba a un café que yo, tan ocupada como estaba, desestimaba con una amplia sonrisa.

No es de extrañar, pues, que cuando salí pitando para ir al nuevo piso fuera caliente como una perra. Al llegar, Julián, cortés como siempre, me abrió la puerta del edificio y yo le regalé el momento de gloria retirando el abrigo colgándomelo del brazo. Esta vez no iba a haber espectáculo en su baño, ya teníamos todo en el de casa, así que ya no me hacía falta (lástima). Pero insistió en acompañarme a ver las obras, así que subimos juntos, con su mirada prendida de mis pechos mientras yo hacía como que no veía nada.

Entramos en el apartamento (ahora sí, con llave, pues ya lo teníamos todo dentro) y

Julián saludó en voz alta para alertar a los trabajadores. El encargado se acercó rápido, recorriéndome con la mirada de arriba a abajo, de nuevo me noté acariciada. Julián me comentó que ya habían llegado algunas cajas de la mudanza y que habían instalado las cámaras y la alarma de seguridad.

Javier se había empeñado en instalar un sistema de alarma de última generación, hasta tenía la aplicación en el móvil para poder ver cada cámara del interior o el exterior del apartamento (las del exterior sólo en la terraza, pues en el pasillo del bloque no se pueden poner otras que las de vigilancia de Julián, leyes de protección de la intimidad o no sé qué). Enviaba avisos si se detectaba movimiento, si alguien forzaba alguna puerta o ventana... en fin, todo, y si no respondías, llamaba automáticamente a Julián, al centro de alarmas y a la policía.

Lo habíamos instalado antes de rebozar la terraza, para que los hilos de las cámaras y las mismas cámaras quedaran ocultos del exterior. Julián me indicó que ya lo habían conectado también con su sistema de control del edificio, y el encargado me mostró que en la terraza no se veía nada de la instalación, y que las cámaras quedaban ocultas en compartimentos que parecían de ventilación.

Claro, salimos a la terraza, donde estaban trabajando dos operarios que ya había visto antes, y ellos a mí, pero eso no evitó que, de nuevo, me repasaran con la mirada y eso todavía aumentó mi calentura. Yo miraba las cámaras, tratando de verlas estirando mi cuerpo, lo que permitía a los operarios, en el suelo midiendo o colocando baldosas (creo que en realidad no tenían nada que hacer), vigilar perfectamente la parte baja de mi anatomía. Cuando salimos de la terraza pude observar cómo uno de ellos se estaba acariciando el paquete y le sonreía a su compañero, lo que me calentó más si cabe.

Julián me explicó que había distribuido las cajas de acuerdo con las anotaciones de habitaciones que había en ellas. Ropa en el dormitorio (que daba a la terraza por un amplio ventanal que cubría toda la pared con amplias puertas correderas), cocina, salón, etc. Acompañé a Julián a la salida y le despedí en el ascensor, quedándome a las puertas para ver cómo se alejaba de mí con la mirada puesta bajo mi faldita mientras yo le decía adiós con la mano, ¡como si él estuviera mirando mi mano!

Volví dentro centrándome en las cajas, naturalmente no las de la cocina, que tendrían que esperar hasta que se hicieran las obras. La cocina y el salón, en el primer piso, y el dormitorio, en el segundo, daban a sendas terrazas. El primer piso era cocina, salón (ahora agrandado), tres habitaciones más (dos de invitados, pequeñas, y otra para trastos) y el segundo nuestra habitación, vestidor y estudio (y una habitación más bastante grande con escritorio, sofás, armarios y libros). Así que me fui al dormitorio a empezar a colocar ropa en los muebles.

Después de un buen rato desempaquetando ropa y poniéndola en cajones y armarios fue cuando me fijé en los operarios (y el encargado) en la terraza. No se perdían ninguno de mis movimientos. Yo no me había dado ni cuenta (¡de verdad!), pero debían haber tenido un buen espectáculo mientras me agachaba o estiraba tratando de poner las cosas en su sitio. El caso es que estaba cansada y sudorosa de todo el trabajo, así que pensé en darme una ducha. El baño grande (el del Jacuzzi), ya tenía toallas y jabones, de manera que ya estaba condicionado. Y yo ya tenía mi ropa allí, así que...

Así que terminé de vaciar las cajas que quedaban doblándolas en cartones bien planos (procurando que vieran bien mis nalguitas o escote cada vez que me agachaba), dejándolas en el pasillo y tomé el albornoz. En ese momento, sabiendo que tres miradas sucias y viciosas estaban pendientes de mi cuerpo, me sentí muy excitada. Salí un momento a la terraza por la puerta corredera del gran ventanal del dormitorio para advertirles que me iba a la ducha (momento en que su atención se centró en disimular haciendo ver que hablaban sobre cómo colocar las baldosas) y yo me dirigí al baño grande.

Una vez en el baño busqué en mi móvil (regalo de Javier) la aplicación de seguridad y

conecté la cámara de la terraza. Pude ver ¡y oír! Lo que ellos estaban diciendo. Con el volumen bien bajito les vi sobarse sus gruesas pollas sobre los pantalones con amplias sonrisas. Aquello me puso a mil. Así que rápidamente me desnudé, me puse el albornoz y salí otra vez hacia el dormitorio.

Allí el cinturón empezó a resbalar sobre sí mismo, pues sólo había hecho un flácido nudo para que se aguantara y cuando dejaba mi tanguita (empapada) y camiseta y faldita, así como medias, sobre la cama y me giraba hacia la cómoda se terminó de deshacer. Por “suerte”, conseguí tomar con mi mano los dos extremos del albornoz, con lo que no se abrió del todo, pero sí lo suficiente para que pudieran observar mi perfil desnudo, aunque no mis pechos totalmente.

Me agaché en cuclillas para abrir el cajón inferior de la cómoda, momento en que debieron ver totalmente desnudas mis largas piernas y mis caderas, pues el albornoz justamente se abrió por el lateral que daba a la terraza y yo sólo podía sujetar con una mano a la altura de mis pechos mientras con la otra buscaba unos pantaloncitos en el cajón. De nuevo me alcé (sin mirar a la terraza, pero sabiendo que estarían allí espionando) y tomé un top de otro cajón para volver al baño.

Allí pude ver su reacción en la cámara. Esta vez sus caricias a la entrepierna ya eran masturbaciones sobre la ropa y, cuando abrí el agua de la ducha para que se empezara a calentar, pude ver cómo se decidían a entrar en el dormitorio, con cuidado de no ensuciar nada, y tomaban mi tanguita empapada y la olían todos y cada uno. El más jovencito no pudo contenerse y sacó de dentro del mono un pedazo de sexo impresionante. Entonces deseé haber prestado más atención a las explicaciones de la APP de seguridad, pero me tuve que conformar sin el zoom, aunque realmente no hacía falta.

Empezó a sacudírsela con fuerza (en la cámara aparecía borrosa) y pronto sus compañeros le imitaron mirando y oliendo mi ropa interior. Aunque no les veía muy bien, esas imágenes bastaron para ponerme a mil en un segundo y dejé estar el móvil y me desnudé para pasar a la ducha.

La ducha es una mampara transparente con diversos chorros de agua que salen de la pared en diversas direcciones. Pero por suerte también dispone de un mango regulable que utilicé para darme placer mientras usaba mi mano libre por delante y por detrás arrodillada en el suelo y cerrando los ojos imaginándome los obreros abusando de todos mis agujeros.

Hasta tres veces me corrí con fuertes y grandes orgasmos que recorrieron mi cuerpo y me hicieron estremecer (y caer y resbalar) por toda la amplia ducha. Pero pese a todo, no conseguí quedar satisfecha, mis dedos no me habían llenado completamente y notaba mi sexo y mi ano palpitantes.

Finalmente me enjaboné rápidamente para eliminar el sudor y el olor a sexo y salí de la ducha. El gran espejo estaba medio empañado y opté por abrir un poco la puerta para que circulara el aire y poder secarme cómodamente. Con el albornoz puesto me sequé bien el cabello con la toalla y tomé el secador. Cuando lo alcanzaba pude ver cómo algo se movía en el quicio de la puerta ¡todavía estaban allí! Normalmente se iban a las ocho y... ya eran y media.

Así que procedí a secarme con el secador mientras me cepillaba el pelo procurando que el albornoz resbalara sobre mis hombros y dejara mi espalda al aire, notando cómo mis pechos se endurecían y se alzaban en mi reflejo en el espejo. Listo en pocos minutos, me alcé y me cubrí con el albornoz mientras tomaba los pantaloncitos y el top, salía del baño y me dirigía a la habitación.

Una vez en el dormitorio, de espaldas a la terraza, dejé que el albornoz resbalara por mi cuerpo hasta el suelo y me puse los mini-pantaloncitos de algodón para deporte, elásticos, de color gris, que me marcaban como una segunda piel mi sexo y mis nalgas (muy cómodos, pero también tremendamente sexys). Entonces tomé el top de sobre la

cama, cuando lo hice pude verles en la terraza e hice como si me sorprendiera, y tapé mis pechos con la mano mientras lanzaba un gritito de sorpresa. Naturalmente, me estaban mirando, así que, procurando taparme con la mano y el top en ella, me acerqué a la terraza y abrí la puerta de cristal un poco.

—¿Todavía por aquí? Creía que ya se habrían marchado, disculpen.

Mi mano a duras penas cubría mis pezones y la pequeñísima tela del top colgaba sobre uno de los pechos dejando el otro al aire. Ellos miraban embobados tratando de balbucear algo como que trataban de acabar antes o que se habían alargado un poco o... Yo les sonreí inocente y ruborizada (aunque no de vergüenza, de hecho, mis pantaloncitos estaban empezando a humedecerse).

—Creo que tengo unas cervezas en el frigorífico, si quieren. Ya que han sido tan gentiles de hacer unas horas extra... Voy a buscarlas.

Me giré y, de espaldas a ellos, aunque reflejada en uno de los espejos, procedí a ponerme el mini-top que sólo cubría la parte superior y los pezones, dejando a la vista las curvas redondeadas de los pechos por su parte inferior y un amplio canalillo. Volví al cabo de un momento con tres cervezas y, al salir, pude notar el frío de la tarde, con lo que les invité a pasar a la cocina (en el piso inferior) para acabar de charlar sobre las obras.

Me siguieron en silencio, con ojos desorbitados. Cuando entraron en la cocina yo abrí el frigorífico y tomé una cerveza para mí. No sé si fue el frío de la terraza, el del frigorífico o mi calentura extrema (bueno, tengo sospechas) pero el caso es que mis pitones apuntaban bien directos desde el top y no dejaban nada a la imaginación. Me senté en uno de los taburetes de la cocina mientras el encargado trataba de explicarme por donde abrirían, por donde estaban las conducciones, tratando de encontrar la fuga.

Yo me sentaba en el taburete con las piernas cruzadas, dándoles una amplia vista de mis muslos y ellos estaban contra el mármol de la cocina. Pero entonces me levanté y fui hacia donde señalaba el encargado. Me incliné para ver bien lo que señalaba, una mancha entre las baldosas que indicaba humedad, una mancha en las baldosas inferiores. Mi culito quedaba en pompa hacia ellos, marcando las nalgas y seguro que también mis labios bien abiertos ante todos ellos.

Retrocedí un poco, lo justo para que, “sin querer”, mis posaderas fueran a topar contra el encendido bulto del encargado, que no tuvo tiempo de apartarse. Yo le miré sin alzarme y le sonreí, miré a los otros todavía sin alzarme, viendo el mono del joven totalmente en tensión y los tejanos del tercero con un bulto prominente. Entonces me alcé y me encaré con ellos:

—Creo que no puedo dejarles partir así, si no esto será un escándalo en toda la escalera. Venga, alíviense, pero nada de tocar, ¿OK? Sáquenselas.

Todos entendieron, especialmente cuando volví a la banqueta, al taburete, y me senté con las piernas abiertas mostrándoles mi sexo, una mancha de humedad recorría mi entrepierna y marcaba mis labios a la perfección, mi olor empezaba a inundar la estancia. Ellos procedieron a desenfundar y tomarlas en sus manos.

Curiosamente, el más joven, el que tenía aquella tremenda tranca venosa, se la masturbaba sólo con dos dedos, pero a una velocidad meteórica. Mientras que el encargado tenía una gruesa y corta morcilla que abultaba mucho, pero que quedaba todavía menor bajo aquella inmensa barriga. El tercero tenía una verga larga como una espada, pero estrecha y circuncidada. Los tres empezaron a meneársela y yo admiraba el espectáculo mientras les miraba sus aparatos. Llevé mis manos al top y lo alcé para que contemplaran mis pechos mientras me pellizcaba uno de los pezones, mi otra mano se perdió acariciando mi sexo abierto para ellos.

Entonces mi mirada se centró en los ojos del más joven, que al verme se corrió con tres grandes lechadas que fueron a parar al suelo embaldosado. Desplacé mi mirada al otro operario, el de la verga larga, y pasé mi lengua entre mis labios mientras le miraba

a los ojos. Su esperma salió alto y cayó a mis pies sin tocarme. Finalmente miré al encargado abriendo mi boquita de labios rojos deseando sentir su simiente en ella, gimiendo quedamente, pero sólo salieron tres gotitas que resbalaron por sus dedos.

Volví a ponerme el top en su sitio y les acerqué papel de cocina del rollo que tenía a mi lado. Se limpiaron las manos entre sonrisas cohibidas. El más joven se arrodilló para limpiar el suelo y dejarlo brillante de nuevo, pero antes de alzarse se acercó a mí y olió mi fuerte aroma. Yo estaba en llamas por dentro, pero tenía que controlarme. Cuando el joven se puso en pie alargué la mano y los tres depositaron el papel de cocina rezumante de leche en mi mano. Yo lo tomé y lo llevé a mi nariz, oliendo su fragancia. Pero enseguida me dirigí a la puerta y la abrí para que salieran, cosa que hicieron en silencio. Curiosamente, los tres, al salir, del primero al último, me dieron las gracias, diciendo que había sido genial.

Después de oler su simiente lancé los papeles a la basura, me desvestí dejando mi ropa por el pasillo y fui al dormitorio tumbándome en la cama y buscando en mi mesilla de noche donde había dejado la bolsita con mis juguetes. La abrí i dejé ante mí, en la cama, el gran consolador negro, las bolitas con su mando a distancia y dos consoladores más.

De repente me di cuenta que el piloto de la cámara de vídeo estaba encendido y enfocaba la cama. Sorprendida, alcancé el móvil de la cómoda, ¿me había dejado la APP abierta? No, estaba cerrada. ¿Sería Javier? Le llamé, pero tenía el móvil desconectado, debía estar en el avión de regreso de Boston. Entonces... Tenía que ser Julián.

Me importó poco, yo necesitaba explotar después de la escena de los obreros, así que me dispuse a darle un show privilegiado. Me tumbé boca arriba en la cama, totalmente desnuda, y tomé mis queridas bolitas vibratoras. No me costó introducir la primera, alzando las caderas, pero no en mi chochito, sino en el orificio posterior. No sabía si la cámara podría apreciar mi rosadita flor abriéndose para engullir la bolita, pero me daba igual y mis ojos cerrados imaginaban que sí.

Noté cómo se dilataba, con qué facilidad, y se cerraba al paso de la primera. Presioné una y dos veces hasta notarla bien metida dentro mío y, todavía con las caderas alzadas, procedí a empujar la segunda, que entró con todavía más facilidad. Entonces me relajé y las empujé con mi esfínter las dos adentro, mi rosadita flor se estremecía en espasmos cuando la forzaba a tragar con mis músculos. Volví a alzar las caderas y metí la tercera y última, dejando sólo un pequeño hilito colgando de mi ano. Entonces tomé el mando a distancia y lo gradué a baja potencia, estirándome como una gata en la cama, con mi sexo hacia la cámara y disfrutando de la vibración dentro de mí.

Sólo entonces, cuando ya empezaba a sentir mi propio y fuerte olor, tomé uno de los consoladores, uno bastante silencioso, y me acaricié notando cómo mis labios se abrían para tomarlo en su movimiento suave arriba y abajo, recorriendo mi sexo entre sonidos de succión. La combinación de vibración suave dentro de mí y el recorrido del bendito y vibrante consolador hicieron que mi excitación empezara a crecer de manera gradual, suave y no como antes.

Notaba cómo me iba encendiendo por dentro y dejaba que mi cuerpo acelerara poco a poco. Podría haberme corrido rápidamente, pero no era eso lo que quería, quería un placer más prolongado. Así que apunté el consolador hacia mi orificio y, poco a poco, con suavidad, sin rozar el clítoris, lo introduje en la chapoteante cueva que se abrió para él como un guante.

Lo introduje y saqué varias veces, dilatándome, hasta sacarlo del todo y tirarlo al suelo para tomar el gran consolador negro. Lo puse en la boca de mi sexo y fui empujando suavemente mientras me abría para él. Retrocedí y volví a insertarlo notando esta vez como ya se abría camino en mí y me penetraba un poco. Dando tiempo a dilatar, fui introduciendo la cabecita y, posteriormente, con un ritmo suave, más y más en cada

embestida hasta el largo y grueso consolador negro quedó ensartado entre mis piernas hasta el fondo.

En esos momentos yo ya estaba totalmente encendida y me martirizaba a mí misma lentamente, ya estaba llegando al clímax y mi mente rogaba por una penetración más rápida y salvaje, mientras mis manos me la negaban haciéndome sufrir. Pero todo llega en esta vida, así que aceleré la vibración de las bolas al máximo y me dejé llevar por la furia metiendo y sacando el gran consolador en mi sexo imaginándome a Julián masturbándose ante la cámara mientras me miraba.

Y así exploté por primera vez, mi orgasmo me recorrió desde la cintura y recorrió como un relámpago todo mi cuerpo llegando hasta los dedos de los pies (que, como siempre, arrugué inconscientemente) o las raíces de los cabellos, mientras mi boca se abría en un gemido de placer. Pero no aflojé el ritmo de las bolas (no sabía ni dónde estaba el mando) ni dejé de empalarme con furia, porque después de ese primer orgasmo un segundo y un tercero recorrieron mi cuerpo haciéndome botar en la cama como un maniquí y derramando flujos sobre las sábanas.

Finalmente, sobrevino un cuarto orgasmo mucho más suave, relajante y placentero. Mis manos dejaron el consolador negro y, sin abrir los ojos, palpé por la cama buscando el mando a distancia de las bolas para irlo bajando suavemente mientras mi ano, que también estaba palpitando en espasmos del orgasmo, se fue relajando suavemente. Alcé las rodillas y procedí a expulsar, sin tocarlo con las manos, sólo por las sacudidas incontroladas de mis esfínteres, en un mar de flujo, el consolador y las bolas una a una hasta que quedaron expuestos encima de la cama, entre mis piernas.

Me tomé unos minutos para regularizar mi respiración y entonces sí abrí los ojos, pero sin mirar a la cámara. Recogí mis juguetes y fui al baño a lavarlos y lavarme (apestaban a mí). Volví, recogí las sábanas y las dejé para lavar. Me tumbé desnuda en la cama y quedé dormida pensando que mañana llegaba Javier y, al fin, tendría algo que no fuera plástico entre mis piernas.

El día antes de la boda

El viernes desperté gracias a la alarma del móvil, que siempre tengo programada (de lunes a viernes) por si acaso. Era el día que llegaba Javier de viaje, así que, pese a todo, esa mañana amaneció para mí con una gran sonrisa. Tenía tiempo, porque la alarma suena a las seis y media de la mañana, en el nuevo piso quería aprovechar el gimnasio. Pero ese día no pensaba ir, ya había hecho “*ejercicio*” la noche anterior. Miré la cámara pero estaba apagada.

Abrí la terraza para ventilar, todavía olía a sexo. Salí desnuda al frío de la mañana y contemplé Barcelona al amanecer, una postal preciosa, pero entré rápido con los pechos endurecidos por el frío (sí, sólo por el frío, malpensados, era un amanecer fresco de primavera). Fui al baño y me regalé una relajante ducha y unté mi cuerpo de cremas tranquilamente (además de dejarme bien limpia por detrás, ya me entendéis). Dedicándome tiempo para estar bien preparada, aunque todavía faltaba mucho para que llegara mi futuro esposo (nos casábamos el sábado por la tarde).

Salí del baño en albornoz para encontrarme con los obreros que ya correteaban por la casa (cocina y terraza). Les saludé con una sonrisa, especialmente cuando vi cómo se ruborizaban y no sabían dónde mirar, qué tiernos... Yo me comporté con naturalidad. Mi ropa seguía tirada por los pasillos, pero no me entretuve en recogerla. Fui directa a la Nespresso, mi salvación por las mañanas, y me preparé un fuerte café que tomé en un taburete mientras ellos correteaban a mi alrededor.

Ya no tenía que preocuparme por nada, mi desnudez no me encendía y sus miradas tampoco, ya había roto ese tabú (o eso creía, porque la visión de mis piernas en el taburete todavía atraía sus miradas, pero esta vez no me encendí yo, que era lo que me importaba). Limpié la taza y la cucharilla (el agua todavía no la habían cortado por las obras) y volví al dormitorio (curiosamente, ellos también se desentendieron de la cocina y pasaron a trabajar en la terraza aunque ya estaba terminada, limpiaban).

La luz de la cámara volvía a estar encendida, pero no me importó. Javier debía estar aterrizando, o lo haría durante la mañana, y eso era lo único que me importaba. Recogí la ropa tirada del dormitorio y la que había por los pasillos y la puse en la cesta de la ropa sucia. Volví al dormitorio y me despojé del albornoz, quedando desnuda para seleccionar la ropa del día. Sabía que estarían viéndome, pero no le di importancia y me dediqué a lo mío. Dejé la ropa cuidadosamente sobre la cama y me vestí contemplando sus miradas, divertida. El más joven se masturbó en la terraza mirándome, pero los otros dos no. Cuando abrochaba la falda grandes lechazos fueron a parar al suelo de la terraza, yo les sonreí y seguí a lo mío, despidiéndome al salir.

Julián me esperaba abajo y me abrió la puerta al salir. Pude sentir su mirada acariciando mis nalgas mientras salía hacia el metro, y eso también me hizo sonreír ¿Estaría recordando la grabación de ayer? ¿O la tendría todavía pendiente? Me hubiera encantado poder verle por el agujero de la cerradura cuando la visionara. El día pasó volando (literalmente) y cuando se acercaba la hora de salida llamé a Javier, que me dijo que pasara por su oficina para ir juntos a casa, y así lo hice.

Pero antes de salir de la oficina..., después de despedirme de todos por los quince días que me tomaría de fiesta, antes pasé por el baño. Me quité la tanguita y el sujetador, los guardé en el bolsito que llevaba. Me lavé la cara con agua y me retoqué los labios con un rojo encendido. No me maquillo para Javier, sólo los labios, y menos ese día, quería que me comiera entera. Eso sí, me dejé las medias color carne porque sé que le encantan.

Sin ropa interior, tomé el metro para ir a su oficina, sólo dos paradas, así que sería rápido. Lo que no esperaba es que ese día el metro fuera tan lleno. Viernes, hora de salida de oficinas, gente yendo al centro a tomar unas copas antes de la cena.

Resignada, aunque molesta porque eso significaba tal vez llegar sudorosa a la oficina de Javier, entré en el primer vagón con la mirada perdida en mis pensamientos. Me quedé cerca de la salida, en el hueco central, ya que el viaje iba a ser corto, pero eso significó quedar apretujada, de pie, entre mucha gente que se balanceaba tratando de asirse como podían a una de las barras.

Estiré el brazo tratando yo también de tomar una de las barras, pero entonces uno de mis pechos quedó sobre el hombro de un señor, al que no pareció molestarle el absoluto. Yo trataba de no incomodarlo, apartándome cuanto podía, pero él se giró para tener un contacto más firme con mis dos grandes bubas e iba rozando su hombro contra ellas (yo era más alta, y todavía más con los botines de tacón que llevaba, por cierto, unos botines burdeos con hebillas doradas preciosos).

Mi otra mano colgaba siendo el bolsito, pero no podía ir muy firme, entre el traqueteo del vagón y que no iba demasiado firme para no aplastar mis pechos contra el "caballero", no paraba de balancearme. Y fue por eso, seguro, que el señor de mi derecha, donde llevaba el bolso, malinterpretó mi balanceo sobre su entrepierna, o tal vez el que estaba detrás se envalentonó al notar mi inestabilidad. El caso es que a la siguiente parada tenía una mano que subía por mi cadera bajo la falda, una entrepierna abultada contra el anverso de mi mano con el bolso, y un hombro juguetón que acariciaba mis empitonados senos sin sujetador. Aquello, el calor y el sofoco, tiñeron mis mejillas con un calorcillo especial.

La mano bajo mi falda se aventuró entre mis piernas y notó que no había nada debajo. Un curioso dedo sintió la humedad de mi rajita y tuve que abrir un poco las piernas para no caer por la electrizante sensación de sentirme explorada. Mi mano libre se crispó por el susto, tomando junto al bolso una buena ración de carne y mis pechos ahora se bambolearon y apretaron sobre un hombro que rápidamente desapareció, para dejar acceso al "caballero", frente a mí, que pasó a recorrer con su puño cerrado (para disimular) mi anatomía pectoral.

Por suerte la frenada nos descolocó a todos. Mi segundo asidero apretó aquella barra de carne exprimiéndola, mientras el dedito se escurría de mis intimidades (ya húmedas, maldita sea, ¿por qué me caliento tan rápido?) y mis pechos se aplastaban contra la mano del tipo de delante. Pero fui rápida y salí del maldito vagón antes de que cerraran las puertas (para gran decepción de mis amigos). Arreglé mi blusa y faldita y fui hacia la oficina de Javier, justo a la salida del metro.

En recepción le dieron aviso y en tres minutos lo tenía ante mí preparado para ir al parquin y hacia nuestra nueva casa (formalmente, lo sería después de la boda de ese fin de semana). En el ascensor del parquin nos besamos con pasión y me recorrió todo el cuerpo con sus manos mientras nos fundíamos en un abrazo de deseo. Sus manos descendieron por el lateral de mis pechos y me tomaron de las nalgas apretándome contra él.

El sonido de la llegada a la planta nos despertó a los dos y nos separamos arreglándonos mínimamente (adiós a mi pintalabios rojo). Me preguntó si quería que fuéramos a cenar antes de ir al piso o después y le dije que fuéramos a casa directamente, sin decir nada de "después", mi mente no tenía ningún espacio para ningún "después". En el Jaguar dejé que mi faldita se subiera lo suficiente para que contemplara el final de mis medias y adivinara mi empapado chochito palpitante (olerlo ya se olía en ese compartimento cerrado).

Pese al tráfico, no tardamos en llegar a nuestra nueva casa y aparcar el coche en nuestra nueva plaza de parquin. Allí salí corriendo del coche hacia el ascensor para no tener... distracciones, pero me alcanzó rápido y mientras bajaba el ascensor ya me había introducido dos dedos en el sexo y me masturbaba furioso mientras uno de mis pezones era suavemente mordido por él.

Nos arrastramos como pudimos al ascensor y pulsamos el ático sin parar de besarnos.

Al superar la planta baja quedamos al descubierto, y saludé a Julián con la mano mientras Javier seguía con la suya bajo mi falda masturbándome. Naturalmente, transparente como era y ascendiendo, me bastó abrir un poquito mis piernas para que no sólo se diera cuenta Julián de lo que me hacía mi futuro maridito, sino que tuviera una perfecta visión de la mano de Javier hurgando en mi sexo. Nuestras miradas cómplices se cruzaron, mientras yo cuidaba que Javier no pudiera vernos.

Llegamos al apartamento y saludé a los obreros mientras tiraba de la mano de Javier hacia el dormitorio, pero en ese momento se me encendió la lucecita de alerta. Le dejé ir subiendo mientras yo me acercaba a la cocina y tomaba un botellín de agua del frigorífico, regalándoles una visión de mi alzada faldita que permitiría ver, seguramente, mi encharcado sexo por detrás. Una visión más cercana que la que tuvieron luego mientras seguían con la mirada mi subida por la escalera hacia el piso de arriba. Desde arriba, al final de la escalera, me paré con las piernas ligeramente abiertas y, saludándoles con la mano, procedí a levantarme de un rápido voleo la faldita mostrándoles mi sexo abierto en una fugaz visión antes de irme al dormitorio.

Allí me esperaba Javier, de pie en la entrada, admirando el dormitorio. Yo fui a la mesita y saqué una pastillita azul que le acerqué con el botellín. *“Te aseguro que no me hace falta”* dijo él. *“Te aseguro que te hará falta”*, le respondí yo. Y se la tomó rápidamente mientras yo, por detrás, le abrazaba dándole un sensual sobeteo. Sin música, me puse a bailar tras él, acariciándole pectorales y refregando mi sexo a sus nalgas, él de pie, quieto, dejándome hacer divertido.

Pasé delante de él y fueron mis nalgas las que acariciaron su entrepierna inflamada al ritmo de la bachata que sonaba en mi mente. Sus manos tomaron mis caderas y centraron mi masaje a su entrepierna, yo apreté con fuerza, pero no le permití empalarme, no quería todavía, quería sacarlo de sus casillas, iba a ser una velada larga. Seguí refregándome contra su cuerpo, me giré y me puse de cara, pasando una de mis piernas entre las suyas y tomándole de las caderas mientras mis pezones rozaban su pecho sensualmente y mi sexo acariciaba su muslo derecho arriba y abajo (le estaba mojando con mis jugos, porque gracias a los tacones quedaba a su altura).

Trató de forzar mis caderas, pero un cariñoso cachete mío le hizo entender que él no tenía ni voz ni voto. Ese día iba a violarlo yo. No detuve mi baile en un buen rato, hasta que mis rodillas empezaron a sufrir del ejercicio. Su sexo, rozado continuamente por mi muslo, estaba a punto de estallar. Yo llevaba las manos a mi pelo y movía la cabeza a los lados, sintiendo nuestros cuerpos no por las manos, sino por los roces constantes de pechos y muslos. No pudo aguantar y me apretó contra sí, pero yo llevé las manos a su corbata para tranquilizarlo y empecé a desanudarla lentamente. Eso me permitió separarlo un poco de mí, pero nuestras caderas continuaban jugando entre roces de muslos y sexos.

Tiré la corbata al suelo y procedí a desatar los botones de la camisa con mis dientes, arrancando cada uno de ellos con tirones y mordidas. Primero el del cuello (casi lo ahogo), luego los del pecho. Tiré arriba de la camisa para acceder a todos los botones, pero los inferiores los desaté con las manos mientras mi boca recorría su ahora desnudo pecho. Él se deshizo de la camisa y la lanzó lejos (con dificultad, estirando para sacarse los puños).

Entonces caí de rodillas y mis manos se pusieron a quitarle el cinturón sin aceptar que él me ayudara. Yo le miraba desde abajo, sonriéndole y relamiéndome los labios con lujuria. Él parecía hipnotizado con mi mirada, incapaz de despegarla de la suya, me tomaba la cabeza con las manos sin saber si estrujármela o atraerme a su sexo. Pero ese día no era él el quien dirigía el juego, yo imponía el ritmo y no aceptaba que me apretara la cara contra su sexo.

Liberé pantalones y los dejé caer hasta el suelo mientras él trataba de deshacerse de ellos, pero los zapatos se lo ponían difícil. Mientras forcejeaba un zapato contra el otro

para descalzarse yo, en vez de ayudarlo, hundía mi cara en sus bóxers mordiéndole el palpitante sexo, hoy más duro que nunca. Finalmente consiguió retirar los zapatos y, de fuertes tirones, los pantalones, pero yo no le permitía más. Mis manos en sus nalgas no le dejaban apartar mi cara de su sexo y no podía bajarse los bóxers. Renunció y se dejó hacer, como yo quería.

Entonces me alcé recorriendo con mi cuerpo cada centímetro de su piel, pegándome a él, dejando una estela de saliva en su cuerpo hasta alcanzar su boca y devorarla con la mía. Nuestras lenguas como serpientes batallando en la boca del otro. Sus manos en mi nuca, las mías en sus nalgas, apretándolo a mí. Estuvimos así un rato, hasta que yo dejé caer sus bóxers a sus tobillos y le empujé con fuerza para que cayera de espaldas sobre la cama. Quedé entre sus piernas y él tumbado boca arriba. Rápidamente le despojé de sus calcetines (y los bóxers) y me subí de pie a la cama poniéndome a bailar con un pie a cada lado de él. Sus manos subían por mis tobillos hasta las pantorrillas, pero cuando trataban de ir más allá yo las apartaba. Bailaba al son de una música que sólo yo escuchaba despeinándome y recorriendo mi cuerpo con mis manos.

Desde abajo él podía ver mi húmedo sexo goteando, mis muslos abiertos bajo la falda, y mis manos recorriendo caderas, alzando falda, recorriendo pechos y pelo. Entonces paré un poco y, mirándole fijamente con lujuria, tiré de mi blusa abriendo a la fuerza los botones, algunos saltaron fuera de la cama, pero no me quité la blusa, la dejé abierta, mostrando mis orgullosos y duros pechos erguidos. Todavía con mis botines de tacón alto puestos, con las medias, la faldita arrollada a la cintura y la blusa abierta, despeinada, me dejé caer sobre él, de rodillas, con mis piernas alrededor de su pecho, para pasar a tomarle la cabeza con fuerza y encajarla entre mis empapados muslos.

Le obligué a lamer hasta perder el aliento. Notaba su lengua en mi sexo, sus labios tratando de alcanzar mi clítoris. Pero entonces se quedó sin aire. Sus manos batallaron contra mí por separarse y respirar, pero todavía lo forcé un poco más hasta dejarle aspirar una bocanada. Noté el flujo de aire fresco en mi sexo y volví a forzarlo contra él para que siguiera con la lamida. Esta vez buscó mi sexo y trató de darme mordisquitos en mi clítoris (lo que me vuelve loca), pero no le dejé llevarme al éxtasis, aparté su cabeza y le comí la boca notando mi sabor en él.

No le dejé atraparme, como una gata di media vuelta y le puse mi ano en la boca mientras tomaba posesión de su sexo. Lo tomé en una mano, mientras con la otra apartaba mi pelo para poderlo engullir en toda su majestuosidad. Tragué hasta la garganta y me separé dejando un hilo de saliva entre mi boca y su falo, para volver a engullir como una boa hasta el fondo. No le hacía una lamida, lo follaba con mi garganta. Pero él no se estuvo quieto, y mientras su lengua desfloraba mi rosa flor de atrás, sus dedos jugueteaban con mi sexo, pellizcaban los labios mayores, muy inflamados, y pronto se pusieron a buscar mi muy prominente botoncito. Pero yo no quería llegar todavía, así que lo descabalgué, alejando mi sexo de él, y me puse a cuatro a su lado para, esta vez sí, hacerle la mamada de su vida.

Tomé su capullito colorado entre mis labios y le miré a los ojos. Él alzaba su cabeza para verme, y yo no lo decepcionaba. Esta vez me tomé mi tiempo, lamí toda la longitud de su verga desde la punta hasta sus huevos, donde mis labios y mi boca los engulleron totalmente para volver a subir por el tronco con los labios calientes chupando. Mi lengua, en el interior de la boca, jugueteando con cada centímetro de su piel hasta llegar otra vez a la punta y limpiársela bien, dejándola totalmente reluciente.

Miré y, efectivamente, tras la puerta acristalada de la terraza, que era la totalidad de la pared del dormitorio, estaban los tres (el encargado debía haber llegado entonces, porque cuando entramos no estaba). Encargado y dos operarios nos miraban alucinados mientras se masturbaban con sus pollas bien tiesas, el joven con dos dedos, los otros con toda la mano. Les miré sin dejar el sexo de Javier, que también los

miró pero no dijo nada.

Yo me puse de pie y caminé hacia la puerta acristalada, orgullosa, viendo la ofrenda que me estaban dando, la excitación en sus miradas. Puse mis dos manos abiertas en el cristal y me recosté dejando mis pechos aplastados contra la pared transparente, sacando mi grupa, ofreciéndosela a Javier, que rápidamente estuvo detrás de mí.

—¡Por el culo, te quiero por el culo! —Grité.

Y noté su embestida, brutal, sin contemplaciones (le había torturado sin piedad y ahora se desahogaba). Me la clavó sin miramientos de una embestida por mi ensalivado ano y me aplasté todavía más contra la transparente pared mirando a los tres trabajadores. Mi mejilla y mis pechos se aplastaron contra el cristal, me abandoné totalmente y me concentré en sentir a mi amante.

Javier empezó con un frenético ritmo de embestidas sin cuartel, notaba cómo me taladraba ensañándose, cubriéndome totalmente con cada embestida hasta el mismísimo estómago, y yo no podía parar de gemir, gritaba y gritaba de placer al notarlo tan dentro de mí, tan furiosamente dentro de mí. Ya no pensaba en ningún espectáculo, aquello era mejor que cualquier espectáculo porque era real. Toda la fuerza de Javier, todo el peso de su cuerpo, me vencía con cada embestida y me aplastaba contra el cristal.

El joven fue el primero en regalarme su simiente, la lanzó exactamente donde mi boca se aplastaba al cristal y de ahí fue escurriéndose hacia donde se aplastaban mis pechos, parecía que estuviera lamiéndolo, y yo sacaba la lengua lamiendo el cristal por mi lado. Aquello pareció enardecer todavía más a Javier, que incrementó si cabe su ritmo loco. No tardaron en sumarse a la primera corrida dos más, dejando el cristal con lechadas que goteaban por él como si lo hicieran sobre mi cuerpo.

Entonces, Javier, con furia, me tomó de las caderas y levantó una de mis piernas para que les mostrara cómo su tranca entraba y salía de mi ano. Ahora estábamos de lado, mostrando mi sexo abierto y brillante, mis labios inflamados, mi perfecto depilado chochito y mi ano dilatado sometido a una brutal embestida ante sus ojos. Vi cómo pese a haber acabado de correrse, los tres seguían masturbándose con sus pollas inflamándose.

Pero ahora fue Javier el que descargó en mi estómago llenándome de leche. Lanzó un grito gutural y me apretó de las caderas contra él clavándome las uñas mientras el mundo se escurría dentro de mí. Me alzó en vilo descargándose en mi interior y, finalmente, me dejó caer. Mis piernas temblaban y me sacudía con orgasmos encadenados que me impedían mantenerme en pie, así que quedé, sudorosa y temblorosa, a sus pies.

Contra lo habitual, mi mirada vio, al fijarme en Javier, ante mí, que su polla continuaba empalmada, aunque goteante. ¡Benditas pastillitas azules! Yo me arrastré, de rodillas, hasta su cintura y la besé y limpié sacando mi lengüecita, sorbiendo con mis labios. Mientras notaba mi ano palpar.

Los tres obreros tenían una perfecta visión de él, palpitando y rebosando leche que iba a caer al suelo, con la falda arrollada a mi cintura y los restos de la blusa sobre mi espalda, les di una visión perfecta de mi ano goteante, mi sexo inflamado, mis largas piernas enfundadas en medias color carne con pegotes goteantes en ellas, y mis preciosos y brillantes botines de tacón de aguja...

Javier me estiró del pelo y me tumbó en el suelo boca arriba, tomó mis tobillos y se los puso en los hombros mientras apuntaba su falo a mi brillante chochito inflamado. Sin pausa, pasó a taladrarme esta vez por delante mientras mis grandes pechos se bamboleaban por las arremetidas. Me tomó de las caderas para alzarme un poco y poder acelerar el ritmo y ya no lo bajó en lo que fue una eternidad, para mí, de embestidas y orgasmos.

Porque después de los orgasmos empecé a notar explosiones en mi sexo,

explosiones una detrás de otra, explosiones que me hacían saltar las caderas arriba y abajo pese a que Javier trataba de mantenerme firme. Ahora era una batalla sin control, él trataba de dominarme, pero mis caderas saltaban solas fruto de la cadena de orgasmos que me sacudían.

No sé cuánto duró. Sólo recuerdo como flashes. Hubo un momento en que los obreros escupieron de nuevo su leche en la puerta acristalada, o fueron dos o tres, no sé. Lo que sí sé es que yo no paraba de gritar, gritar de placer, y Javier también, creo que incluso los oí gritar a ellos, pero cuando Javier me llevó al baño y me introdujo en el jacuzzi ya era de noche fuera y me dejé acariciar y recorrer con la esponja como una niña pequeña. Me llevó en brazos a la cama y me untó de cremas (ya le tengo enseñado). Sólo entonces vi la hora, no era tarde, pero debíamos haber estado follando como cuatro horas seguidas. Y mañana la boda, benditas pastillitas azules...

La boda

Me desperté temprano el día de mi boda. Dejé a Javier dormido en el lecho y me fui al inmenso baño del jacuzzi a empezar a prepararme. Por suerte antes de ir a la cama Javier me había untado de cremas todos mis orificios, así que esa mañana no tenía... resaca de sexo.

Me limpié bien todos mis orificios con una ducha rápida y volví a ponerme cremita. Pese a que no habíamos cenado la noche anterior tenía nervios y no desayuné más que el bendito café con leche. Fui al vestidor y me puse sólo tanguita, sostén deportivo, unas mallas y una camiseta, zapatillas cómodas y tomé mi bolsito (móvil, llaves, documentación y tarjeta, ¿lo llevo todo? bien) y salí cuando ya sonaba el telefonillo, era mi amiga Lucía que venía a buscarme.

Todo estaba programado y sincronizado para que fuera perfectamente, sin nervios y como si yo sólo fuera una muñeca que tenía que ser preparada para un divertido juego de pasarela. Mis amigas se habían ocupado de la logística del día de la boda (ya que no les había dejado hacer la despedida de soltera el día antes, lo habían tenido que hacer la semana antes, pero esa es otra historia que no estoy segura de contar nunca). Lo primero, un spa. Lucía, precavida, había reservado una masajista para evitar tentaciones, pero lo cierto es que la chica me dejó para el arrastre. Consiguió que me olvidara de la sesión de sexo de la noche anterior sacudiéndome todos los músculos del cuerpo. Después la sauna (sauna seca, por supuesto, ¡soy rusa! Nada como una sauna para reponerse del todo y sentirse como una reina). Aquella media hora después del masaje fue la hora más reparadora de todo el día.

Después fue otra amiga la que me llevó a la peluquería (parece que una no sepa peinarse, pero es que aquí nadie entiende que a una boda vayas sin pasar antes por la peluquería y manicura de dedos y pies). La ventaja es que se hace con una copa de vino blanco, lo que relaja todavía más (especialmente con el estómago vacío). Y, finalmente, el vestido.

Lo tenían todo preparado en uno de los salones de la modista, donde yo había invitado a Raúl (y Dulce), un vecino muy especial al que quería mucho (y su pequinosa, Dulce). Mientras todas esas brujas correteaban arriba y abajo yo me desnudé tranquilamente. Raúl, con su voz tranquila, me relajaba cubriéndome de halagos. Cuando quedé desnuda en medio de la sala con Raúl y entró la modista se escandalizó. Pero por suerte mis amigas la calmaron diciéndole que Raúl era como un padre para mí (siempre me llama su niña) y empezó la procesión de capas y capas de ropa.

Lo primero, las blancas medias de un suave tejido y las ligas de un suave tono azulado para aguantarlas (me encantan las ligas). Después el conjunto interior, una tanguita blanca bordada y casi transparente por delante que parecía angelical (angelical cubriéndome a mí... es para morir de risa, ¿verdad?). Después el corpiño, blanco y lleno de encajes que modelaba a la perfección mi silueta. Especialmente cuando la sádica de la modista me lo apretó por detrás, dejándome una cinturita de avispa y mis melones alzados sobresaliendo casi enteros. Por suerte el corpiño llegaba a cubrir los pezones, que si no... pero lo apretó tanto que casi saltan. Zapatos blancos de tacón de aguja interminable, lisos, de princesa.

Entonces me miré al espejo. Con los tacones debía alcanzar el metro ochenta, largas piernas enfundadas en blancas medias que brillaban ligeramente al moverme, las ligas se veían de un azul muy suave que le daba un toque de color. La tanga blanca realzaba mi moreno de los cachetes (y mi pubis afeitado completamente como si fuera el de una niña), y el corsé me dejaba una figura imponente. Esa debe ser la imagen de la princesa más erótica jamás soñada (Raúl así lo confirmó).

Pero tanto ajetreo, por suerte, me impidió excitarme, entonces vino el traje. Entre dos

chicas me lo acercaron y abotonaron (nada de cremalleras, todo botones y lacitos). Como las caderas quedaban ajustadas, la falda empezaba a medio muslo, abierta del frente, para poder caminar bien. El conjunto marcaba perfectamente mis caderas y cintura, subiendo bien apretado hasta los pechos, donde era ligeramente más amplio que el corsé, pero no mucho más, dejando hombros al aire para lucir un bello cuello y una preciosa cara todavía despojada de maquillaje.

Sí, ya lo sé, no soy nada modesta, pero lo cierto es que me sentí una reina. No me dejaron ni mirarme, casi, porque me sentaron en un butacón y vino la sesión de maquillaje, que duró su buen rato para dejarme casi sin nada. Era tan suave que me pareció perfecto. Mis rojos y brillantes labios destacaban como siempre, pero el resto de la cara quedó con tonos muy suaves, sólo algunos polvitos, los ojos delineados y algunas sombras, casi nada (¿para eso necesitaron tanto tiempo? Pues sí, para eso se necesita mucho más tiempo que para pasarte la paleta de maquillaje que llevan la mayoría de las chicas).

Entonces sí lo pude disfrutar en el espejo de cuerpo entero que cubría la pared entera con Raúl sentado en su butaca apreciando cada detalle (es muy majo Raúl). Contra todo lo que pueda parecer, no estaba nada hambrienta, y el sentirme la cintura tan prieta no me molestaba lo más mínimo. Me parecía sentir unas manos en mi cintura y estaba muy cómoda. Gracias a la abertura de delante de la falda podía caminar cómodamente, pero si iba rápido se veían los ligueros. Podía girar y la cola (no muy larga) me seguía perfectamente, si hubiera sido más larga hubiera tenido problemas, pero era la longitud perfecta para dominarla sin tener que tomarla con la mano para que me siguiera.

Estaba ilusionada, preciosa y me sentía perfecta cuando Raúl se levantó y me pidió que me quedara bien quieta con los ojos cerrados frente al espejo. Así lo hice y, de repente, toda la cháchara de la tienda se tornó en un silencio absoluto. La modista y mis amigas estaban mudas como tumbas. Después de unos largos segundos (¿qué estaría pasando?) noté el conocido tacto de Raúl en mi cabello, orejas y algo frío se deslizó por mi cuello y quedó reposando entre mis pechos. Sentí un ligero escalofrío. No se oía ni a una mosca cuando Raúl me permitió abrir los ojos.

Vi mi imagen reflejada en el espejo, pero no era yo, me había convertido en una princesa de cuento. Una preciosa diadema con la forma de helechos entretejidos cubierta de piedras preciosas me coronaba el peinado. De mis orejas pendían dos lágrimas que lanzaban destellos de felicidad por toda la sala, y de mi cuello, de mi cuello pendía un fino collar a juego con el resto que reposaba entre mis dos pechos a la altura justa para quedar en medio del escote. Mi boca se abrió sin poder emitir ningún sonido una vez, dos veces, a la tercera pude lanzar un entrecortado gemido mientras mis amigas y la modista soltaban quebrados grititos de admiración.

Casi lloro (no podía por el maquillaje). Abracé al sonriente Raúl con emoción. *“Ahora están donde siempre debieron estar, es mi pequeño regalo por todo este tiempo maravilloso”*, me dijo. Raúl había sido orfebre hacía mucho, mucho tiempo. Aquel conjunto lo guardaba como su más precioso tesoro, y ahora me lo ofrecía a mí. Su más preciado tesoro, el fruto de su más refinado arte.

Y entonces sí que no me pude contener y lloré como una niña (rápidamente vinieron las amigas con pañuelos de papel a cuidar que las lágrimas no deshicieran el maquillaje). Raúl fue todo el día con la marca de mis labios en su mejilla, más erguido y orgulloso que nunca. Mi querido amigo pudo lucir todo su arte de orfebre esa noche y me hizo un honor regalándome sus tan queridas piezas (hasta se disculpó por no haberme podido hacer el anillo de bodas, pero ya no tiene pulso). Aquél fue mi primer regalo de bodas, y uno de los más sentidos y que me emocionó más.

No pude dejar de mirarme al espejo durante todo el rato que tardó en venirme a buscar el coche, y las clientas de la tienda (y las que trabajaban) no dejaban de entrar para

verme y emocionarse (y morirse de envidia, ¡claro!). Me sentía radiante, y lo estaba. Cuando vino el padre de Javier (que era quien me llevaría al altar) se quedó mirándome quieto durante más de dos minutos hasta ser capaz de articular un saludo. Fue al subir al coche (un Jaguar, ¡cómo no! Eso de las limusinas me parece una horterada) cuando me percaté que ese día era el blanco de todas las miradas, y no sólo por el deseo, ese día era deseo, envidia y hasta admiración. El mismo chófer se quedó absolutamente cautivado con mis ligas cuando subí al auto (para no arrugar el vestido lo abría sobre el asiento para no marcar nada). El padre de Javier parecía embobado sin saber dónde mirar, y por una vez no era de deseo sexual, sino de profunda admiración.

Llegamos a la iglesia sin que yo pudiera darme cuenta de nada, estaba como en una nube, y me comporté como la dulce princesita que debía ser entre la alta sociedad que nos esperaba. Si alguien espera que cuente cómo mostré mis ligas o sexo, que se olvide (aunque alguna curiosa mirada del párroco a mi escote sí le pillé). Entre hombres de frac o chaqué con corbata y flor a juego... no es el momento de devaneos. Por suerte, la misa pasó rápido y la ceremonia también. Aunque debo reconocer, que cuando Javier me puso el anillo en mi dedo, casi me corro (después al ver el vídeo, me di cuenta que se puede ver claramente cómo me muerdo el labio inferior para no gemir). Yo se lo puse también a él, y así quedó sentenciada la cadena perpetua.

En la salida, se nos podía ver mucho más relajados. Sus compañeros de hockey le hicieron el tradicional túnel con los sticks y nos rociaron de arroz. El ramo lo recogió Júlia, para gran regocijo de su acompañante (Pau) y vergüenza de ella (aunque yo creo que... tal vez sea la excusa que les falta para dar el paso). Saludamos a los que pudimos y el chófer nos condujo hacia las afueras de Barcelona donde sería el convite.

En el coche, los dos solos y ya relajados, pudimos darnos, ¡al fin! Un beso como Dios manda y me pareció que quería tragarme de deseo (sus manos no pararon quietas y me acarició enterita). Yo podía ver cómo el chófer nos miraba por el retrovisor, pero me dio igual, espero que lo disfrutara. Pero tuve que frenar a Javier, no por el chófer, sino porque lo primero que hice fue poner a buen recaudo en un maletín que ya tenía preparado en el coche (me lo había dado Raúl) la diadema, el collar —no pude evitar acariciarlo con nostalgia antes de guardarlo— y los pendientes.

Entonces sí, en ese momento ya estaba preparada, y fui yo la que asaltó a Javier y casi me monté en él dentro del espacioso trasero del Jaguar. Me lo comí a besos casi sin dejarlo respirar sin importarme peinados ni maquillaje ni leches. Hasta mis manos bajaron por su pecho y tomaron su sexo por encima del pantalón. Yo iba montada literalmente en él, alcé mis caderas para poder pasar mi mano entre los dos y seguí montándolo mientras con la palma le acariciaba su falo arriba y abajo como tanto le gusta y nos besábamos con lujuria.

Él no se quedó quieto, le bastó tirar abajo el corsé para descubrir y empezar a comer mis pechos. Mis pezones no tardaron nada en endurecerse y él los mordió a gusto arrancándome gemidos de placer. Quitarme la tanguita tuvo su rato de risas, pero finalmente lo conseguí y entonces me empaló debidamente mientras yo lo cabalgaba gritando como una loca con los pechos al aire bamboleándose para que los coches de detrás disfrutaran.

Se corrió rápido, y yo también, pero debo reconocer que fue muy satisfactorio. Entonces nos acurrucamos en el asiento y mi último recuerdo antes de dormirme fue la mirada del chófer a través del espejo retrovisor. Dormí el resto del corto viaje acurrucada en los brazos de Javier con mi sexo lleno de él.

Me despertó al llegar, y bajamos los dos para dirigirnos (junto con el asistente del hotel que nos dirigía) directamente a ver el salón comedor que nos tenían reservado y, después, a la habitación. Allí me di cuenta que me había olvidado la tanga en el coche, pero no me importó, espero que el chófer la disfrutara (el maletín con las joyas no me lo

había olvidado). Volvimos a besarnos y me aseeé en el lavabo, me refresqué, volví a acomodarme el peinado y retoqué labios y líneas de maquillaje. Después de eso me tomé mi tiempo para volver a ponerme el collar y la diadema (y volver a quedarme extasiada con la imagen).

Javier me esperaba en la habitación cuando salí, con dos copas de vino blanco heladito y brindamos, relajadamente, mientras tomábamos unos pedacitos de fruta (cortesía del local). Él también se relajó, pero teníamos que bajar pronto para iniciar el banquete. Finalmente nos llegó el aviso de la recepción para que bajáramos y procedimos a salir hacia el salón donde se haría el banquete.

El banquete

Entramos en el salón del banquete encontrándonos con todo el mundo sentado y esperándonos en sus mesas. Las chaquetas ya colgaban de las sillas y algunas corbatas estaban desanudadas. Aplausos y vítores.

Javier y yo fuimos recorriendo cada mesa y saludando, pero rapidito, que no teníamos que hacer esperar a la comida. Sólo algunos gestos cariñosos, hasta llegar a la mesa presidencial donde nos recibieron sus padres, Don José y Natalia, así como dos abuelitas que no se enteraban de nada y sólo se gritaban la una a la otra para poderse entender (debían ser demasiado coquetas para ponerse el audífono y acababan gritándolo todo).

Muy atento, Javier no dejó que nadie más se ocupara de mi silla y fue él mismo quien me acomodó para sentarse después. Sólo entonces empezó el desfile de camareros con los platos, primero la presentación a la mesa presidencial, y después al resto del salón. Y empezó el bullicio y las charlas. Pese al vestido, comí con hambre y gusto. Después del pescado fue cuando nos alzamos e hicimos el recorrido por las mesas, saludando, ahora sí, y teniendo tiempo para algún comentario con cada invitado. Pude conocer toda la familia de Javier, incluso la más lejana, y dejó para el final la mesa de los inversores de los USA.

Allí a Javier le cambió un poco el aspecto, continuaba relajado, pero estaba más formal, como más duro. Es curioso como cambiamos de pose cuando tratamos con unos o con otros. Me presentó y nos abstuvimos de los besos, sólo encajadas de manos formales. Un mejicano sí me tomó la mano y, con galantería, me la besó a modo de caballero (en el anillo), pero los de los Estados Unidos fueron más formales sólo encajando la mano.

Javier quería cumplir y salir de allí, pero el mejicano estaba encandilado y me retenía la mano preguntándome cosas. Curiosamente nuestra charla era en inglés, supongo que por el resto de la mesa, pero eso no es problema para mí (y no, no tengo el acento ruso de las películas, estudié inglés británico y lo hablo con fluidez, aunque mi vocabulario es amplio sólo en la parte económica por el trabajo, y no tanto en el resto de áreas).

Se interesó por la diadema y el precioso collar, y le comenté que era el regalo de bodas de un gran amigo mío que era orfebre. Fue muy natural que quisiera tomar el collar entre sus dedos para examinar el trabajo artesanal de la pieza y las piedras, con lo que pronto me encontré con el tacto de sus dedos en mis pechos. No hubo nada malintencionado, pero no pude evitar que se me endurecieran y mis pezones cobraran vida. Naturalmente lo notó y se ruborizó (¡qué tierno!), pero yo le sonreí para tranquilizarlo y le tomé la mano para que siguiera admirando tranquilamente (él ya la iba a retirar). Me incliné más todavía sobre él, con lo que el roce sobre los pechos se hizo menor, pero la visión de mi escote se amplió notablemente.

Un atento camarero acercó dos sillas para que pudiéramos sentarnos (porque yo estaba agachada sobre el mejicano, que estaba dudando si sentarse o quedarse de pie y...), así que lo que Javier había esperado que fuera una visita fugaz se convirtió en la visita más larga a las mesas de los invitados. El mejicano, con ojo experto, reconoció el valor de la pieza, con lo que el caballero americano de su lado también se interesó y así fue como mi escote fue admirado por todos y cada uno a turnos y mis pechos bien sobados por todos ellos. Mis pezones estaban duros y mis aureolas se habían inflado ostensiblemente, dejándose ver por encima del escote, lo que hizo que mi vuelta a la mesa fuera un buen espectáculo (todos querían ver y tocar... el collar).

Javier estaba hablando de negocios con uno de ellos cuando les interrumpió mi vuelta a su lado. Uno de los americanos le indicó que observara bien mis joyas y me planté ante él sin darle tiempo a más, con lo que alzó la vista y su panorama cambió

totalmente de los negocios al espectáculo del placer más absoluto. Pero en su mirada, sólo lo vi en su mirada. Su cara no cambió un ápice, pero su mirada sí, algo llameó en sus ojos y, muy educadamente, tomó el extremo colgante del collar de entre mis pechos provocándome un roce muy sensual que me recorrió como una descarga.

Sus manos eran suaves y muy cuidadas y se movían sobre mi piel como terciopelo caliente. Observó y observó, acercó la joya a sus ojos y se agachó sobre mi escote, pude notar su cálida presencia muy cerca de mi piel. Pero entonces dejó de mirar la joya y alzó sus ojos hacia los míos. Nada en sus movimientos o en sus gestos o en su actitud revelaba nada más que un educado interés, pero cuando sus ojos coincidieron en los míos pude percibir el deseo del depredador en la presa.

Javier no me lo había dicho, pero fue en ese momento que me percaté que ese americano tenía que ser Mr. Clifford, lo recordaba porque Javier me había dicho que era el tipo clave en la inversión en sus negocios, pero también porque me sorprendió que su apellido fuera un nombre propio. El tal Mr. Clifford me miraba no sólo con deseo, sino con la mirada del que sabe que debo y seré suya, algo que me incomodó, pero también me calentó, y decidí aceptar el reto, me verás pero no me catarás.

Abrí mis piernas ante él, con lo que llegó a ver el extremo de las medias y el ligero (sólo eso), y me acerqué para que pudiera contemplar los pendientes. Su aliento alcanzó ahora mis mejillas y mi perfume le envolvió, y no precisamente el Channel nº8 (el nº5 está demasiado sobrevalorado, el 8 es mucho mejor). Pudo oler mis flujos, seguro, y con ese olor procedí a bajar mi cabeza para que pudiera admirar mi diadema, con lo que, sentados, mi cabeza quedaba enfocando su abultada entrepierna. Para poder agacharme con comodidad, una de mis manos quedó reposando sobre su muslo. Noté su incomodidad, aunque el bulto de su entrepierna no debió pensar lo mismo, porque creció algo más, aprisionado por el formal chaqué.

Finalmente me incorporé y me alcé, espectacular, ante él, mientras Javier disimulaba su sonrisa por mi travesura. Nos despedimos de todos ellos hasta dentro de dos días, en Cadaqués.

—¿Porque usted también vendrá, verdad? —Le dije con un mohín de niña traviesa mientras me acercaba para darle un último beso de despedida poniéndole el escote entre sus ojos e impregnándole, una vez más, de mi aroma con un suave roce en su mejilla.

Don José nos había convocado (sí, el viaje de bodas debía esperar unos días, ya estaba todo programado), y el tal Clifford todavía no había confirmado (lo que quería decir que la inversión no estaba nada segura). Su seco “Sure” —seguro— reflejó sorpresa y relajación en Javier, que me estrujó la mano ante la sorpresa. Os prometo que pude sentir su mirada en mis posaderas y espalda mientras Javier y yo volvíamos a la mesa presidencial a degustar el solomillo sangrante que ya estaba frío.

Javier me recriminó sin convicción por la travesura, pero seguro que ahora el americano estaba más que predispuesto a ir a Cadaqués con buen ánimo. La mano de Javier me acarició por debajo de la mesa (y de la falda) en agradecimiento, mientras besaba castamente mi mejilla y sus dedos se insinuaban en mi húmedo sexo.

—Eres un diablillo divino —y seguidamente fue a contarle a Don José que su querida mujercita le había arrancado al americano el compromiso de visita a Cadaqués donde negociar la inversión.

La llegada del pastel fue un perfecto show de luces y bengalas. Con un fino estoque (histórico, de 1.600) cortamos la primera porción y después lo retiraron para servir, dando paso a los brindis. Después del primer y soso brindis de la tradición española, los invitados me deleitaron con la tradicional ronda de brindis rusos.

Un brindis ruso no es una frase y a beber, no, eso es lo que hacen aquí los españoles. En Rusia hay incluso libros de poemas para inspirar los brindis (y profesionales que puedes contratar para animar la fiesta con espectaculares y cultos brindis), y deben ser

redactados especialmente para la ocasión (inspirados, pero no copiados de los libros de brindis o poemas).

El padre de Javier hizo callar a todos y alzó la copa, iniciando la preciosa sorpresa que habían preparado entre familiares y amigos exclusivamente para mí (yo no sabía nada). Explicó la tradición de los brindis rusos, la composición de poemas para la ocasión, y se atrevió a ser el primero en romper la veda y regalarme un poema dedicado a mí, la ahora-ya-no-novia-sino-mujer, donde pude apreciar toques de Pushkin y Neruda, mis dos poetas preferidos.

Dejaron unos minutos después del brindis, aplausos (de pasarle el brindis escrito a las dos viejitas que no escuchaban nada) y volvimos a comer hasta que Javier se alzó y continuó la preciosa sorpresa que me tenían reservada con un brindis-poema, que había tomado retazos de Lorca, en honor a los padres (el segundo brindis acostumbra a ser en honor a los padres). Mis padres ya no están, así que su brindis despertó en mí unas lagrimitas por su recuerdo, pero fue precioso y todos nos alzamos y brindamos mirando a los padres de Javier.

Después fue mi madrina, Lucía, quien se alzó y entonó un poema para el brindis por el amor. Lo hizo muy bien, con algún toque de humor sobre mis escarceos y la energía necesaria que tendría que dedicar Javier a someterme y hacerme “una buena y tradicional esposa”. Fue un poema burlesco ridiculizándonos a los dos, y todos estallamos en carcajadas interrumpiéndola en más de una ocasión.

Para mi sorpresa, habían conseguido muchos más colaboradores (y algunos revelaron una vena poética que me sorprendió) y el pastel se alargó con buen cava y licores mientras se iban alzando uno y otro y declamando sus poemas. Hubo muchos humorísticos, hasta un abuelete de la familia de Javier hizo uno de mis interminables piernas —y lo que él les haría— que nos dejó a todos atónitos. Su sonrisa pícara y los golpes que le dio su mujer con el bastón fueron un momento memorable de la boda.

Tuve que alzarme y acercarme a él dándole un besito en la calva y tranquilizando a su mujer mientras él insinuaba su mano entre la abertura de mi falda para regocijo de todos (por suerte su mujer fue la única que no lo vio), y yo le recriminé amablemente agradeciéndole el detalle del poema.

Naturalmente, entre poemas y brindis subastaron la corbata de Javier y le llegó el turno a mis ligas (azules, un detalle de Laura). Para la primera de ellas tomé al abuelete, le llevaron casi en volandas hacia la mesa presidencial y pude ver cómo se emocionaba y le subía la tensión poniéndose rojo como un tomate e inflándosele las venas (no se me vaya a morir aquí, pensé). Pero no, aguantó como un jabato. Con ternura, procedió a poner sus temblorosas manos en mi muslo. Yo abrí mi falda con descaro volteándola ante él (pero no mucho, que no llevaba tanga) y él procedió a ascender sus manos por mi media hasta acceder a la liga.

Muy caballerosamente fue deslizándola abajo con sus dedos mientras recorría todo mi muslame y sus ojos no se apartaban de mi carne. Realmente pude sentir su deseo en el beso que posó en mi descubierto muslo, justo sobre el final de la media, mientras yo me cubría para que no descubriera mi desnudez bajo la falda. Se alzó con la preciada prenda susurrándome que tenía un olor delicioso y la mostró al público, iniciando la puja en mil euros ante la indignación de su mujer que gritaba y gritaba que dejara de hacer el ridículo.

Pero la puja no duró mucho, pues Mr. Clifford la mató al ofrecer diez mil por la prenda y el privilegio de tomar la otra. Lo hizo con su voz grave y sin estridencias, sin gritar, pero aquello heló la alegría y las risas. Viendo que todos habían callado al oír semejante proposición con esa seriedad, yo reí y le llamé a la mesa presidencial (de una manera u otra había que romper esa seriedad).

Pausadamente, sin ni siquiera sonreír, se me acercó. Cuando lo tuve frente a mí, con todo el descaro del mundo, alargué mi mano con la palma hacia arriba y la dejé

esperando el dinero. Ahora sí se sorprendió y sonrió ampliamente cuando captó la intención. “*Business are business*”. “*Dilá, dilá...*” me respondió divertido metiendo la mano en el interior de su chaqueta, sacando talonario y pluma y extendiendo un talón por importe de 10.000 euros de un banco americano [*Business, dilá, negocios en inglés y ruso*]. Examiné el talón contra la luz haciendo comedia y arrancando risas, para insertárselo en la cremallera de los pantalones de Javier y apartarlo para que nos dejara espacio (Javier estaba horrorizado con que le hubiera exigido el pago por adelantado, pero a la vez sorprendido que el americano hubiera aceptado la broma con placer).

Entonces me puse de espaldas al público e hice agachar a Mr. Clifford ante mí, que se puso de rodillas esperando alguna nueva gracia de aquella rusita, como que tuviera que implorarme o algo así. Pero nada de eso estaba en mis planes. Lo que hice fue abrir mi falda y encerrarlo en ella mientras movía mi trasero lanzando gritos de placer. Ante aquella bufonada Clifford debió sentirse algo ofendido, pero su reacción estuvo a la altura, y rápidamente pude notar sus manos alrededor de la liga para acabar con ello.

Pero hubo una pausa, mi olor debía ser muy intenso allí abajo, y mis gritos simulados de placer cambiaron a un escalofrío de sorpresa cuando pude notar un lengüetazo en mi sexo que recorría mis labios vaginales de abajo arriba abriéndolos e insertando la punta de la lengua en mi húmedo y preparado sexo. Sus manos bajaron la liga mientras yo me congelaba por un momento y le tomaba la cabeza por encima de la falda y lo apretaba más contra mí para que todos rieran, pero en realidad apartaba mis caderas para liberarme de esa lengua que podría haberme hecho llegar a un rápido orgasmo delante de todos.

Alcé mi pie para liberar la liga mientras le permitía un segundo rápido lametón y lo sacaba de entre mis piernas. “*Naughty, perverse, but nice*” [travieso, perverso, pero agradable], y él me respondió que era el mejor brindis de todos. Los dos nos sonreímos, esta vez con toda la cara y no sólo la mirada. Pero cuando se relamió volví a ver esa brillante mirada de deseo.

—*You have pending business in Cadaqués*. —Le dije con sonrisa insinuante [*Tiene negocios pendientes en Cadaqués*]. Alzó la liga que esta vez quedó en unos muy honrosos (y más normales) seiscientos euros para Pau, que se la ofreció a Julia (¿sería una proposición más seria? Ya me lo contaría).

Durante el resto de la fiesta en el salón Mr. Clifford tuvo sus ojos clavados en mí cada minuto, y esos ojos sólo revelaban una cosa, deseo de depredador.

Moi mush

Finalizados brindis y subastas llegó la hora de iniciar el baile, que inauguramos Javier y yo con un vals, naturalmente. Su padre le sustituyó a media pieza y el resto de las parejas empezaron a rodearnos. Después de esa primera pieza llegó el momento para que nos retiráramos. Ya estaba bien de esos vestidos y para el baile informal habíamos traído vestidos más cómodos. Así que subimos a la habitación.

Fue cerrar la puerta y Javier me abrazó y contra la misma puerta me besó con pasión mientras yo notaba su cadera contra mí, una... interesante cadera. Pero le rechacé, le empujé y le hice pasar hasta el dormitorio de la suite, donde todavía le seguí empujando hasta hacerle caer sobre la cama.

Yo estaba muy excitada, lo demostraban mis flujos por el interior de los muslos, pero quería que no olvidara nunca nuestra boda, y ese sería uno de los momentos que seguro que no olvidaría. Quedó tumbado en la cama boca arriba apoyado sobre los codos mirándome y cuando empecé mi espectáculo ya vio por donde iba y se dedicó a disfrutar.

Llevé mis manos detrás y empecé a deshacer los mil lazos que aguantaban el escotado vestido en mi cuerpo. Por suerte, deshacerlos era mucho más simple que atarlos y podía hacerlo yo misma sin ayuda. Llevó un tiempo, pero mis contoneos mostrándole el esplendoroso escote o sacando mis largas piernas por el corte frontal de la falda creo que le entretuvieron y no hubo quejas. Quedaban ya sólo dos lazos cuando el propio vestido decidió que ya era suficiente y resbaló por mi cuerpo quedando como una masa de ropa a mis pies.

Con un dulce paso me libré del vestido y me mostré ante él. El corsé elevaba y tapaba apenas las aureolas de mis pechos, mi depilado vientre desnudo mostraba mis brillantes e inflamados labios empapados de flujo. Mi figura enmarcada por las virginales medias ahora sin liguero. Él quiso levantarse para venir hacia mí, pero yo le volví a apartar tirándolo de nuevo encima de la cama. Me entretuve en desabrochar cada uno de los corchetes del corsé sin que nuestras miradas se separasen ni un instante. Pero podía apreciar cómo su excitación iba en aumento corchete a corchete y su presión ascendiendo y ascendiendo. Mi querido cuarentón estaba al límite de su resistencia y pronto ya no podría retenerlo.

Abrí el corsé y lo dejé resbalar al suelo, quedando todavía los pechos cubiertos por un transparente sostén blanco que ya no ocultaba mis duros y puntiagudos pezones ni mis oscuras aureolas encendidas de pasión. Ahora sí que fui yo la que me acerqué lentamente a él, contoneando las caderas y dejando que mi fuerte aroma le acelerara el corazón. Mis piernas quedaron abiertas con las suyas, colgando de la cama, en medio, y él me tomó de las caderas, acercó su cabeza a mí y me besó en el ombligo haciéndome estremecer. Sus labios bajaron mientras yo lo tomaba de la cabeza y le acariciaba el pelo, bajaron y bajaron haciéndome subir a mí de rodillas sobre la cama, hasta encontrar su objetivo.

Pero esta vez fue él el perverso que se entretuvo besando mis labios mayores y notando cómo mi sexo todavía se inflamaba más. Mis abultados labios ya estaban en su máxima expresión y notaba la sangre palpitando en ellos cuando sacó la lengua y los recorrió de abajo arriba abriéndolos como una flor y tomando mi esencia en ellos. Casi me corro en ese momento, pero me contuve. Su lengua traviesa no me penetraba, sólo me acariciaba y fue descubriendo las capas de piel hasta que mi pequeño botón del placer quedó expuesto palpitante a su aliento.

Entonces cambió el ritmo y lo tomó en sus labios y succionó con fuerza y me corrí en sus labios como una adolescente chillando "*Moi mush*" [Mi marido, en ruso]. Me corrí con un largo y esperado orgasmo que recorrió mi cuerpo completamente de las piernas

a la cabeza mientras le apretaba sin dejarlo respirar sobre mi clítoris. El aguantó lo suficiente para dejarme gozar, pero entonces caí de rodillas ante él y le tomé la cara y lo besé con un beso fuerte, de deseo, saboreándome mientras lo saboreaba a él.

Naturalmente la cosa no podía quedar ahí, y cuando nos separamos lo tumbé de nuevo en la cama y me dediqué a desanudarle el cinturón y retirarle (a la vez) pantalón y bóxers con prisa para liberar su totalmente erecto sexo y engullirlo en mi boca. No, esta vez no había ni miradas ni insinuaciones ni... esta vez lo tomé en mi boca entero y tragué hasta notarlo contra la campanilla para dejarlo allí un instante y retirarme dejando un hilo de baba entre su sexo y mi boca. Ahora sí lo miré, con mi cara de puta sedienta de sexo, cara de viciosa, cara de querer devolverle el placer multiplicado por mil. Estuve tragando hasta el fondo y sacándola, follándolo yo con la boca, un buen rato, pero sabía que así no duraría mucho, de manera que me retiré y volví a alzarme sobre él dejándole que contemplara toda mi figura, todavía con los pechos transparentándose en el sostén, las medias y los blancos zapatos de tacón.

Alcé una de mis piernas y la puse sobre la cama, el zapato brillaba y él se lo quedó mirando, pero no le di tiempo a besarlo, me acerqué y de una estocada lo monté clavándomelo hasta el útero. Nos mirábamos desafiándonos el uno al otro, con furia, pero, yo encima, era la que dominaba el movimiento. Bastaron tres embestidas, tres completas y rápidas embestidas, tres saltos en los que me empalaba en su sexo dejándome caer con la fuerza de la confianza que nos unía para notar cómo se derramaba en mí y una cuarta para correrme yo succionándolo con la vulva por la fuerza del orgasmo y vaciándolo, bebiendo de él con mi sexo.

Todavía mirándonos, caí sobre él y nos besamos mordiéndonos los labios mientras nuestras respiraciones se acompasaban y rodábamos por la cama. Paramos en el extremo y nos relajamos uno en brazos del otro. Nos dijimos tonterías y nos reímos de felicidad. Me levanté y fui a la ducha.

El baile

Mientras él se duchaba yo me vestí. Ya lo tenía preparado, así que fue rápido, pero introduje algún cambio. Sobre la cama dejé expuestas las piezas. Unos sostenes blancos transparentes que alzaban las copas ligeramente (y me hacían unos pechos todavía más enormes), una tanguita blanca transparente por delante de un bordado muy sensual, que en realidad insinuaba más que tapaba. Medias blancas de seda con ligero blanco (muy parecido al que había llevado en el traje de boda, pero más fino, para que no se notara tanto bajo el vestido). Zapatos blancos de tacón, aunque éstos con un toque dorado. Y el vestido blanco de tela un poco elástica que dejaba mis hombros al aire. Cuando lo tuve así, ante mí sobre la cama... decidí que el sostén sobraba, así que me enfundé el resto y me miré en el gran espejo que había en el recibidor de la estancia.

Oí cómo él salía de la ducha y también se preparaba cuando acabé con el último corchete de la liga y me miré de nuevo en el espejo. Tuve que cepillarme un poco el pelo, pero con cuidado de no deshacer el peinado. Estaba sencillamente preciosa, pero con un toque provocativo.

El vestido elástico mostraba un buen escote, marcando a la perfección mis grandes y desnudos pechos. Ceñía mi figura dibujando mi silueta y mostrando claramente las ligas marcadas en mis muslos, pero ocultando justo el final de las medias, para dar paso después de la mini a mis largas piernas. Las medias blancas incluían una sensual línea vertical que las delineaba por detrás en un blanco más pronunciado. Y los zapatos tenían un fino y largo tacón que me encumbraba a la vez que me permitía lucir perfectamente.

Cuando Javier salió de la estancia y me vio parada allí, contemplándome, tuve que salir hacia la estancia de los sofás de la suite para que no nos volviéramos a... entretener. Él iba con un vestido más *casual* (tres pinzas en el pantalón), cómodo y con aquella sencillez que sólo el dinero puede comprar. Nos sonreímos sabiendo que el hecho que yo abriera la puerta de salida implicaba que ya me había retocado los labios y no había tiempo a más. No llevaba ninguna joya, ni pendientes ni collares ni nada. Ahora íbamos a alargar una velada tranquila con los amigos, nada más.

Bajamos entre carantoñas y arrumacos y cuando entramos en la zona de baile y nos vieron hubieron algunos vítores, pero nada más. Seguimos saludando y dando besos y recibiendo felicitaciones, pero pronto estuvimos rodeados de amigos bailando y charlando animadamente. Yo con mi eterna copa de vino blanco fresco, él con algo más cargadito, pero no mucho (wiski con ginger ale).

Los invitados también tenían habitaciones y muchos de ellos también habían ido a cambiarse y bajaron más cómodos. Las mujeres aprovecharon para el cambio de zapatos, y pudimos disfrutar de más relax cuando abrieron los amplios ventanales que daban al jardín, donde ya había mesas con sillas y sofás, además de una barra de bebidas más con suave música chill-out.

La mirada de Javier cambió y yo busqué qué pasaba. Fue entonces cuando vi entrar al jardín a los inversores de los USA con Don José, todos con su habano y charlando animadamente. Francamente, no esperaba que se unieran a nosotros, pero lo que más me sorprendió fue volver a ver esa mirada de depredador fija en mí de nuevo. En aquel momento yo estaba rodeada de mis amigos de Lloret, que se interesaban por saber si nuestras... juergas (por decirlo de alguna manera) continuarían o no.

Naturalmente, eso de tener folloamigos estando casada tenía que terminarse, aunque... aunque eso no les privaba de continuar depositando sus manos en mis nalgas. Me di cuenta que Mr. Clifford debía tener una perfecta vista de mi figura por detrás, con una mano de Pau en mi nalga derecha y la de Luis en la izquierda, dejando

a la vista de todos mi alzado vestido, la tira de la tanga perdida entre mis nalgas y las ligas, las blancas y finas ligas sosteniendo las medias.

Me deshice de mis folloamigos con un golpe de caderas (lo que todavía subió más mi vestidito) mientras sonreía y me dirigí hacia donde estaban con una gran sonrisa mientras me volvía a bajar el vestido con la mano libre de la copa. Todos me siguieron con la mirada. Un lado de mi falda volvió a su pudorosa situación, pero el otro continuó mal puesto permitiendo ver la liga y el final de la media.

—Don José —Le dije dándole dos besos y saludando informalmente al resto mientras se nos unía también Javier.— ¿Y Natalia? ¿La has dejado solita? ¿Con todos estos buitres por aquí?

—Se ha retirado a descansar un rato, pero seguro que baja luego, además, yo tenía que entretener a este grupillo, y ya sabes que ella con el inglés...

—Sí, verán, —dije cambiando al inglés y dirigiéndome al grupo de inversores— a Natalia le va más el francés, pero no me lo tomen al pie de la letra —dije riendo. Pero la mirada de uno de ellos no era de risa, Mr. Clifford no reía en absoluto, tenía su mirada clavada en la mía y no se desviaba ni siquiera al escote.— Vamos a la barra, que les veo secos.

Y tomé a Clifford y al mejicano de la cintura y los llevé hasta la barra, allí me apoyé con mi copa en la mano y di un pequeño sorbo mientras ellos pedían whisky de diferentes marcas. Rogué a José que no hablaran de negocios, que ya decidirían dos días después si la inversión sería de cincuenta o cien millones, pero entonces, traviesa, me acerqué a Clifford y, casi abrazándole simulando que ya estaba un poco subida de copas, le planté mis pechos contra el suyo y le susurré:

—¿Por qué serán más de cincuenta, verdad? Si no, no merece la pena que nos veamos en Cadaqués. —Él, que ya había captado el jueguito, me enlazó por la cintura dejando reposar su mano en el inicio de mi baja espalda sin llegar a ningún mal lugar y mirándome fijamente me aseguró que no bajaría de cincuenta millones, pero sólo si era por mí. Y ese por mí me sonó muy clarito y muy muy afilado.

Yo restregué impudicamente mi vientre contra el suyo y le dije que ahora era una mujer casada, que eso debería decidirlo mi marido (y aquí, cuando brindé con Javier estando en los brazos de Clifford, dejé al americano, y a Javier, totalmente descolocados). Pero cuando volví mi sonrisa a Clifford, mi brillante mirada decía otra cosa, que mi susurro sólo le explicó a él:

—No por cien, tal vez por ciento cincuenta, más lo de los otros. —Lo dije tan bajito y a su oreja que seguro que nadie lo oyó, pero lo que sí notaron fue cómo mis labios tomaban el lóbulo de su oreja y le daban un rápido beso que le hizo estremecer (eso bien lo noté yo).

Entonces, con toda la naturalidad del mundo, me giré hacia el mejicano ignorando a Clifford y estuve un buen rato brindando y bromeando con el resto hablando sobre la maravillosa Costa Brava, sus rincones y sus transparentes aguas.

Pero aquello era una fiesta, y no podíamos quedarnos todo el rato con los inversores, así que decidí que ya podía marcharme una vez plantada la pica en el orgulloso americano. Cuando Javier me trajo la nueva copa de vino blanco me despedí de ellos y me giré para marcharme. Mr. Clifford me tomó algo rudamente del brazo asiéndome hacia él y acercó mucho su cara a la mía (no estaba acostumbrado a que le ignorasen, parece ser).

Muy bajito me dijo él era quien decidía el precio de las cosas (muy mala educación por su parte, cierto). Yo le respondí con una gran sonrisa, como si me hubiera dirigido un elogio o una broma, dejando que mi vientre resbalara sobre el suyo y me incliné más hacia él como si la risa me hubiera hecho perder la estabilidad, posando mi mano libre en su hombro.

—Lo lamento, existe el mercado, la ley de la oferta y la demanda... muchas cosas a

tener en cuenta. —Apreté más mi vientre para notar su erección justo en mi muslo mientras él podía notar mi vientre subiendo y bajando por el suyo.— Y yo, no estoy en venta, sólo por placer, para quien me da el placer de hacer lo que yo quiero. —Le besé en la mejilla y salí como un pajarito de aquel peligroso círculo llevándome a Javier.

Ya de espaldas a ellos, al alejarnos, le dije a Javier: “*Nunca me dejes sola ante Mr. Clifford, ese tío trataría de violarme, literalmente*”. Javier me miró espantado, pero yo sólo sonreí y le di un beso:

—Es un depredador. Pero no te preocupes, acabará comiendo en tu mano, ya te lo aseguro yo.

—Sandra... no quiero que hagas nada, esto es demasiado importante y es un tipo de cuidado, riéte de Adelson. —Le hice callar con un beso y seguimos la velada yendo entre los grupos.

Durante un rato, con la excusa de ir a empolvarme la nariz, entré de nuevo y busqué al mayordomo que nos había hecho los honores. Rápidamente le expliqué que tenía una sorpresa para Mr. Clifford y que necesitaba entrar en su habitación y, naturalmente, siendo la novia, me permitió ser traviesa y me dio una llave de su habitación. Ahora ya sin sonrisas ni falsos pretextos, subí rápidamente a nuestra habitación y tomé de la bolsa del portátil de Javier un disco duro con copiadora de memoria y corrí a la habitación del americano. Entré y cuidé de no tocar nada fuera de lo indispensable.

Como todo profesional de los viajes, tenía su iPad, ordenador y bolsa desempacada y con todo esparcido sobre la mesa, así que fui en busca de sus DVDs y memorias externas. Lo que buscaba no estaría en el ordenador (que seguro que estaba codificado). Sus memorias externas también estarían codificadas, pero esperaba tener recursos. Las copié en el disco de Javier sin examinar nada y con cuidado que todo quedara tal y como estaba y volví a salir asegurándome de no dejarme nada.

Ya en nuestra habitación busqué qué había copiado. Muchas cosas estaban codificadas, y no me entretuve. Pero como muchos profesionales viajeros, Mr. Clifford también llevaba su provisión de porno, que era lo que yo quería, para saber qué le... motivaba. Cuando vi aquella fémina enfundada en látex supe que lo tenía enganchado por los huevos. Así que borré todo lo grabado para no dejar rastro y volví a bajar a la fiesta sin que nadie se diera cuenta de nada.

Ahora sí me relajé, con sólo la mitad de mi mente centrada en las bromas y las charlas de los amigos. Me suponían distraída por la boda, pero eran otros los planes que llenaban mi rubia cabecita.

El jardín, pese a la magnífica noche, fue vaciándose, pero nosotros quedamos en unos pufs al aire libre tumbados más que sentados. Javier me tomaba de la mano, pero cada uno de nosotros charlaba con grupos diferentes cuando se acercaron el grupo de inversores sin Don José (ya se había ido a hacer compañía a Natalia, me explicaron).

Javier se puso en pie, pero yo continué tumbada en aquellos bajos sofás mirándolos, sabiendo que mis largas piernas atraerían sus miradas, y más cuando el cruzar y descruzar hacía que mi elástico vestidito dejara ante su vista liga y medias y parte de la carne de mis muslos.

Yo les miraba sonriente, y ellos con quien tenían ganas de tontear era conmigo y no con Javier, así que pronto estuvieron los cuatro ante mí y yo jugando con el zapato medio colgando en el extremo de mi pie, justo a la altura de sus muslos, mientras como gata me espachurraba en el puf para su deleite. El inglés hizo que nuestra conversación nos aislara del resto, y aprovecharon que Javier tenía la copa vacía para pedirle que les trajera también para ellos, eso le entretendría.

Así que nos quedamos ellos y yo, ellos de pie, yo en aquel sofá puf, lánguida, con el pie en alto por la pierna cruzada sobre la otra, el zapato balanceándose en el extremo de mis deditos. Fue el mejicano quien tomó mi pie y encajó el zapato en él sonriéndome, y yo aproveché para que mi pie travieso presionara sobre su entrepierna

como con un gesto casual. Cuando Clifford lo vio le dirigió una mirada asesina e hizo que los otros marcharan, quedándose él sólo conmigo, los despidió como a lacayos, pero el nivel de alcohol hizo que no sonara demasiado brusco y se fueron. Estaba exactamente en la situación en que le había dicho a Javier que no me dejara, pero esta vez yo jugaba con ventaja.

Le miré duro, sonriendo con la boca pero sin sonreír con los ojos. “*Descálzame*” le ordené. Su mirada extrañada siguió fija en la mía, pero entonces le vi un brillo de excitación cuando tomó mi tobillo suavemente con una mano, por debajo, para aguantar el pie, mientras con la otra deslizaba el zapato por el tacón y me lo retiraba con cuidado. Mi mirada no se separaba de la suya. “*Huélelo*”. Y de nuevo pude ver aquel brillo, ¿me desafiaría o lo haría? Lentamente, dejó mi pie y con las dos manos se llevó el zapato hacia su cara. Pude ver cómo cerraba los ojos y aspiraba mientras mi pie rozaba su bulto. Sorprendido, se retiró un paso pero le dije: “*No te he dicho que te muevas, vuelve aquí*”. Y lo hizo. Volvió a ponerse cerca de mí. Esta vez mi pie estrujó y presionó contra su abultado sexo mientras él olía mi zapato de nuevo.

—Vuelve a ponerlo en su sitio. —Y así lo hizo, reteniendo todavía el aliento de mi olor en sus pulmones. Clavé el tacón en sus huevos a conciencia mientras él hacía fuerza para no retroceder y en eso apareció Javier con un montón de copas en una bandeja. Parecía asustado de la situación, pero yo, displicente, le dije que la dejara al lado, que Mr. Clifford ya se iba, y le despaché sabiéndome ganadora.

Javier esperó a que se fuera para preguntarme con la mirada, pero yo le dije que después, porque en aquel momento venían mis amigos (que lo habían observado todo desde lejos) y me miraban interrogadoramente como preguntando de qué iba el juego. Yo los acogí con risas y cambié de tema, pero estaba terriblemente excitada por la situación y me lo notaron, y creo que por eso se aprovecharon de mí.

Se aprovecharon, claro, porque sabiendo a Javier allí, sabiendo un jardín casi desierto, conociéndoles a ellos y a ellas... empezaron a jalonar a Javier, a rozarme a mí para que el vestido se me descompusiera y... no sé cómo pero al poco estábamos en el suelo y yo tratando de alzarme para que el vestido no se me manchara con la hierba. Javier, galante, me tomó de la cintura para alzarme, lo que no hizo más que apretar mis posaderas contra su entrepierna y aumentar más (si era posible) nuestra calentura. En esa postura, con mis tacones casi ni tocando al suelo, me sobrevino un ataque de risa que hizo que Javier se sonrojara. Mis amigos aprovecharon para que mis pechos quedaran al aire (no les costó nada con ese vestido).

Entonces pude verlo, lejos de irse, Mr. Clifford estaba un poco más allá, alejado en el jardín, viéndolo todo. Yo estaba con la falda casi arremangada por la cintura, con Javier pegado a mí, con tres amigos delante y dos parejas más besándose y acariciándose sin reparos a nuestro alrededor. “*Vas a enterarte, cabrón*”, pensé, y se desataron mis más bajos instintos. Me enderecé como pude y, sin despegarme de Javier, con toda mi voz de guarra, de nuevo con acento ruso, y mi dulce carita sonriente, solté un:

—Anda maridito, cumple como tú sabes, hazme tuya por detrás. Y vosotros, cerdos, desenfundad de una vez.

Javier debía estar algo bebido, porque mis órdenes fueron cumplidas a rajatabla rápidamente. Con una mano corrió la tira de la tanga y, sujetándome todavía con su brazo por la cintura, me empaló de un solo golpe por detrás con toda la furia y deseo que llevaba dentro de sí mientras los otros liberaban tres fantásticas vergas.

Tomé dos, una con cada mano, mientras me introducía la tercera en la boca y ni me preocupé por mantener la postura. Javier casi me alzaba del suelo con sus profundas sacudidas y mantenía mis caderas bien alzadas con su fuerza mientras yo, como podía, trataba de satisfacer a los tres muchachos.

Podía escuchar claramente los bufidos de Javier, y notar cómo su sexo me penetraba por el ano una y otra vez con fuerza y desesperación. A nuestro alrededor veía un

montón de sombras moviéndose, pero tenía mis manos ocupadas y también mi boca. Como pude miré hacia el jardín por donde me dejaban, y pude ver al americano masturbándose mientras me miraba. Porque cuando nuestros ojos se cruzaron saltó la chispa y se dio cuenta que era un espectáculo para él, una demostración del material, o de lo muy zorra que podía llegar a ser. Me desentendí de él expresamente, quería que se sintiera ninguneado, y me concentré en el placer, en darlo y en sentirlo.

Javier parecía no tener queja, y sus sacudidas me levantaban del suelo una y otra vez, lo que hacía que mi acción sobre el resto fuera caótica y todavía más desordenada de lo que pueden ser estas cosas. Pero de repente paró, no se había corrido, pero yo reposaba sobre mis pies con él dentro de mi agujero posterior. Noté cómo las tres pollas que tenía delante se inflamaban, y también la que tenía dentro.

Y entonces noté una suave lamida en mi chorreante sexo que me llevó inmediatamente a un profundo y placentero orgasmo. Lucía se había tumbado detrás de mí, entre los pies de Javier y lamía mi sexo ante los congelados hombres de alrededor. Mi sacudida de sorpresa y placer les hizo reprender la acción y rápidamente se corrieron los tres ante la excitante situación.

Javier tardó un poco más, pero cuando yo llegaba al tercero inundó mi estómago con su leche y, con cuidado, me dejó reposando en el suelo con la incansable lengua de Lucía que ahora recogía no sólo mis flujos, sino también los de Javier que se escurrían por mis muslos. Yo habría sido incapaz de sostenerme cuando Javier me dejó, porque me sacudía mi último y largo orgasmo al notar la simiente de mi marido escurriéndose por el interior de mis muslos. Fue Lucía la que ahora se alzó y me sujetó mientras me estampaba uno de esos morbosos besos que te recorren toda la boca y mezclan simientes y sabores.

Abrazados, Lucía, Javier y yo, nos encaminamos a la puerta que conducía al salón y a las habitaciones. Pero antes de entrar me sostuve (como pude, casi no tenía fuerzas) y les hice que me dejaran. Entonces me giré hacia el jardín y le vi, ya no se masturbaba, sólo me miraba. Yo me desprendí como pude de mi tanguita, empapada de leche y mis propios flujos. Con ella me limpié bien sexo y ano con descaro, para que me viera, y se la lancé completamente empapada. Me giré, tomé de la mano a Lucía y Javier y fuimos hacia la habitación. Pero lo que pasó allí... otro día lo contaré.

El día después

La mañana siguiente de la boda desayunamos en la suite a las tantas, fue un desayuno-comida sin sexo. Nos despertamos los dos hambrientos y encargamos la comida. Habíamos dormido desnudos después de una rápida ducha, extenuados de la tensión producida por el ajetreado día.

Mientras esperábamos volvimos a ducharnos, primero yo y luego él, sin escenas de sexo ni nada, sólo para sentirnos limpios y muertos de hambre. Él todavía estaba en la ducha cuando llamaron a la puerta y fui a abrir. Me estaba secando el pelo, con lo que la toalla me tapaba sólo eso, el pelo y cuando abrí la puerta el camarero y el maître con el carrito se quedaron de piedra en la puerta. Les indiqué que pasaran y dejaron todo en el salón de la suite mientras yo me acercaba para tomar unas uvas.

—Cariño, ya está aquí la comida.

Le grité mientras sonreía a camarero y maître que salían sin dejar de mirarme, sonrientes, satisfechos, encantados con el espectáculo de la rusa rubia desnuda en el salón secándose el pelo mientras esperaba su nuevo marido. Naturalmente, Javier salió con albornoz, pero yo me senté desnuda a comer. Y comimos, sí, y comimos con hambre saboreando todo lo delicioso que nos habían traído.

Ostras de la piscifactoría (en verano no se pueden comer otras), que se encogían con las gotas de limón con que él las regaba (a mi sin limón, por favor, me encanta el marisco fresco sin nada añadido), pero para no hacerme pesada con los menús, sólo os diré que lo regamos con botella y media de buen vino.

Comimos charlando poco, Javier ya empezaba a aceptar con naturalidad mi sexualidad y a disfrutarla. Pero claro, a él le preocupaba más el americano, y ahora que estaba despierto... se atrevió a preguntar.

—¿Qué lío te llevabas con Mr. Clifford?

—Nunca dirías lo que le va a ese perverso depredador.

—¿Perverso? ¿Menores?

—No, no... lo he dicho sin mala intención. Pero no me sorprende que le vayan las dominas, al fin y al cabo, se pasa el día tratando de dar miedo y mandando, le gusta humillar a los otros, parece justicia divina que lo que le vaya sea que le dominen a él.

—Pero... ¿cómo lo sabes?

—Por cómo se comportó conmigo. Me quería dominar, pero cuando me mostré altiva e intercambié los papeles fue como un corderillo, casi se corre sólo con mi voz cuando puse acento duro ruso. ¡Ah! Y por qué le vi el porno que lleva para el ordenador, lleno de látex y esas cosas, ya sabes, mujeres enfundadas en látex, con látigos y estrujándoles los huevos a los tíos... ese tipo de cosas.

—Le... ¿Le viste el porno que llevaba en el ordenador? Pero... ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Yo le sonreí con dulzura mientras comía más fruta (me apetecía mucho después de deshidratarme tanto la otra noche).

—Es que sois tan delicados... en Rusia nadie dejaría nada al alcance de otro ni en el hotel. Por cierto, recuérdame que revise tu ordenador y datos con los que viajas, sois un desastre en seguridad. Nosotros somos algo más prácticos. Sonreí al maître y conseguí la llave de su habitación y copié sus memorias y DVDs en tu portátil, pero tranquilo que ya te lo borré. Por cierto, cambia la contraseña, mi fecha de nacimiento es demasiado fácil. Pero fui buena y no craqué nada, no hacía falta, el porno no estaba cifrado. Y no, no toqué su ordenador, sólo las memorias y DVDs, así que no se dará cuenta de nada. Lo suficiente para ver sus gustos y nada más. Así que no te preocupes.

—Sandra, no juegues conmigo. No te metas en los negocios, no quiero que vuelvas a tener contacto con él. ¿Entendido?

—Mira Javier, sabiendo lo que le gusta le tendrás comiendo en tu mano, (bueno, en la mía), sin riesgo ni nada. No voy a hacer nada malo, sólo un acuerdo entre adultos. Ni siquiera necesitaré tener sexo con él ¿No lo entiendes? Pero te puedo asegurar que invertirá no menos de cien millones en tu negocio y será un socio complaciente. ¿No te iría bien eso?

—No quiero que lo hagas.

—Lo siento, te has casado con una rusa para lo bueno y para lo malo. —Le dije mientras me alzaba y me sentaba en su regazo y le abría el albornoz. Desnuda, sentada con las piernas abiertas sobre él, no le dejaba mucho espacio para la movilidad. Le besé profundamente y con el deseo que sentía que me empezaba a llenar, el deseo de satisfacerle, el deseo de sentirlo dentro de mí.

Me aparté para que pudiera recorrer mis pechos con su boca mientras sus manos recorrían mi desnuda espalda y yo me rozaba contra su entrepierna más con ternura que necesidad. Ahora quería a mi marido, pero le quería con dulzura, le quería encantar y seducir (una vez más), acallar sus protestas y doblegarlo a mis deseos, y para eso sé ser una gata cuando conviene. Pero no penséis mal, no soy tan tremenda, a Javier le quiero y de vez en cuando me encanta el sexo dulce, tierno, y él para eso también es perfecto. A veces se deja dominar por un deseo brutal, y me encanta, pero a veces deseo, como en ese momento, un poco de sexo dulce.

Su boca tomaba mis pezones a grandes besos, para terminar dulcemente acariciando mis pezones con sus labios y lengua. Yo me movía sobre él acariciando su sexo con el mío, ahora ya ambos en contacto. Mis pezones se fueron poniendo duros y en punta conforme mi sexo empezaba a humedecerse y a los dos nos envolvía ese conocido y fuerte aroma de cuando me excito. También a él se le fue poniendo dura y mis caricias la podían notar cada vez más envalentonada cuando se cruzaba entre mis muslos.

Mi excitación empezó a crecer y sacudía mi cabeza acercando y alejando mis pechos de su alcance y cubriéndole y descubriéndole la cara con mi pelo, dándole como pequeños y cariñosos latigazos con él. Tenía ganas de jugar, de ser traviesa, pero a la vez quería languidecer entre sus brazos y sentirlo. Pero la excitación fue en aumento y eso de los abrazos pasó a segundo plano.

—Me dejarás hacer lo que quiera, ¿verdad? Tengo que procurar por mi plan de pensiones.

Le dije con una sonrisa mientras me apartaba de él y me deslizaba para arrodillarme, como suplicándole, ante él. Naturalmente, sonrió resignado mientras se estiraba sobre la silla y su sexo quedaba justo ante mi cara en el extremo del asiento. Yo le miré traviesa, sonriendo, queriéndole ante su sumisión. Pero no tomé su sexo en mis manos ni en mis labios. Tomé mis dos pechos y dejé caer un hilillo de saliva entre ellos ante su expectante mirada. Volví a mirarle con esa sonrisa de golfa y tomé su ya erguido sexo entre mis pechos restregándolo bien para que resbalara entre ellos.

Mis grandes pechos podían casi cubrir su sexo, pero no era eso lo que quería yo ni lo que veía en su mirada de deseo. Estrujando aún más mis pechos sobre su polla, que ahora ya se deslizaba suavemente en cada vaivén, les di la fuerza necesaria para descapullar su glande que seguía creciendo y creciendo. Ahora la puntita ya asomaba cada vez que yo le masturbaba con ellos. Empezó a segregarse líquidos y espumita, momento en que el movimiento de mis pechos se hizo más regular y mi lengüecita empezó a acariciar y limpiar su punta mientras yo no dejaba de mirarlo fijamente (y con una chispa traviesa) directamente a sus ojos. Poco a poco el movimiento fue más pronunciado, y a cada empujón mi boca avanzaba un poco más para abarcarlo.

Pero no quería que se corriera tan rápido, así que lo que hice fue mantener un ritmo regular para que su sexo fuera creciendo suavemente y cada vez entrara más y más profundo en mi boca. Ahora cada vez que bajaba mis pechos ya tomaba un tercio de su polla en mi boca, caricia con los labios, lengüetazo en el glande y volver a sacarlo para

que siguiera el ritmo de metrónomo regular y estable, suave, dulce, excitante.

Pude ver en su mirada cómo se impacientaba, pero no hice nada por romper el momento, le dejé desesperarse poco a poco. Ya hacía rato que su sexo no crecía, estaba en el máximo, y con cada sacudida notaba su intento de empujarlo al interior de mi boca. Pero Javier también me conoce a mí, y sabe que debe dejarme hacer para disfrutar al máximo. Lo retuve, lo retuve en esa dulce tortura con su sexo entre mis pechos subiendo y bajando, notando la sedosa succión de mis labios o el cálido ambiente de mi boca, la sacudida de mi lengua, el ritmo del placer regular, hasta que en su mirada leí que estaba llegando al límite y que sus manos, relajadas en mi pelo, pronto se fruncirían para forzarme.

Entonces, al límite de su resistencia, me separé y me alcé ante él. Mis pechos brillantes por la saliva y sus jugos, mi figura de jarrón ante él, mis largas piernas y mi oloroso sexo empapado (también yo estaba muy excitada). Bastó que alzara una de mis piernas para volver a estar sobre él. Con mis propios dedos abrí mi sexo con un sonido de humedades densas y muy lentamente me fui sentando sobre su sexo, sin dejar de mirarlo, sin dejar de centrar mi mirada en la suya.

Mi calor fue acogiéndolo poco a poco, conforme yo me deslizaba sobre él, y me fue abriendo poco a poco y entrando en mí hasta llenarme por completo cuando quedé sentada encima de él, empalándome completamente hasta el fondo. Momento en que mis brazos rodearon su cuello y nos besamos profundamente. Cuando nuestras lenguas recorrieron la boca del otro, sin movernos, nos corrimos los dos y su simiente me impregnó, me llenó y la noté hacerme suya como él se hacía mío. No nos movimos en mucho rato, disfrutando el uno dentro del otro, compartiendo un dulce sexo de matrimonio.

Vuelta a Barcelona

Después de pasar dos días solos en el hotel del banquete estábamos ya más relajados y tranquilos, así que fuimos a casa (¡al piso nuevo!) a dejar las cosas antes de ir a Cadaqués a la reunión con los inversores.

Habíamos aplazado nuestro viaje de novios hasta una semana después de la boda para poder ir a Cadaqués y cerrar la operación con los inversores (iríamos luego una semana a... no, no os diré dónde). Así que ese día estaba para dejar las cosas en Barcelona (¡en el piso nuevo! —Perdonad, pero es que me hacía mucha ilusión—) y salir al atardecer o anochecer hacia Cadaqués.

Pero a mí me había surgido una cosa más, así que mientras íbamos en coche hacia Barcelona (¡al piso nuevo!) tomé el móvil y llamé a Laura para quedar. Javier al escucharlo me lanzó una mirada indignada, pero le devolví un beso. Le expliqué a Laura que teníamos que ir a un sex-shop, que buscara cuál era el mayor y quedaríamos por allí cerca. Javier se escandalizó, pero le dije que tenía que ser una sorpresa, formaba parte de mi plan del regalo de bodas para él.

Al llegar, entramos directamente en el parquin, pero allí ya nos esperaba Julián, que nos había visto entrar por las cámaras. Nos ayudó a cargar las maletas hasta el piso, a cambio de mi beso de agradecimiento (y regodearse con mi figura, escote y posaderas, claro). Una vez en casa (¡en el nuevo piso!) apilamos las maletas en uno de los cuartos para invitados y repasamos las obras en la cocina. Estaba todo impoluto, parecía una de esas casas de revista de decoración con todo brillante y precioso. Habían realizado las reparaciones tal y como nos había comentado y Julián había tenido el detalle de asegurarse que todo quedaba limpio y preparado para nuestra vuelta. Mirándome, había añadido:

—Usted dirá cuando quiere que vengan por lo de la factura y todo eso. —A Javier se le escapaba la risa ante la mirada de... de adoración y deseo de Julián, como esperando su premio por ser un buen perro.

Lo acompañé a la salida agradeciéndole sus cuidados (también para alejarlo de Javier, que se quedó en la cocina con una gran sonrisa en la boca). Ya en la puerta, una vez más, le agradecí sus detalles y le di un par de besos en las mejillas (aunque rocé sus labios en un descuido) mientras mi amplio y generoso escote quedaba claramente ante su mirada. Se fue con una gran sonrisa y casi inclinándose dándome las gracias. Yo le esperé en la puerta del ascensor, para que al bajar dispusiera de una gran vista de mis piernas y mi minúscula tanguita bajo la minifalda mientras le decía adiós con una gran sonrisa meneando mi manita y volvía con Javier.

Ordenamos poco, tengo que reconocerlo, pero es que poco había que ordenar (aparte de las maletas que ni abrimos). Yo rápidamente seleccioné algunos biquinis, vestidos ligeros para la playa o pasear y poco más (bueno, algunos vestidos de cóctel para situaciones un poco más formales, zapatos que combinaran, algunos bolsos, pulseras, anillos y collares, algún jersey por si refrescaba, algún abrigo ligero, foulards, mi estuche de maquillaje,... en fin, sólo lo imprescindible) y con un beso le dejé para que se conectara un poco y despachara emails (no le había dejado en el hotel).

Yo salí y bajé casi corriendo (aunque me detuve para decir adiós a Julián) mientras llamaba a Laura para ver dónde quedábamos. Cuando me dijo dónde, y haciéndome la composición con la red de metro de Barcelona, me paré y volví al edificio. Me acerqué al extrañado Julián y le pedí que me ordenara un taxi, cosa que hizo inmediatamente.

—No tardará ni cinco minutos, vienen de una parada que hay en un hotel cercano.

—Mmmmm... perfecto, no tengo demasiado tiempo, hoy mismo nos vamos a la costa, ¿sabes?

—Sí, algo me comentó Don Javier.

—Sí, por eso vengo tan informal, me perdonas ¿verdad? Es que tengo que ir con una amiga al sex-shop y de ahí ya partimos a Cadaqués. Tengo que comprar un regalito para Javier. —Le dije traviesa mientras veía cómo su mirada se encendía y se refugiaba tras el mostrador para que yo no apreciara... lo que seguro que se estaba produciendo.— Por cierto, un día me tienes que explicar mejor cómo funciona el sistema de seguridad del edificio, ¿tienes el control de cámaras por aquí? —Y entonces me asomé por encima del mostrador con lo que mis pechos se estrujaron contra la parte superior del mostrador y quedaron rebosando claramente el escote ante él. Lamentablemente, Julián se quedó pálido por la sorpresa.— ¡Uy! Mira, si veo a Javier. Mira que si fuera yo que siempre voy desnuda por casa... ¡Vaya! Ya te lo he dicho, ahora seguro que miras —le dije mientras le miraba la entrepierna fijamente y me relajaba sabiendo que estaba con toda su atención centrada en mi pechonalidad.

Rodeé el mostrador y me puse a mirar fijamente la cámara donde aparecía Javier consultando el email, claro que entonces quedaba de espaldas a Julián y, agachada y con tan poco espacio, mis nalgas presionaban a Julián detrás de mí.

—Ya me perdonarás, pero por casa me encanta estar fresquita y cómoda. —Añadí para gran consternación suya.— ¿Me habrás visto alguna vez desnuda? Qué vergüenza... espero que no, esas cámaras deben ser discretas ¿no? Bueno, que tú lo veas... no pasará nada, pero... nadie más, ¿verdad que no? —Y me giré para enfrentarme a él.— Que tú lo veas... no pasa nada, porque yo sé que te gusto, ¿verdad que te gusto? —Le dije mientras mis manitas enlazadas ante mí rozaban suavemente su abultada entrepierna en tan reducido espacio.— Y tú nunca harías nada que me disgustara ¿verdad? Claro que no, soy una tonta. —Y reí mientras mis manos no dejaban de rozar esa ahora húmeda entrepierna.

—Claro que no señorita, eso nunca, usted es... usted es mi sueño hecho realidad y yo jamás haría... —se le quebraba la voz y no era capaz de articular nada con sentido.

—Señora, Julián, ya soy señora. —Le dije mientras ahora ya con descaro mi mano asía esa desinflada y húmeda tranca a través de los empapados pantalones bajo la bata azul del uniforme.— Pero tú llámame Sandra, como mis amigos, al fin y al cabo... me has visto desnuda.

—Sí, claro, señora... Sandra... como diga... digo... NO, no la he visto, pues claro que no, las cámaras son sólo para vigilancia por si pasa algo pero yo no...

—Claro, claro, eso me suponía, seguro Julián. Ya no tengo nada por lo que preocuparme ¿verdad? —Mientras le sobaba su húmedo miembro que estaba volviendo a la vida.

—Por supuesto que no señorita, señora, Doña Sandra...

—El taxi, ya está aquí.

Y salimos y Julián, galante, tapándose con la bata, me abrió la puerta del taxi mientras yo me acomodaba mostrándole mis piernas y le daba la dirección al taxista.

Sex-Shop

Llegué al sex-shop y Laura estaba ya en la acera mirando si venía, pero no me esperaba en taxi, así que la sorprendí. Me sonrió y yo la arrastré del brazo dentro. Pasamos esa puerta y cortinas (¿por qué las cortinas?) y entramos en una sala con muchos estantes llenos de vídeos y vitrinas exponiendo juguetitos. Realmente era grande, y se veían más salas detrás e incluso el piso de arriba (había unas escaleras al fondo).

Yo iba recitando la lista en mi cabeza, pero Laura no paraba de interrumpirme, así que estaba segura que me dejaría algo. Pero claro, si hubiera querido tranquilidad hubiera ido sola (¿sola a un sex-shop? No, demasiado perverso para ir sola, mejor compartirlo). Le dije que necesitaba un traje de dómina y algunos juguetes más, y se quedó de piedra.

—¿A Javier le mola eso?

—No, no es exactamente para Javier pero..., pero creo que él también lo disfrutará.

—Le respondí. Laura no sabía qué pensar, pero no por ello dejó de ser mi amiga cómplice.

Como no veíamos nada por allí, nos acercamos al mostrador de caja para preguntar al dependiente de la tienda, un tipo cuarentón con gran barriga. Nos entendió inmediatamente, y nos indicó que en la planta de arriba estaban los disfraces (al decir disfraces sonrió). Se lo agradecí con una gran sonrisa y, cuando ya subíamos, nos dijo que una tal Yolanda estaba arriba y nos podría ayudar. Desde las escaleras se lo agradecemos de nuevo, sabiendo que él, desde abajo, tendría una perfecta vista de mis piernas que yo, amablemente, le ayudé a complementar al hacer una zancada larga, con lo que debió ver el fino hilo de la tanga o cómo se perdía entre mis cachetes.

Una vez arriba vimos una luz al fondo, el resto estaba oscuro, así que llamamos en voz alta: “¿Yolanda?”. “Voooooyy...” fue la respuesta. Los fluorescentes empezaron a repicar y se iluminó el piso de arriba entero, mientras veíamos acercarse una figura menuda con jeans y camiseta. Llevaba el cabello de un tono lila y con un poco de lo que un día debía haber sido una cresta, piercing en la nariz y guantes sin dedos, de rejilla en las manos y antebrazo.

Efectivamente el piso de arriba, en realidad una buhardilla algo baja (casi me doy con la cabeza al subir, pero Javier seguro que se hubiera tenido que agachar) repleta de estantes con maniqués y complementos. Efectivamente era la sección de moda de la tienda. Cada pasillo era un desfile de maniqués de enfermeras, vampiresas, hombres lobo... y en las paredes los complementos, látigos, máscaras, antifaces... Así que no tenía demasiado sentido perderse en esa inmensidad, fui directa al grano y me encaré con Yolanda:

—Veníamos buscando un traje de dómina para mí, y algunos complementos.

No dijo nada, simplemente asintió, me miró de arriba abajo como tomando medidas y nos dijo que la siguiéramos entre los pasillos hasta llegar a una zona donde todo estaba lleno de trajes y complementos de látex y cuero.

Me lo recorrí entero mirando cada modelo, pero sin convencerme nada de lo que veía, había hasta máscaras de gas. Laura me comentaba sobre uno de látex de cuerpo entero con cremalleras en los pezones y el bajo vientre, pero yo callaba (y también Yolanda, que me observaba).

—No me convencen, esperaba algo más *chic*. El plástico no me dejará respirar la piel, y tenía pensado estar un tiempo con él puesto.

—Tú lo que buscas es algo más profesional, ¿verdad? Pero entonces es algo más caro, esto son disfraces, si buscas algo mejor pasa por aquí.

Y nos condujo más al fondo, a otro pasillo que acababa en un cuarto. Curiosamente en

medio había una mesa con una máquina de coser Singer y retales y cajas llenas de complementos (de cremalleras a botones). En diversos colgadores había vestidos cuidadosamente protegidos con bolsas plásticas como si fueran trajes de novia (y alguno de novia había). Seleccionó dos y se los colgó del brazo, me volvió a mirar y seleccionó un tercero. Despejó una larga mesa al lado y los mostró sacándolos con destreza de la funda de plástico.

Tres increíbles trajes de dómina ante mí, esos sí eran *chic*. Uno con una corta falda, negro, los otros dos bien entallados de cuerpo completo, piernas y brazos largos uno y el otro con espalda descubierta. Me acerqué y los miré y toqué. Eran de piel. Cuero brillante, pero verdadera piel, no látex ni plástico como los de fuera. Estaban cortados y con las juntas rematadas a mano, pero los bajos y laterales estaban descosidos. Pese a parecerme tan bonitos, el hecho que estuvieran a medias me dejó sorprendida, yo lo necesitaba para llevármelo.

—Se ven preciosos, pero es una lástima, yo necesito llevármelo hoy.

—Pues claro, pero estos trajes no son de outlet chica, hay que ajustarlos a mano para cada clienta. Eso se paga. —Dijo Yolanda encendiendo un canuto que se había estado liando.

—¿Hoy?

—De quince a veinte minutos, mientras escoges los complementos, pero entonces hay un plus para mí.

—Quiero probarme este. —Dije indicando el de los hombros descubiertos.

—Sin problema, pero no me lo ensucies. Venga.

—¿Aquí?

—¿Dónde sino? ¿Tienes prisa o no? —Me quité la faldita y me quedé sólo con la minúscula tanguita.— No te la quites para no mancharlo. —Me advirtió Yolanda mientras tomaba una larga calada a su canuto y me repasaba con su caliente mirada. Me di cuenta que me miraba con deseo, así que seguí desnudándome y dándole un buen espectáculo. Laura tomaba mis prendas cuando yo se las pasaba. Me moví para quedar sobre un trozo de moqueta y me desprendí también de los zapatos y sostén, quedándome desnuda salvo por el minúsculo y transparente triángulo de la tanga y sus hilos, que por detrás se perdían entre mis cachetes.

Yolanda se acercó para tenderme el traje y me ayudó a ponérmelo con cuidado de no tirar de las costuras abiertas para no desgarrarlo. Enfundar mis piernas fue difícil, porque me ajustaba mucho, pero así tenía que ser. Cuando mi culo quedó cubierto Yolanda me acercó un taburete y, sentada, ella me ajustó la parte del traje de arriba, que apenas si cubría mis pechos, dejando los pezones al aire.

Entonces tomó una caja con agujas y me pasó a mí el canuto. Le di una calada y se lo pasé a Laura, que fue quien se lo quedó el resto del tiempo. Y aquí ya no pude leer ningún deseo en Yolanda, sino sólo profesionalidad. Me hizo alzar y estuvo tironeando de la tela de piel hasta dejarla perfectamente estirada al límite. Sujetó y marcó con agujas mis tobillos y volvió a tirar arriba marcando perfectamente mis labios vaginales con sus dedos. Una cremallera recorría mi entrepierna y era francamente molesta. El resto del traje me quedaba tan pegado que notaba los dedos de Yolanda recorriéndome entera, pero la entrepierna me molestaba y así se lo dije.

—Puedo dejarla abierta o sin cremallera, pero eso lo decides tú. —Claro, sin cremallera no podría... nada. Y dejarla abierta era tener que ir con el sexo al aire (debajo no me podía poner nada).— O podríamos hacer dos partes, piernas y cuerpo, tengo otro por ahí.

—Si no lo has sacado antes por algo será, pero ir abierta ya de entrada sería demasiado obvio.

—¡Espera!, ya sé lo que necesitas. —Dijo dejándome allí en medio y liándose entre los percheros. Salió de entre ellos con una sonrisa y me retiró todo lo que llevaba, con lo

que volví a quedar sólo con la tanga. Cuando empezó a sacar retales me fue difícil imaginar lo que era, pero ella no me dejó opinar. Esta vez era piel de un tono burdeos, brillante y mucho más fina y delicada, pero también resistente cuero.

Con agujas y destreza empezó a envolverme las piernas sin darme opción a nada. Quedaron mis dos piernas enfundadas en cuero sujeto con agujas hasta los muslos. Después una especie de liga de cuero lo unía a un top también de cuero parecido al anterior, pero este mucho más delicado y con cordones en la espalda para atarlo bien ajustado (pero, de nuevo, con los pezones al aire). Finalmente sacó una tanga de cuero y me la incrustó entre mis cachetes y labios. Recorrió trazos en el cuero con tiza, ajustó algunas agujas más y, finalmente, antes de las últimas marcas, sus dedos volvieron a recorrer mi sexo, marcando perfectamente mi entrepierna con sus dedos, deleitándose al notarme caliente. Una sonrisa asomó a sus labios y, mientras su dedo índice recorría mi vulva sobre la tanga, me miró a los ojos.

—Vuelve a subir en 15 minutos, esto será un verdadero placer.

Y, sin más, me desnudó en un santiamén y se fue con los retales. Me puse la falda y la camiseta y bajé, toda colorada, con Laura a la parte de abajo. Allí el gordo nos miró sonriente y yo le dije que teníamos quince minutos para los complementos. Nos indicó un pasillo y allí fuimos.

—Látigos. —Le llamé para que nos guiara.— Quiero uno burdeos, semirrígido, el mejor. —Nos indicó con el dedo que lo siguiéramos por otro pasillo sonriendo. Su tejanero dejaba ver la raja de su peludo culo, y ahora me parecía todavía más repugnante que antes. Se inclinó hacia un armario bajo y su raja apareció ante nosotras. Pero cuando se alzó, incluso su olor me fue indiferente. Sostenía en la mano un objeto deliciosamente trabajado.

—Rabo de toro, lo mejor de lo mejor.

—¿Quiere decir que realmente es...? —Dijo Laura.

—Sí, rabo de toro estirado y trenzado para las mejores fustas. Es un pastón, pero ha dicho lo mejor, ¿no?

—Es perfecto, hasta en el color. —En la punta quedaban destrenzadas tres tiras, era simplemente perfecto, de medio metro de longitud y con un lazo para colgarlo de la muñeca. Casi me cae la baba de emocionada como estaba acariciándolo.— Más, botas, ¿qué tenéis?

Pero aquí me fallaron, era decepcionante la parte de botas. Pero yo tenía unos botines burdeos perfectos, así que seguí adelante. “*Bolas chinas*”. Y un nuevo mostrador con tamaños diferentes y de tres a cinco bolas. Escogí dos juegos, unas más grandes y otras más chicas para detrás. Por iniciativa propia me sacó un aceite especial para cuidar la fusta y el traje y unos trapos para aplicarlo bien.

Entonces llegó la llamada de arriba. El gordo, tranquilamente, fue hacia la puerta y puso el cartel de “*He salido, vuelvo en cinco minutos*” y pasó detrás nuestro hacia las escaleras. Nos dirigimos donde estaba Yolanda, ahora con unas gafas colgando al cuello. Me miró sonriente. Yo ya sabía lo que tocaba, así que le fui pasando a Laura mi ropa y quedé, de nuevo, sólo con la tanga.

—Todo. —Dijo Yolanda en tono autoritario.

Laura me miró algo espantada, pero yo me deshice de la tanga (con un puntito húmedo) y la dejé sobre el resto de ropa que tenía Laura. Era consciente que el gordo, detrás, me podía ver completamente desnuda, así como Yolanda, pero me daba igual, quería ver de lo que era capaz Yolanda. No sabía por qué, pero confiaba en ella, y su mirada brillante escondía algún secreto que me moría por desvelar.

—Estoy convencida que será para ti, y tenemos que comprobar que sea perfecto.

—Dijo mientras me pasaba el primer camal y yo me lo enfundaba.— Con cuidado, usa el pincho sin forzar, ajustar sí, tirar no, ¿entendido? —El fino cuero no debía rasgarse, pero se lo notaba perfectamente trabajado y con el calor tenía un poco de elasticidad.

Mi pierna quedó perfectamente cubierta con una segunda piel.

En lo alto del muslo sobresalían dos piezas de metal negro brillante que me ayudarían a estirarlo correctamente, tal y como me indicó. Suavemente, sin dar estirones bruscos. El mismo cuero quería cubrirme como una segunda piel y las costuras eran tan pequeñas y suaves que ni se notaban. La segunda pierna fue mucho más sencilla, pese a que Yolanda me miraba examinando cada uno de mis movimientos y asintiendo con aprobación cuando estiraba suavemente el cuero.

Después vino el turno del top, con un bordado del mismo cuero que alzaba mis grandes pechos y hacía sobresalir mis ahora abultados y puntiagudos pezones. Yolanda repasó las costuras con sus dedos entreteniéndose en mis pezones asintiendo aprobadoramente. Luego me puso dos tiras enganchadas a los puntos metálicos de las medias para que el conjunto quedara perfectamente tirante, a la vez que arrapado a mi cuerpo. Dos ligas de cuero que se enganchaban a las piezas de metal y acababan en pinchos negros y brillantes. Entonces se puso detrás de mí y procedió a atar los cordones del corsé forzándolo arriba con mucha fuerza pese a su pequeña figura. Cuando los apretó me dejó sin respiración, pero entonces el divino cuero se ajustó sin un solo defecto y me cubrió como segunda piel la cintura alzando todavía más mis pechos.

Luego vino la tanga, una tanga de minúsculo triángulo delante y finas tiras de cuero que tenía que tirar fuertemente arriba para engancharlo en los correspondientes apuntes de metal del corsé, quedando perfectamente tirante y sin una arruga a la vez que marcando completamente mi sexo y metiéndose entre mis cachetes por detrás. Por supuesto, fue Yolanda quien lo ajustó con sus pequeños y finos dedos y se aseguró que quedaba perfectamente encajado y liso.

Mi vulva sufría con esa presión y mis labios se inflamaban bajo el erótico toque de Yolanda. Se pusieron rojos y se agrandaron, pero el cuero daba de sí y los acogió perfectamente marcando y delineando su forma. Yolanda disfrutaba acariciándome y yo podía ver su mirada brillante. Mi olor ya llenaba toda nuestra zona y las mejillas de Laura enrojecían de placer y excitación. Yolanda me dejó un momento y se acercó con dos largos guantes de cuero en el mismo tono. Me los puse con placer, y me cubrieron manos y antebrazos hasta los codos, donde quedaban abiertos pero firmes. Me los encasqueté bien entre los dedos y entonces pude notar que el tacto traspasaba perfectamente los guantes, que no dejaban ni una arruga tampoco, eran del tamaño perfecto, brillantes, sensuales.

Yolanda acercó un espejo de cuerpo entero y pude admirarme mientras ella acariciaba cada costura, deshacía invisibles pliegues con su caricia. Descalza, el cuero enfundaba perfectamente mis piernas, pero no me privaba movilidad, de hecho, era como una segunda piel que me permitía notarlo todo, como notaba los dedos de Yolanda acariciándome.

El corsé me apretaba como un guante y me obligaba a respirar a pequeñas bocanadas, pero conforme más lo llevaba, mejor me sentía en él. Y la tanga... aquella preciosa tanga era como una mano en mi sexo, una mano que me acariciaba permanentemente y sólo por eso me excitaba más y más.

Yolanda se arrodilló ante mí e inspiró profundamente llenándose de mi olor. Yo alargué la mano y, sin decir nada, el gordo me tendió mi fusta. La tomé entre mis manos y miré hacia Yolanda, que me miraba a la vez. Ella lo estaba rogando, lo estaba deseando, así que, muy suave, le rocé su cabecita con mi fusta por la parte de detrás y su lengua empezó a lamer por encima del triángulo de la tanga.

Sus manos tomaron mis cachetes y su cara aspiró de nuevo mi aroma mezclado con el del cuero y se aplastó contra mi sexo llenándome de placer mientras también ella se daba placer con su pequeña manita por dentro de sus jeans. No sé cuánto rato duró, pero las dos explotamos casi juntas, ella un poco antes, clavando su boca con fuerza

en mi sexo y haciéndome gemir y que me temblaran las piernas. Toda yo temblé y, para no caer, me sujeté a su cabeza, aplastándola todavía más contra mí.

Cuando nos separamos mis flujos habían empapado cuero y su cara, y ella se relamía todavía sonrojada por el placer. El gordo se había ido, pero quedaban las manchas de su descarga. Y la pobre Laura estaba roja como un tomate, todavía aguantando mi ropa. Yolanda se alzó sobre las puntas de sus pies y me dio un piquito con lo que me traspasó mi sabor. “*Un momento*” y se fue para volver al poco rato con una máscara veneciana con plumas burdeos en la parte alta. Se tuvo que encaramar en un taburete tras de mí para colocármela y entonces me vi reflejada en el espejo.

Estaba radiante. Mi piel dorada, ahora algo roja por el placer, combinaba a la perfección con el tono burdeos brillante de natural y ahora por saliva y sexo. Una segunda piel me cubría, pero dejando retazos de carne a la vista, parte alta de los muslos, glúteos, hombros y pezones. Media cara a la vista, la otra cubierta con la máscara de nariz para arriba con un fino, elegante y suave cordón de seda a mi nuca. El cuero sólo estaba repujado de puntos negros brillantes de metal para permitir el encaje de las piezas, puntos negros que conjuntaban perfectamente, así como los rebordes de cuero repujado. No pude contenerme y, con voz autoritaria y un profundo acento ruso en las guturales, fruto de la excitación, le ordené a Yolanda:

—Desvísteme, límpialo y entrégamelo. —Ella miró al suelo asintiendo y fue retirando capa a capa cada parte del vestido y dejándolo con cuidado sobre la mesa. Cuando volví a quedar desnuda (pero con la fusta) le dije:— Buena chica, así me gusta, —y la azoté con cariño en una mejilla. Le alcé con la punta de la fusta la barbilla y le permití mirarme.

Agachándome la besé profundamente con agradecimiento y ella me correspondió. Entonces le tomé la camiseta por la cintura y, de un tirón, se la saqué por la cabeza. Tenía dos pequeños y preciosos pechitos puntiagudos, como de adolescente, pese a que no lo era. Ella misma se deshizo de jeans y se quedó ante mí, con la mirada baja, desnuda (se había descalzado también).

Su pequeño cuerpo era muy bello, algún tataroo, pero su completa sumisión era todavía más bella. La rodeé mientras Laura quedaba como una estatua en la esquina. Mi fusta le acariciaba la piel por el cuello, hombros, bajó por su espalda y la encajé entre sus muslos. Su humedad hizo brillar las puntas de la fusta y entendí lo que le podía gustar. Asomé la fusta entre sus piernas y rocé su sexo. No pudo reprimir un suspiro, un gemido. Seguí con la fricción suave, lenta, dejándola abrirse y prepararse hasta que ella misma despegó un poco los muslos. Entonces la fusta la penetró lenta y suavemente y ella se recostó para recibirla. Cuando la fusta topó en su interior, llegó adentro, un escalofrío recorrió su pierna y yo, rápidamente, saqué con brusquedad la fusta y azoté su abierto y preparado clítoris con ella desde abajo. Su orgasmo se multiplicó y estalló cayendo al suelo y se retorció por el espasmo de placer y dolor.

La dejamos allí tirada en el suelo mientras me vestía y bajábamos al piso de abajo. Ahora había más clientes mirando las cosas expuestas y cuchicheando en voz baja. Me resultaron ridículos. Aquello era un templo del placer, de experiencias, y ellos venían a jugar. Nosotros éramos jugadores de otro nivel. Esperamos con el gordo, que ya nos había preparado los paquetitos, dimos un vistazo esperando, hasta que la vimos bajar.

Recompuesta. Yolanda bajaba con una bolsa y, dentro, limpios y aceitados, mis trapitos envueltos individualmente en papel. Acercó la bolsa al gordo que introdujo el resto de la compra y cobró en la caja un precio que ni se acercaba a lo que habíamos supuesto. Cancelé la operación de la tarjeta y volví a marcar con un importe más adecuado, introduciendo el PIN y tomando la copia del resguardo. Les devolví la maquinita, tomé el paquete y le di un piquito a Yolanda (que no separaba la mirada de las puntas de mis zapatos) antes de partir.

Salimos de la tienda, Laura cargando la bolsa con mis cosas, yo decidida, delante, hacia la esquina donde esperaba poder tomar un taxi. Todavía iba rígida, en mi papel de dómina, pese a volver a ir vestida de calle. Laura me seguía casi corriendo con sus cortos pasitos, la oía taconear tras de mí.

Tuve suerte y paré un taxi, abrí la puerta y Laura casi saltó dentro para no hacerme parar. Yo entré con un poco más de dominio de mi misma y le di la dirección al taxista. Entonces pude mirara a Laura, estaba toda roja, encendida y claramente caliente por todo lo sucedido, pero sonreía y estaba alegre y parlanchina. Yo tomé la fusta de la bolsa sin escucharla y la hice deslizar entre mis dedos. Su tacto me cautivaba, era sensual y delicado, pero firme y duro a la vez. Entonces miré a Laura, que al fin había callado después de sus “*¡Qué fuerte! ¡Avisa la próxima vez! Ha sido...*” (Pobrecilla, el vocabulario nunca ha sido su fuerte).

—Mastúrbate —le dije mientras la miraba a los ojos.

—Venga, no te pases... —pero mi mirada no se desvió. Mis manos sostenían la fusta doblándola y notando su elasticidad y calor al tacto.

—He dicho que te masturbes. Estás caliente como una perra en celo, necesitas tranquilizarte. Mastúrbate ahora. —Dije seria mirándola a los ojos. Ella no pudo sostener mi mirada y bajó la suya mirando hacia la parte baja del asiento en frente suyo. Pero una de sus manos se deslizó bajo la bolsa.

Retiré la bolsa de sus piernas y la puse en el suelo entre las suyas mientras mis manos volvían a flexionar la fusta y la contemplaba. Su mano se perdía bajo la falda y ahora cerraba los ojos. Sin duda, le hacía falta masturbarse para serenarse. Pero mi mente seguía como una tormenta de ideas. ¿Cómo podía haberle dicho a voz normal...? No... ¿Cómo podía haberle ordenado a voz normal en el interior de un taxi que se masturbara? Entonces miré al frente, por el retrovisor el taxista estaba atento y podía ver sus ojos fijos en lo que hacía Laura.

Con la punta de la fusta aparté la falda de Laura y la alcé para que se pudiera ver bien lo que hacía. Sus dedos pellizcaban su sexo mientras con uno de ellos se penetraba profundamente, casi no se veía nada con su mano perdida entre los muslos, pero era evidente lo que hacía, lo que se oía o los sonidos húmedos que nos llegaban. Al verse descubierta su mirada asombrada se alzó y me miró con ojos como platos. Yo sólo dije: —Shhh... buena niña, continúa. —Con voz suave de profesora complacida. Ahora su mirada se centró en el retrovisor interior del taxi y vio al conductor centrando su atención en ella, en sus movimientos, en sus piernas. Cerró los ojos y se recostó más en el asiento, mostrando las piernas abiertas y la completa sumisión y excitación del momento. Yo los podía ver a los dos y captar la tensión en el aire, aire con olor a sexo en un taxi cerrado.

¿Cómo podía hacerle hacer eso? ¿Cómo podía aguantar y disfrutar de su sumisión? ¿Cómo podía haber llegado casi al orgasmo con el azote a Yolanda? Cuando la fusta azotó su sexo ella multiplicó el orgasmo y lo disfrutó mucho más, pero el problema había sido mi reacción de éxtasis, fue casi un orgasmo. ¿Cómo podía yo haber tenido un casi orgasmo? ¿Cómo podía haber podido notar su orgasmo recorriendo la fusta y llegando a mi brazo, cabeza y cuerpo? A mí no me gustaba el dolor, ni impartirlo ni recibirlo, pero me había metido realmente en el papel de dómina y lo había gozado, había sido casi un orgasmo.

Y ahora tenía a mi amiga al lado masturbándose, empapada de placer, exhibiéndose ante el taxista a mi orden sin cuestionar, sin quejarse, sumisa. Y a mí me parecía tan natural. Fluía de mí esa dominación y la disfrutaba casi como el sexo. Ahora mismo sabía que Laura haría lo que le pidiera, follar al taxista o salir desnuda del taxi... si yo se lo ordenaba. Sabía que lo haría. Y no porque fuera una chica tonta (no lo era en absoluto, es una profesional muy cultivada y con gran experiencia), pero si yo se lo ordenaba, por satisfacerme, lo haría.

Un grito interrumpió mis pensamientos. Laura gimió sin poder contenerse, sus piernas se tensaron y sus caderas se alzaron en el asiento mientras dos de sus dedos presionaban con furia su clítoris inflamado. Se relajó cuando el taxista tomaba la curva final que nos dejaría delante de mi (¡nueva!) casa. Así que la sincronización fue perfecta. Evidentemente, pagué la carrera sin que hubiera ningún comentario por parte del taxista ni de Laura (el taxista me entregó su tarjeta con el cambio) y esperé a que Julián abriera la puerta del taxi mientras Laura salía solita con la bolsa.

Le agradecí el gesto a Julián permitiéndole admirar bien mis piernas al salir, y con una sonrisa complacida, por supuesto. E indicando con un gesto de la fusta a Laura que me siguiera desfilé hacia el ascensor, puerta del cual Julián me abrió solícitamente (y yo le correspondí con un “*Gracias*”, y dejándole ver mis nalguitas mientras ascendía el transparente ascensor).

No le dirigí la palabra a Laura hasta abrir la puerta, aceptando ella también su papel de esclava sumisa. ¿En qué me estaba convirtiendo? Pero, por suerte, entrar en el (¡nuevo!) piso, me devolvió a la tierra. Javier estaba cerrando el portátil, me acerqué y le besé mientras le decía.

—Ya está, ya tengo lo que necesitaba, podemos salir cuando quieras. Por cierto, tendrías que haber visto a Laura en el taxi, se ha masturbado ante el taxista y creo que ha sido uno de los mejores orgasmos de su vida.

Javier miró a Laura sorprendido, pero ella (roja como un tomate), sólo alcanzaba a mirar a la punta de sus zapatos.

—Te lo cuento en el viaje a Cadaqués —le dije. Y avisé a Julián que subiera para ayudarnos con las maletas hacia el garaje. Naturalmente Julián subió inmediatamente y gracias a él yo sólo tuve que cargar con mi neceser de maquillaje, llevando Javier, Julián y Laura el resto de maletas y bolsas. Cuando ya teníamos todo cargado en el Jaguar me giré hacia Laura:

—Gracias por todo, ha sido genial, pero creo que tú lo has disfrutado todavía más que yo. Nos llamamos a la vuelta, ¿OK? —Y le di un lascivo beso ante los dos sorprendidos hombres. A Laura le temblaron las piernas y una sacudida recorrió su cuerpo. A Julián, que sostenía mi puerta con Javier ya sentado al volante, le agradecí con una sonrisa su galantería, pero antes de entrar le tomé la mano.

—No hacía falta, pero muchas gracias. —Y me llevé la mano a mis labios para darle un besito en la mano, pero también aproveché para que su antebrazo pudiera presionar perfectamente mis pechos, lo que hizo aflorar una dulce sonrisa de agradecimiento en su rostro. Entré y Julián cerró la puerta.

—Tengo que contarte lo que ha pasado, pero primero... Lleguemos a la autopista, ¿OK?

Cadaqués

Cuando Javier tomó el ticket a la entrada de la autopista me puse todavía más cómoda. El Jaguar se comía los kilómetros y yo me descalcé y puse mis pies en el salpicadero, me relajé y empecé a contarle a Javier todo lo que habíamos hecho desde la salida de casa hasta la vuelta. Me recosté en el amplio asiento de cuero y abrí mis piernas para acariciarme tranquilamente dejando que toda mi frustración y deseo saliera con las palabras mientras le relataba los hechos.

Cuando llegué a la prueba del vestido mis manos recorrieron mi cuerpo mientras le describía las sensaciones. Las piernas enfundadas en ese perfecto guante de piel, mientras mis manos subían de las pantorrillas a los muslos. El corsé que me apretaba y me hacía sentir erguida y poderosa, con mis pechos alzados y excitados y pezones puntiagudos, mientras me los pellizcaba con fuerza. La tanga bien apretada en mi sexo que me acariciaba como una mano la totalidad de mis labios, mientras me abría la flor con un travieso dedo, recorriendo del ano a mi sexo húmedo.

Y también le describí cómo Yolanda se sometió y pegó su cara a mi entrepierna mientras mi palma simulaba el contacto oprimiendo mi sexo. Y entonces llegó el azote, el azote en el sexo de Yolanda que le multiplicó su orgasmo. Pude sentir cómo su orgasmo alcanzaba el cénit y la recorría entera, pero también cómo subía por la fusta y recorría mi brazo y me convulsionaba a mí, sin llegar a ser un orgasmo. Era un placer que me recorrió entera, un placer unido a su placer, era el placer de Yolanda recorriéndome. No fue un orgasmo, pero estuvo muy cerca en mis sensaciones.

Después, en el taxi, no pude deshacerme del papel dominante, y Laura se dobló en un instante. La sensación de saber que ella no se negaría, de tenerla a mi lado y saber que lo estaba haciendo bajo mis órdenes, que en ese momento le podía pedir lo que quisiera y ella lo haría inmediatamente, por mí. Sólo me bastaría susurrárselo y ella haría cualquier cosa. Salir desnuda del taxi, darle placer al taxista, darme placer a mí... cualquier cosa.

—¿Soy un monstruo? —Le pregunté mojada totalmente negándome todavía el orgasmo.

—Un monstruo sensual y precioso, exquisito. Creo que estás descubriendo nuevas facetas de tu sexualidad y que las disfrutas libremente, bienvenido el monstruo, pues.

—Pero contigo no podría, no sé por qué, pero lo sé.

—Porque yo no lo disfrutaría.

—Pero a mí tampoco me gusta hacer daño.

—¿Daño? ¿Qué daño o castigo has impartido que no fuera para su disfrute? Creo que Yolanda tuvo uno de sus mejores orgasmos en mucho tiempo, y Laura disfrutó de su liberación con esa sumisión. Pudo realizar una de sus fantasías secretas, seguro, porque tú se lo pediste. Laura no es tonta, es una profesional inteligente y muy bien valorada. Seguro que no haría nada contra su voluntad, pero estoy seguro también que la sumisión le permitió liberarse de la responsabilidad y hacer una de sus fantasías secretas. Te aseguro que no has hecho daño a nadie, querida. En cambio, yo no querría ser tu sumiso ni tu dueño, entre nosotros eso no funcionaría.

—Lo sé, tal vez por eso no me atrae contigo pero sí me atrajo con ellas. Si las hubieras visto disfrutar... Y a mí me dejó más excitada que en décadas.

—Pero... ¿Qué te llevó a buscar eso de dómina?

—Mr. Clifford. Ya sabes, vi qué tipo de sexo le atraía y... estoy convencida que podré conseguir lo que quiera de él así.

—No me gusta eso, no te metas en mis negocios, esto es muy delicado y son tipos de cuidado. Aunque les puedas ver felices flirteando, son tipos duros y con recursos, no me gusta que interfieras.

—Iré con cuidado, no te preocupes, su mirada lo decía todo y sabré llevar la situación, pero estoy segura que el resultado lo valdrá. —Dije recordando aquella mirada de depredador acariciando mi cuerpo.— No podrá evitarlo.

—Eres mala. Y yo estoy muy malo.

Le miré, y entonces bajé la mirada y pude ver que, efectivamente, mi pobrecito cuarentón estaba muy muy muy malo. El relato no sólo me había afectado a mí. Deslicé mi mano hacia él y le oprimí su abultado bajo vientre. Mis deditos consiguieron bajar la cremallera y liberar su sexo. Afortunadamente la salida de la autopista era automática y sin personal, porque cuando la abordamos yo estaba tumbada y le acariciaba y lamía su sexo suavemente.

No le estaba haciendo una mamada, sólo me deleitaba con el sexo de mi hombre, besándolo, jugando con él, lanzándole lengüetazos, acariciándolo. Así estuvimos (suerte del cambio automático) hasta abordar el camino que nos llevaba a la mansión de Don José, perdón, José a secas, como él quería que le llamara (y Natalia).

Natalia fue quien nos recibió al pie del coche. Su marido y los inversores habían bajado al pueblo a supervisar los preparativos del barco (el orgullo de José, que no había podido esperar al día siguiente para vanagloriarse de “su niña” ante ellos). Natalia nos vio tan sudorosos que nos envió directamente a la habitación a refrescarnos, ponernos cómodos y relajarnos del viaje y ordenó a Ramón, el jardinero, subirnos las maletas.

Yo tomé el neceser y subimos a nuestra habitación rápidamente. Fue dejar el neceser en el primer mueble disponible y abrazarnos y empezarnos a comer la boca el uno al otro mientras nuestras manos recorrían el cuerpo del otro con ganas. Necesitaba sexo, lo necesitaba para acabar de limpiarme por dentro y por fuera, para limpiar mi mente, y lo necesitaba con mi marido, nada de fantasías o juegos, quería sexo con mi pareja, con aquél que sabía entregado a mí.

Javier tiró de la tanguita abajo mientras yo le deshacía el cinturón y le dejaba calzoncillos y pantalón en sus tobillos. Entonces salí de la antesala de la habitación rauda hacia el dormitorio y él trató de seguirme tropezando con sus propios pies. Tuvo que perder unos segundos en quitarse los zapatos, pantalones, calzoncillos y calcetines para seguirme. Yo le esperaba, sin la tanga pero con la mini y la camiseta, estirada en la cama, con una pierna flexionada, mostrándole mi sexo abierto y brillante de humedad.

Se estiró a mi lado y, de nuevo, nos besamos mientras él alzaba mi camiseta y descubría mis pechos. Los estuvo succionando y besando un rato, más duros y puntiagudos no podían estar. Mi cuerpo necesitaba sexo y el de él también. Su duro miembro en mi mano ya estaba húmedo de la punta y notaba sus huevos duros y calientes a punto de explotar.

Me alcé y me recosté contra la cómoda frente a la cama, piernas abiertas, y él entendió y procedió. Se puso detrás de mí y no le hizo falta apuntar ni nada, mi culito se alzó un poco dispuesto a recibirlo y su glande encontró mi empapado ano y presionó. No hicieron falta manos para abrir nada, él sólo me sujetaba de la cintura y presionaba.

Tras un suspiro su glande rebasó mi estrecho ano y empezó a penetrar. Al notar que rebasaba mi entrada me estremecí en un tremendo orgasmo que me recorrió desde las puntas de los dedos de los pies y fue subiendo por mis piernas, que se volvieron de goma y siguió hasta mi sexo y ano, momento en que presioné con fuerza su sexo, que mientras entraba fue derramando su simiente en mí. Continuó penetrándome y soltando su leche mientras mi orgasmo seguía recorriéndome la cintura y me obligaba a sacudirme, hasta mis sensibles pechos, ahora cubiertos con una de sus manos que me pellizcaba con fuerza un pezón, un sensible pezón que al llegar el orgasmo me dio una explosión de placer, pero el orgasmo me continuó recorriendo brazos, manos y cuello.

Un grito surgió de mi garganta, un grito de placer que sacó toda frustración, miedos y

deseo de mi cuerpo, un grito que me liberó de todo mientras notaba cómo mi hombre se derramaba en mí y el escalofrío me recorría hasta la punta de los cabellos.

Mi sacudida me dejó suspendida y él tuvo que mantenerme en pie con su abrazo de la cintura mientras se apretaba derramándose y llenándome completamente. Las cortinas ondearon cuando se abrió la puerta, pero yo mantuve ojos cerrados y seguí con mi grito de éxtasis que se convirtió en gemido bajo el abrazo de mi marido. Cuando pude, cuando quedé colgando de sus brazos, miré y vi a Natalia sorprendida mirándonos, con su mano en la entrepierna de Ramón, que soltó las maletas y bultos en el suelo. Cerré los ojos y el fin de mi gemido coincidió con el ruido de la puerta al cerrarse.

Como pude traté de aguantarme de pie y giré abrazando el cuello de Javier, mientras notaba su sexo salir de mí y cómo su simiente me bajaba por el interior de los muslos, mi ano dilatado, pero el placer llenándome. Le besé, le besé con pasión mientras nuestros cuerpos se abrazaban y fuimos a la ducha a relajarnos y limpiarnos.

En la ducha él me pasó la esponja por todo el cuerpo y yo le correspondí, jugamos y reímos como niños, inocentes, hasta quedar perfectamente relajados. Nos secamos el uno al otro y salimos desnudos a vestirnos. Yo tomé un micro-mini-biquini que sólo tenía dos pequeños triángulos en la parte de arriba que apenas tapaban los pezones y permitían ver todo el resto del pecho y una tanguita de triángulo alargado que marcaba perfectamente mis labios, mientras la tira de detrás quedaba encajada entre mis glúteos. Él se puso bañador y un polo. Nos calzamos con sandalias y bajamos, yo todavía enrollándome el pareo en la cintura, buscando refrescarnos con una bebida en las tumbonas de detrás, junto a la piscina.

Natalia ya estaba allí (algo colorada, ¿por qué sería?) y nos esperaba con una cubitera llena de hielo y botellas y zumos. Nos tumbamos y reímos incluso antes de decir nada, traviosos todos, disfrutando de la compañía sólo con mirarnos.

—Bueno, veo la boda no ha cambiado algunas cosas. —Dijo Natalia para empezar.

—No, hay cosas que no cambian, y mi perdida mujer sigue tan traviesa como siempre.

—Yo sólo sonreí mientras Javier me entregaba un gran vaso lleno a rebosar de zumo con hielo que bebí con satisfacción de la pajita.

Estuvimos así, relajados bajo el sol de la tarde, frente a la piscina, lánguidos, comentando y riendo de cosas sin trascendencia, hasta que llegaron los caballeros. José nos dio los besos de cortesía, pero al resto sólo saludamos y fueron a cambiarse para estar más cómodos. A los cinco minutos los volvíamos a tener a nuestro alrededor.

Evidentemente, los breves shorts de Natalia que marcaban su culito atrajeron su atención cuando les sirvió las bebidas y se retiró a supervisar la cena. Yo le permití ese momento de sentirse admirada y repasada por los hombres (todos menos José, tonto marido...) y fue entonces cuando me alcé. Una suave humedad de sudor cubría mi cuerpo y lo hacía brillar, pero yo me notaba algo pegajosa, así que me tomé mi tiempo para ser admirada ahora que ya no estaba Natalia y disfrutar de cómo les saltaban los ojos cuando deslicé el pareo sobre la hamaca.

Me coloqué bien el pelo permitiéndoles solazarse en mis pechos casi desnudos, mi cinturita y nalgas descubiertas y caminé lánguidamente hasta el borde de la piscina. Sumergí un piecico en el agua probándola, estaba fresca y rica, así que me fui al rincón a ducharme para no llenarlo todo de sudor.

Se hizo el silencio, o eso me pareció a mí, ya que bajo la ducha no podía escuchar nada. Pero el ver cómo me acariciaba el cuerpo para arrancar la capa de sudor seguro que les cautivó la mirada. Pasé mis manos por la cara, cuello, brazos, pechos y cintura, también muslos, antes de apagar la ducha y acercarme al borde de la parte profunda de la piscina. Desde allí pude verlos, todos mirándome quietos como estatuas, no pude evitar sonreírme y posar bien derecha mientras me preparaba para el salto, sabiéndome deseada y acariciada por sus miradas.

Me lancé procurando que el salto fuera perfecto, manos y piernas perfectamente alineadas para levantar sólo un mínimo de agua al perforar la plana superficie, un salto como me habían enseñado hace tantos años en las piscinas olímpicas de Volgogrado, estilizado y elegante, sumergiendo el cuerpo como si fuera un torpedo en el líquido. Hice una piscina buceando, sintiendo el frescor del agua y dejando que me penetrara por todo el cuerpo, hasta dar la vuelta en el extremo y empezar a hacer brazadas y olvidarme de todo. Nadar es una disciplina y me obliga a olvidarme de todo. Sólo existimos el agua y yo, así que después de unos cuantos largos me relajé y me dejé llevar de espaldas, con los brazos alineados con el cuerpo y un suave movimiento de pies hasta el extremo de la piscina cercano a ellos.

Naturalmente su visión era la de mis pechos sobre el agua, yendo hacia ellos, hasta llegar al extremo. Allí me sostuve del borde y le pedí a Javier que me trajera la copa, pero fue el mejicano, sentado a su lado, quien lo frenó con la mano y se alzó, galante, para traerme la bebida.

Al agacharse frente a mí, que me mantenía en el agua, debió tener una visión espectacular de mis pechos. Con la frescura del agua mis pezones estaban duros y mis senos también, bien erguidos y apuntando al frente. Me acercó el vaso y lo tomé de su mano, bebiendo un largo sorbo mientras él se deleitaba con la vista. Le devolví el vaso pero él no se marchó, esperó a que subiera por la escalera, con mi cuerpo goteando, brillante, y se las arregló (pese a tener su copa y la mía en las manos) para acercarme una de las toallas que había alrededor de la piscina, en las tumbonas.

Con una sonrisa se lo agradecí, y esta vez sí pude estar segura del silencio de los hombres mientras sus miradas se centraban en mi cuerpo al secarme. Sólo cerré los ojos mientras me secaba el pelo, bien derecha y sacando los pechos. Porque cuando me sequé la entrepierna les miraba sonriente. Al acabar anudé la toalla a mi pelo, cubriéndolo y dejándola colgando, a mi espalda.

Me quedé de pie ante ellos, rodeada de sus tumbonas (José hasta movió la suya para quedar perfectamente encarado con mi espectáculo). Y no era para menos, la poca tela que envolvía mi cuerpo, los tres minúsculos triangulitos, mojados, transparentaban mi piel y sólo servían para destacar todavía más mi anatomía. Mi sexo rasurado, sin la corta y fina tirita de pelo sobre él, depilada para la boda, quedaba perfectamente transparentada en el triángulo inferior, marcando los labios de mi sexo y permitiendo que no tuvieran ni siquiera que imaginarlo, pero a la vez, pudiendo mostrarme “vestida” ante ellos.

—Tan callados, ¿ya se lo han dicho todo? ¿No habrán cerrado ya el trato?

—No cariño, pero hay espectáculos ante los que sobran las palabras. —Dijo José casi en un susurro, galante.— No, no ha habido negocios, eso mañana en el barco, ¿verdad? De momento, sólo estamos disfrutando de la naturaleza.

—Y de ti, me atrevería a añadir, una naturaleza perfecta. —Dijo Javier sonriente. Yo me acerqué a él para darle un piquito, lo que dejó mi prieto culito expuesto ante ellos, pues la tira de la tanga del bañador quedaba encajada entre mis nalgas. Sólo la vulva, tapada por el minúsculo trocito de tela, debió marcármese por detrás cuando me agaché sobre Javier para besarle.

—¿Nadie más va a abañarse? Les veo algo acalorados. —Dije traviesa alzándome de nuevo y dando la vuelta al círculo de hombres acostados en las hamacas mientras daba un sorbo más de mi bebida.

—Terriblemente acalorados, pero no, no es agua con lo que queríamos refrescarnos ahora. —Dijo el galante mejicano poniéndose en pie y sonriéndome. Yo me acerqué a él y le abracé por detrás refrescándolo. Mis pechos se pegaron en su espalda mientras mis manos abrazaban su panza y mis muslos encajaban en sus nalgas.

—¿Más fresquito ahora? —Reí traviesa.

—Mmmm.... Mucho peor. —Rio él. Me separé, una cosa era una gracia, pero me daba

calor, y tampoco quería que se desmadraran. Porque ya veía venir a José pidiéndome que le refrescara a él. Pero escapé del abrazo de José, lo rodeé y le tomé por detrás, abrazándolo con cariño pero sin llegar a más.

—Y ¿Qué dirá Natalia? —Le rodeé mientras ponía los ojos en blanco y dejé deslizar mi mano libre hacia su sexo, claramente marcado en el amplio bañador que llevaba. Tomándolo con una mano claramente a la vista del resto de socios le acerqué con la otra la bebida ahora puro hielo para “refrescárselo”.— Por mucho jefe que sea de Javier... creo que esto tiene propietaria, mejor enfriarlo un poco no fuera a explotar. —Reí retirando el vaso que había hecho estremecer a José. Para consolarlo le clavé las nalgas en su ahora refrescado sexo y me refregué juguetona. Mirando a Javier añadí:— Son las prerrogativas del jefe, no quiero que te quedes sin trabajo. —Riendo y moviendo descaradamente mis nalgas en el sexo de José, que ahora sí ya recuperaba proporciones que no permitían disimular nada. Dejé de refregar mis nalgas y volví a ponerme de frente con José. Le tomé el sexo con una mano mientras quedaba tan pegada a él que mis senos puntiagudos rozaban los pelos de su pecho y entre su sexo y el mío sólo cabían mis pequeños dedos. Le miré a los ojos.— Porqué... No va a despedir a Javier, ¿verdad? —Ante mi desafiante mirada, que por un lado estaba haciendo una broma compartida, pero que no revelaba ni un asomo de risa, José sólo balbuceó.

—No, no,... claro que no... —mientras cerraba los ojos dejándose llevar por lo que mi contacto le proporcionaba a sus sentidos.

—Claro que... si ahora va a tener muchos más jefes... —dije mirando al resto de los invitados todavía sosteniendo el enhiesto sexo de José en mi mano,— tal vez tendré demasiado trabajo.

En ese momento sucedieron dos cosas, empecé a notar mi mano pringada mientras recorría las miradas de los inversores y de la casa se oyó el aviso de Natalia llamándonos, en su pobre inglés, a la mesa. Yo solté una risotada que rompió el momento, les sonreí a todos y me llevé mi manita a la nariz, aspirando el aroma de José. Todos estaban como estatuas, sin moverse, sus sentidos centrados totalmente en mí. En aquel momento me sentí completamente deseada, musa de sus sueños más eróticos. Y no pude resistirme.

Mi pequeña lengüecita asomó por entre mis dientes y lamió la espesa humedad de la palma en un rápido lengüetazo. Tiré mi cabeza atrás en una gran risotada y, dejando el vaso en una de las mesillas, me llevé a Javier a nuestra habitación, para cambiarnos para la cena.

Cena en Cadaqués

Una vez en la habitación Javier me atrajo hacia él y me besó no como marido, sino como hombre en celo. Yo sólo reí y me lo quité de encima desvestiéndome (es un decir, pero me quité el bikini y me di una rápida ducha para quitarme el cloro, limpiarme la mano y poco más, todo en dos minutos). Salí y, desnuda, me cepillé el pelo para estar presentable mientras Javier ya estaba vestido para la cena. Sí, en esa ocasión, con invitados, había que vestirse para la cena.

Desnuda ante el armario, decidí primero ponerme las joyas. Un collar muy fino que sostenía una lágrima plateada (de oro blanco) con piedras minúsculas engarzadas que despedían mil brillos y quedaba encajada perfectamente entre mis pechos. Pendientes y pulsera a juego. Después los zapatos de tacón, un fino y estilizado tacón de aguja para unos zapatos negros brillantes con hebilla dorada. Abrí diversos cajones de la cómoda hasta encontrar donde habían depositado la ropa interior y cuando saqué la tanguita Javier lanzó un suspiro de admiración o desesperación. Esa tanguita era un triángulo de tela negra casi transparente y me la ponía cuando quería darle un mensaje muy sugerente a Javier: "*Hoy vas a follarte a una diosa*". La encajé bien en mis nalgas y abrí el armario donde alguien (quizás Ramón mismo) había colgado los vestidos.

Elegí uno ligero y vaporoso, negro, largo (tenía que ser largo en una cena así), abierto en los laterales hasta más arriba del muslo, con un espectacular escote delante y detrás, con finas tiras por los hombros. Era muy descarado, pero a la vez elegante, suficientemente informal para una cena en casa, pero a la vez de buen corte y línea. Naturalmente, con él no podía ponerme sostenes, así que no lo hice, simplemente tomé a Javier de la mano y bajamos. Él meneaba la cabeza, sabiéndose rendido de antemano. Pero ya lo habíamos discutido y debía dejarse llevar.

Nuestra entrada fue de cine, ya todos estaban allí (y eso que yo no me había demorado demasiado), vestidos con traje pero sin corbata. Natalia avisó al servicio y rápidamente nos encontramos sentados a la mesa, yo en un extremo y Natalia en el otro, únicas mujeres del grupo. A un lado dos americanos y José, al otro Javier, Mr. Clifford y el mejicano. Lo habían hecho así para que, como mínimo, Natalia pudiera hablar en castellano con el mejicano, ya que su inglés era bastante pobre.

El día anterior habían ido a un fantástico restaurante de pescado en Cadaqués, y al día siguiente saldríamos en barco temprano, de ahí la cena en casa esa noche, para ir a dormir pronto (o eso creíamos). Así que no me extrañó que esa noche fuera una cena en base a entrantes con embutidos y pan con tomate, con carne de segundo. Todo exquisito y bañado con caldos catalanes. ¡Y vaya vinos! Suaves, cálidos, aromáticos, añejos,... que pasaban suave y hacían que charlaras y rieras con facilidad.

La conversación, en inglés, fue sobre cualquier tema menos negocios, descubrí que a uno de los americanos le gustaba la pintura y le recomendé ir a Figueras, que estaba cerca, a ver el museo Dalí y estuvimos hablando del museo Picasso y hasta de Gaudí. Mientras que el otro, por viajar tanto, era más de novelas y best sellers, así que nos reímos de los tópicos de los espías y le expliqué que en la Unión Soviética también teníamos nuestras novelas de espías, pero claro, allí no eran de James Bond, allí todo tenía que ser trabajo de equipo del KGB y no singularidades de un solo protagonista.

Llegaron los postres, tabla de quesos, fruta y helado, así que la sobremesa se alargó todavía más. Natalia nos dejó y se fue a dormir, ya que la charla en inglés la aburría. Fue entonces cuando José se levantó y nos dijo de pasar a la sala de la biblioteca, donde distribuyó puros para todos y sacó el coñac y el wiski. Yo continué con la copa de vino, de hecho, Javier trajo la botella de la mesa para mí (estaba acabada de empezar), porque ya sabía que prefiero vino a los licores fuertes.

En los sofás, procedieron a abrirse todavía más los cuellos de las camisas y se

desanudaron los puños, fuera chaquetas. Abrimos el portón que daba al jardín y así el humo no dejaba el ambiente cargado. De hecho, la noche era cálida pero no bochornosa y podríamos haber salido a la terraza, pero prefirieron sofás y tranquilidad con suave música de jazz y rock clásico de fondo (una mezcla extraña, de Cassandra Wilson a Big Mama, mezcla de canciones en inglés y catalán, algo que José se había hecho para él, supongo).

José se acercó a mí y me hizo una reverencia para sacarme a bailar.

—No sé si me aguantaré en pie, —le dije en inglés con voz cargada— he bebido demasiado.

—Buen vino no da resaca, tranquila.

Y tomó mi mano y me alzó del sofá. Su brazo rodeó mi cintura y dimos unos cuantos pasos para quedar en medio de la sala meciéndonos el uno sobre el otro. Pero no mucho rato, ya que al poco Javier vino alegre e impuso sus derechos de esposo. Ahora mis brazos anudaron su cuello y nuestros cuerpos se fundieron el uno contra el otro. Sus manos acariciaron mis caderas y no tardaron en reposar en mis descubiertos muslos debido a que el vestido era abierto de los lados.

Los inversores soltaban chabacanos comentarios desde sus sofás, mirándonos. Les escuchábamos y reíamos tanto Javier como yo. El mejicano hizo uno especialmente gracioso y me giré hacia él, con lo que la mano de Javier se perdió bajo el vestido con mi giro y quedó posada en mi nalga.

—Javier, no seas malo. ¿Qué van a pensar? —En inglés.

—Que tengo una mujer preciosa y que no puedo controlarme. —Respondió él, también en inglés. A lo que todos rieron.

El mejicano se alzó y reclamó el derecho de invitado a bailar con la única mujer de la noche (y de su corazón, añadió zalamero). Así que ahora fue con él con quien me tocó bailar suave. Este sí que era un buen bailarín y me dio más de una y de dos vueltas, momento en que mi vestido giraba para gran placer de los observadores, descubriendo muslos, nalgas y mi transparente tanga. En más de una ocasión tuve que cubrirme un pezón con la vuelta, pero todo fueron sonrisas y nada más.

Los dos americanos siguientes fueron los peores. Sin sentido del ritmo ni gracia para el baile, solamente posaban sus manos en mi cintura y se movían como si fuera un pasodoble. Pero ya procuré yo que se alegraran con la vista de mi gran escote o los encuentros fortuitos de mi pelvis o caderas, con lo que el resultado fue vaciar un par de botellas de licor y muchas risas.

Al acabar la canción del segundo americano miré a Mr. Clifford, que se negaba a bailar. Así que ahora fui yo la que le dije que sólo faltaba él, que tenía que hacer el ridículo como el resto, que no iba a ser menos. Pero él seguía negándose. Así que yo apuré mi copa de vino tinto y la entregué a Javier y me acerqué al más influyente de todos.

Sentado al sofá me vio venir y no estaba dispuesto a levantarse (creo que era el que más había bebido). Llegué a su frente y abrí mis piernas para quedar derecha justo frente al sofá con sus pies entre los míos. Me agaché hacia él, con lo que mi amplio escote quedó totalmente abombado y mis dos pechos desnudos quedaron a su vista, colgando ante él, bamboleándose. Mientras yo le miraba a los ojos, decía con voz exageradamente pastosa y acento ruso marcado:

—Tienes que bailar conmigo, eres el único que falta, no me harás ese feo, ¿verdad?.

—Me acerqué todavía más y le di un beso en la frente, con lo que mi aroma y mis pechos casi le rozan la cara. Mientras me alzaba de nuevo tomé su copa y se la acerqué a José para que la sostuviera, tomé la mano de Mr. Clifford y lo alcé del sofá yendo hacia el centro de la estancia con su mano bien sujeta a mis nalgas, estirándole. Una vez en el centro yo sonreí con una sonrisa boba de bebida y le agradecí que hubiera venido a bailar, rodeé su cuello con mis manos y me estampé contra su cuerpo cuidando que mis pechos estuvieran correctamente aplastados contra él.

Sus manos en mi cintura y yo empecé a contonearme. Me rocé contra él y él continuaba sujetándome de las caderas. Le pedí que se relajara mientras mis movimientos se hacían más voluptuosos (pero torpes como si hubiera bebido demasiado) y procuré que en vez de agarrarme acariciara mis caderas. Así, cuando yo giraba, su mano se introducía bajo el vestido y alcanzaba a acariciar mis nalgas y, en algún momento incluso, llegó a rozar mi entrepierna. Yo lo miré traviesa.

—Ai, pillín, pillín. ¿Has visto lo que me hace? —Dije dirigiéndome a Javier, que estaba riendo en el sofá con el puro y la copa. Tomé la barbilla de Mr. Clifford y se la sacudí un poquito. Pero con la otra mano le tomé la suya y fui yo quien la forzó bajo el vestido hacia mi prieta nalga y mientras le decía:— Eso no se toca, que tiene propietario.

—Todos rieron, incluso Mr. Clifford, que estaba más rojo que un tomate. José se acercó (creo que temía que me pudiera exceder) y nos pusimos con el baile a tres. Lo que animó al resto e hicimos un corro todos juntos bailando con los brazos alrededor de los hombros de los de al lado.

Naturalmente mis pechos bailaban descontrolados y ya no los tapaba ningún vestido, pero sólo reíamos y rodábamos. Las manos de José y Mr. Clifford bajaron de los hombros a la cintura y de la cintura a las nalgas. El corro se rompió y Javier vino directo a mí y me besó.

—Pero mira cómo estás... —me dijo mientras me abría todavía más el vestido dejando mis pechos completamente al aire. Pero no se detuvo allí, separó la parte alta del vestido y lo dejó deslizar sobre mi cuerpo, quedando a mis pies.

Yo sólo sonreí y di un pasito, quedando únicamente con la tanguita negra ahora mojada y marcando totalmente mis labios, los zapatos de tacón y las joyas.

—Uy... qué van a pensar estos señores. —Dije yo, en inglés, mirándoles mientras cruzaba los brazos ante mis pechos.

—Que sois una diosa. —Dijo el mejicano acercándose mi copa de vino nuevamente rellena. Yo la tomé con una sonrisa, ya sin taparme.

—Eso dicen todos antes de caer extenuados al pie de mi cama. —Y sonreí mientras daba un sorbo.

José se acercó a mí y me tomó de nuevo de la cintura, bailando pegados al ritmo del soul que sonaba en ese momento. El mejicano y un americano completaron el trío y pude sentir sus cuerpos contra el mío y múltiples roces mientras girábamos bailando. El resto se nos unieron, conmigo ahora en el centro del círculo, y ahora eran mis manos las que reseguían sus pechos y entrepiernas acariciándolos o, cuando se giraban, dándoles algunos azotes en las nalgas. Ellos lo celebraban con tiernos azotes en las mías, y yo mantenía mi copa e iba dando sorbos mientras me rozaba contra ellos o aplastaba mis pechos contra alguno.

La mano de Mr. Clifford se insinuó entre mis nalgas pero yo me zafé, no quería que eso acabara en una orgía. Los quería imaginando cómo sería estar conmigo, no tomándome entre todos. Así que me dirigí a Javier y le abracé y besé mientras le decía para que todos lo oyeran:

—¿Vamos ya, cariño? —Un rugido de quejas se alzó como protesta, pero entonces fui uno por uno, empezando por los dos americanos dándoles un piquito y apretando con mi manita libre su erguida polla bajo los pantalones deseándoles *good night*. Al mejicano le di también un piquito, pero luego mi lengua recorrió con un largo lametón su mejilla y se introdujo en su oreja. —Divino sos vos. —Pasé a Mr. Clifford, a quien también di un piquito mientras le agarraba la tranca (pequeñita pero dura), pero al retirarme de él le miré a los ojos sin rastro de alcohol y le dije bajito al oído que fuera bueno, que se tenía que contener para que mañana fuera mejor: —Te prohíbo tocarte, ¿entendido? —Pude ver la sorpresa en su mirada, pero también su asentimiento y excitación.

Con Don José fue diferente. Le abracé mientras le besaba y me restregué contra él, mi

vientre contra el suyo mientras sus manos exploraban con ganas mis nalgas a la vista de todos. Tomé su abultado bajo vientre en mi mano y, mirando a los otros, muy seria, les dije:

—Es que es el jefe de mi marido y, claro, debo tenerlo muuuy contento para que no le despida. ¿Querrán ser ustedes también sus jefes? —Y, sin esperar respuesta, me giré y tomé de la mano a Javier para llevármelo. Me agaché a recoger la punta del vestido, momento en que Javier, travieso, posó su mano entre mis nalgas e introdujo dos dedos en la parte baja.

Y así desfilamos él y yo hacia la salida del salón. Con las miradas de los inversores puestas en la mano de Javier incrustándose por detrás en mi empapado sexo y yo arrastrando con descarado mi traje por el suelo. Sabiendo que esa noche soñarían con una rusita descarada y traviesa.

Un paseo en velero

Podría contaros mil historias de esa noche, pero lo cierto es que Javier y yo llegamos a la habitación, nos desnudamos, y dormimos abrazados como niños. Puro agotamiento. Me desperté todavía abrazada a él tal y como nos habíamos echado en la cama cuando golpearon la puerta y nos avisaron que ya era hora de desayunar.

Tomamos una ducha rápida, más para despertarnos que por asearnos. Yo tomé un conjunto de bikini con tanga, pero que cubría mis pechos mejor que el del día anterior y me puse encima un vestido ibicenco, de un blanco radiante con algún bordado, fresco con escote y hasta medio muslo. Javier con bañador bóxer y un polo. Estábamos alegres y relajados, preparados para el día en barco, así que bajamos tomados de la mano a buscar el desayuno.

Esta vez no hubo miradas lascivas ni nada de eso, sólo risas y algunas bromas veladas sin insinuaciones sexuales. Fruta, cargué mi plato con mucha fruta (me encanta) y desayuné con hambre (fruta, yogurt con miel, más fruta y un delicioso café negro). Ellos ya estaban listos y yo tuve que tomar el café rápido para poder salir.

Nos montamos en el todoterreno de José los siete, ya que Natalia no vendría. Bueno, debo decir que sí hubo algún roce, pero nada destacado. Yo aproveché que estaba al lado de Mr. Clifford para asegurarme de que había cumplido las instrucciones. Mientras bajábamos al pueblo, aprovechando el traqueteo del coche, me incliné hacia él y dejando caer mi mano por su muslo le pregunté al oído: *“Habrás cumplido, ¿verdad? Espero que me obedezcas en todo y te dije que no te tocaras”*. Usé un tono muy bajo, pero con marcado acento autoritario ruso, y pude ver cómo su expresión cambiaba a una excitación inmediata y su cara giraba hacia mí. Yo estaba seria, muy seria, muy en mi papel en ese momento, y él bajó la mirada y me respondió, también en un susurro: *“Sí, ama”*. Supe que lo tenía en el bote y mi mano lo premió con un suave, rápido y fugaz pellizco en su entrepierna que le hizo estremecer.

A mi otro lado el mejicano sonreía mirando el paisaje mientras su mano rozaba muy ligeramente mi muslo. Los tres, apretados como estábamos en la fila de asientos, no podíamos dejar de rozarnos, así que no sólo no dije nada, sino que abrí un poco más mi pierna para que contacto fuera permanente y el dorso de su mano pudiera notar la calidez de mi muslo.

Me incliné adelante para charlar con Javier, que iba en la fila ante nosotros (los otros dos americanos eran, con mucho, los más gruesos, así que uno iba de copiloto y el otro con Javier). *“No falta mucho ¿verdad?”* le dije para conversar de algo intrascendente. Javier, diligente, fue indicándome y señalando el pueblo, en inglés, para charlar algo sobre Cadaqués y la preservación de su entorno, de la falta de cobertura de móviles (no dejaban poner antenas), etc.

Mientras, así acostada para adelante, la mano del mejicano podía, discretamente, acariciar mejor mi muslo con el dorso. Pero lo que él no se esperaba era que una mano mía acariciara descaradamente su muslo. Espantado, el mejicano miró a Clifford, que miraba al frente con cara seria, yo tapaba, con lo que nadie nos vería. Mi mano exploró su muslo y subió hacia su entrepierna con aquella discreción que nos permitía estar en el auto. Noté su sexo tieso cuando llegué a lo alto, y él, a su vez, notando mi descaro, acarició también mi muslo, pero sin poder llegar a mi sexo, ya que yo me cuidaba que al estar echada para adelante no pudiera acceder.

En cambio yo sí podía acariciar y notar su falo sobre el bañador, y hasta introduje la mano por la cinturilla para notar su tacto y rodearlo con mis dedos y hacerlo subir y bajar mientras no paraba de decir *honey, lovey* demás dulces apelativos a mi maridito. El mejicano estaba enrojeciendo por minutos y parecía a punto de explotar.

Pero no era ése mi único juego. Mi otra mano, también discretamente, era la

responsable que Clifford estuviera serio mirando al frente con cara de póker, sin mostrar el más mínimo sentimiento, pero también enrojeciendo. Esta vez mi mano no acariciaba, esta vez mi mano estrujaba su sexo con violencia (pero sin forzarlo mucho). Esta vez mi mano era brusca y tomaba esa salchicha cada vez más rígida y la apretaba y manoseaba sin piedad. Bajaba el prepucio y aplastaba la punta con mi palma. Mis uñas hincaban los huevos pero sin llegar a doler, sólo para demostrarle mi poder sobre él.

Cuando llegamos (por suerte el viaje era corto), tanto el mejicano como Mr. Clifford bajaron rojos y ocultando sus sexos duros atrapados en la tira del bañador, tapados con sus camisetas. Yo era toda sonrisas e iba muy acaramelada del brazo de mi marido. José aparcó en el muelle, frente al barco, donde la tripulación ya nos esperaba listos para embarcar y salir a mar abierta.

Javier me ayudó a subir tomándome de la mano, extrañado que el mejicano no me ayudara también, pero es que el mejicano parecía un poco traspuesto. Una vez en cubierta José nos presentó a la tripulación, dos marineros que podían hacer de capitán o marinero y que le cuidaban el barco todo el año. Tenían unos brazos impresionantes y las abdominales de tableta de chocolate, jóvenes y muy muy deseables, pero no era hacia ellos hacia quien debía dirigir yo mis encantos.

En cinco minutos uno de ellos estaba sacando amarras y el otro, en el puente, dirigiendo la maniobra de salida del puerto. A José le dejarían jugar a capitán cuando estuviéramos en mar abierto, pero en un puerto pequeñito como Cadaqués, mejor no jugársela, y menos con tantas embarcaciones alrededor entrando y saliendo, aunque fuéramos a motor y lentos.

Al salir del puerto enfilamos hacia el horizonte y casi ya perdíamos la línea de la costa cuando empezaron las instrucciones de izar las velas, parar motor y navegar libres al viento. Aquí todos ayudaron menos yo, mi papel era otro. Mejor apartarme y no entorpecer. Supieron aprovechar el viento que había y pronto la mayor y una frontal se hinchaban. En realidad el velero no llegaba a los cincuenta metros, ni falta que hacía, pero parece que cincuenta es una medida mítica para José y como yo lo sé, siempre digo que es de cincuenta sin serlo.

Me deshice del vestido ibicenco y me descalcé, Javier lo bajó todo abajo, a las cabinas, y yo me tumbé en cubierta. Rápidamente, mientras José jugaba al timón, los marineros habían montado en la parte de detrás una amplia mesa y hamacas, donde me indicaron que podía trasladarme. Me tendieron la mano y... debo sincerarme, no resbalé, lo hice para poder tocar esos gloriosos y duros cuerpos musculados mientras iba hacia la parte de atrás. Cuando el velero combó un poco, uno de ellos, sonriente, fue a "ayudar" a José y lo enderezó fácilmente.

Una lona proporcionaba zona de sol y de sombra en las hamacas y pude seguir con mi sesión de sol mientras el resto se turnaban entre las vistas de la costa y mis vistas. Mi bañador no era tan descarado como el del otro día, cubría más allá de los pezones dejando los laterales de mis pechos al descubierto. Y el triángulo de la tanga era bastante mayor, pero no por ello dejaba de marcar perfectamente mi sexo, ya que yo me había ocupado de que encajara perfectamente y dejara mis labios bien insinuados. Estuvimos navegando un buen rato paralelo a la costa, hasta llegar a una cala que no era accesible desde tierra donde nos dimos un chapuzón.

Después del relajante y refrescante baño (rodeados de peces, esa sí que es una sensación increíble) volvimos a subir al bote y yo me tumbé, toda mojada y con el bañador transparentándose, sin secarme, en una de las tumbonas mientras ellos se secaban un poco y pasaban al interior del bote a la sala donde tratarían los negocios.

Otra vez el velero enfiló mar adentro. Sin cobertura de móviles la intimidad de los negocios estaba garantizada. Ese era uno de los usos que daba José al barco. Lo habíamos hablado con Javier, y yo no estaría presente en la reunión, me quedé

tomando el sol. Los marineros aprovecharon para un par de acercamientos, ofreciéndome uno una bebida y el otro unas toallas. Mi suave rechazo les convenció que con la rusita no tenían nada que hacer, como así era, y descansé en paz.

En la reunión yo ya sabía lo que estaba pasando. José haría la introducción y daría paso a Javier, que explicaría exactamente las áreas de investigación de las compañías, su potencial y los casos de negocio desarrollados para tres de sus principales líneas. Datos, estudios de mercado, prospecciones... todo para atraer cien millones de dólares de inversión de esos cuatro tipos. Pude notar cuando acababa la exposición y se iniciaba la ronda de preguntas sólo por la tensión que se respiraba. Del fluido y suave inglés de Javier se pasó a cortas y bruscas frases. Por suerte, después de esas cortantes intervenciones venían otra vez las suaves y fluidas explicaciones de Javier. Era como el chocar de las olas contra las rocas y, después, el suave rumor de las olas en alta mar. De nuevo el chocar contra las rocas y otra vez la suave explicación de Javier.

La ronda de preguntas duró bastante rato. Eso podía ser bueno, porque podía querer decir que se interesaban a fondo. Pero también podía querer decir que tenían dudas. Las últimas preguntas ya sólo requerían cortas respuestas de Javier. Más tarde me explicaría Javier que le pedían confirmar datos que ya había dado o que estaban en la presentación, buscaban incongruencias y saber si realmente Javier lo dominaba o sólo era un papagayo que repetía lo que le habían dicho, pero él era capaz de relacionar los datos y dar coherencia al conjunto.

Callaron.

Silencio.

Y entonces vino la parte que le había pedido yo a Javier que introdujera. El último documento que repartió era un borrador de contrato pendiente de firma. En él estaban en blanco la cifra de inversión y el porcentaje de participación. El resto era lo que habían preparado los abogados y contaba ya con la validación inicial de los abogados de los cuatro inversores. Contra lo que estaba previsto, ni Javier ni José presionaron entonces para ninguna firma ni acuerdo concreto. Les dejaron el documento y les dijeron que lo meditaran esa noche, con calma, sin prisas. Que esperaban su respuesta por la mañana, antes de que a medio día salieran para el aeropuerto.

Aquello sorprendió a los cuatro inversores, que venían pensando que todo se cerraría entonces. Cuando salieron Mr. Clifford me miró con su mirada de negocios, depredador, pero esta vez su mirada era escéptica y no sólo devoradora. Algo se le escapaba y no sabía qué. Pero fue el único que lo relacionó conmigo y su mirada iba dirigida a mí al subir a la cubierta posterior.

El resto del paseo no volvió a hablarse de negocios. Bebimos, comimos marisco regado con fresco vino blanco y languidecimos cual lagartos después de comer en una siesta de media hora que nos sentó a todos como una noche entera de sueño. Para despertarnos decidimos tomarnos un baño antes de volver, así que dirigimos de nuevo el barco hacia una cala.

De nuevo centraron su atención en mi (marineros incluidos) mientras saltaba desde cubierta al mar en un perfecto picado. Pero no me siguieron, prefirieron usar la escalerilla y descender suavemente. Javier, José y yo nadábamos (sí, esta vez también José, y era un buen nadador), pero el resto parecían boyas tratando de desplazarse. No estaban acostumbrados al mar (de hecho yo tampoco, pero el Volga es muy ancho y a veces cuesta ver la orilla). No podía buscar el roce inocente con ellos, cuando uno no nada seguro jugar a las aguadillas es lo peor que puedes hacer. Pero para que no nos cansásemos tanto, los marineros arrojaron unas planchas de madera que debían ser salvavidas, pero que a ellos les servían para recostarse.

Me dediqué a ir de uno a otro aprovechando para recostarme en sus tablas y charlar un poco con ellos. Con los dos inmensos americanos lo que hice fue aguantarme a sus

espaldas, mientras podían notar mis pechos contra ellos. Mis manos recorrían sus muslos mientras hablábamos, pero ellos no dejaban ir las tablas ni que los mataran, así que se quedaron calientes y sin probarme.

El mejicano, que tampoco parecía necesitar tabla y después del coche estaba rabioso por catarme, rápidamente dejó que una de sus manos dejara de aferrar la tabla para hacerme un rincón y la puso sobre mi cintura atrayéndome a él. Mi cadera quedó pegada a su entrepierna y le sonreí traviesa mientras su mano pasaba a ocuparse de mi nalga, tocando a gusto y más apretando que acariciando. Yo le llamé perverso y él sólo sonrió. Le dije que yo también podía ser mala y mi manita así lo demostró, volviendo a tomar su sexo mientras sus dedos se atrevían a explorar entre mis nalgas.

—Vas a hacer que me corra. —Le mentí en castellano.— Me tienes recaliente desde el auto. Cuando la noté así de dura me mojé toda.

—Estás rebuena. —Mientras su mano ya se perdía entre mis muslos buscando mi sexo bajo el bañador. Por suerte el mar no te deja quieta un minuto y continuamente nos separaba y juntaba de nuevo. Como yo tenía donde agarrar me aprovechaba de la ventaja y mi mano hundida buscaba su placer sacudiéndolo, pero él me perdía y tenía que recuperar el terreno perdido, lo que provocó unas risas.

Me giré para darle mis nalgas y eso le dejó boquiabierto. Mirando a Clifford con mi mano aposenté su sexo entre mis muslos y en un par de vaivenes sentí cómo explotaba. Me separé de él dejándole que se arreglara solo y nadé hacia Mr. Clifford y se acabaron mis risas. Sujetándose a la tabla me dejó un espacio que ocuparon mis pechos sobre sus manos, ya que yo le tomé de la cintura.

—Prohibido tocarte, tu leche es mía y la tendré esta noche ¿entendido? —Le dije mientras mi otra mano le apretaba la entrepierna con huevos incluidos. Pude ver cómo su mirada se iluminaba y hacía hasta un gesto de dolor, pero no salió sonido alguno de su boca.— ¿Entendido? —Y, de nuevo, su mirada sumisa apareció y mirando mis pechos que reposaban sobre sus manos, me respondió.

—Sí, ama.

Me alejé y volví al barco, subiendo por la escalerilla radiante y goteando agua. Naturalmente todos me siguieron y ascendieron tras de mí. Me sequé al sol de la tarde, dejando que contemplaran mi biquini mojado que transparentaba puntiagudos pezones y los labios de mi sexo.

Antes de iniciar las maniobras de vuelta los marineros sacaron fruta, quesos, taquitos de embutido y cosas para picar junto con una mesa preparada con botellas fijadas en los agujeros, sólo después que todo estuviera listo alzaron el ancla y fuimos, a motor, suavemente, recorriendo el camino de vuelta.

Todos nos servimos generosas copas y picamos lo servido. Momentos de revoloteo alrededor de la mesa que aprovechamos para roces e insinuaciones. Mis nalgas fueron sobadas a gusto por todos, ante mi total complacencia, a veces incluso por dos a la vez. El mejicano llegó incluso a insinuar un dedo entre ellas y le miré divertida reprendiéndole mientras mi muslo rozaba su entrepierna.

Cuando se me vertió parte de la copa sobre mis pechos todos sonrieron, pero fui yo la que otorgué el derecho a limpiarme a...:

—Mr. Clifford, he sido un poco torpe. Límpieme. —Le ordené ante el asombro de todos. Rápidamente él fue a tomar una servilleta, pero yo le solté con fuerte acento ruso.— Así no, con los labios. —Todos rieron creyendo que era una broma, pero Mr. Clifford vino rauda a chupar la bebida de mis pechos. Yo le tomé la cabeza con la mano y lo aplasté contra ellos mientras le permitía succionarme un pezón ante todos los invitados riendo a carcajadas.— Buen chico. —Y me lo separé, despidiéndole con un azotito en el culete.

Me miró con ojos de odio, pero yo sabía que le había encantado. Pero hacerlo ante el resto era bordear el límite. Así que ahora tomé al mejicano y le hice limpiarme el otro

pecho y lamirme el otro pezón sobre el biquini. Los dos americanos no querían ser menos, pero yo les dije que ya estaba limpia, y ellos me persiguieron diciéndome que también tenía bebida en las nalgas.

—Oh, ¿sí? —Dije apoyándome en la mesa y sacando mis posaderas bien afuera.— Pues ayúdenme, por favor. —Y raudos, los dos se aprestaron a tomar las nalgas con las manos y darles unos tiernos y dulces besos. Yo me los sacudí rápido, pues uno de ellos quería insinuar un dedo entre las nalgas. Y con una risa finalicé la broma para irme con Javier, abrazarlo y pedirle (en inglés) que me limpiara la boca, por favor. Nos comimos la boca mostrando claramente nuestras lenguas, marcando territorio y mostrando que había límites.

Y así fue como volvimos a entrar a puerto, conmigo sentada en el regazo de mi marido mientras reíamos, bebíamos, y mi mano se posaba bajo mis nalgas, acariciando el sexo de mi hombre delante de todos.

Business...

Volvimos tarde a la casa, sudados y deseosos de una ducha. Y eso hicimos, Javier y yo nos duchamos juntos. Él me enjabonó mientras me recriminaba.

—Te has dejado sobar a gusto, ¿eh? Notabas sus manos recorriendo tu cuerpo y lo disfrutabas, ¿verdad? Seguro que estás deseando ahora de nuevo sus manos en tu culo o en tus pechos. —Y mientras lo decía lo hacía y yo lo disfrutaba. La esponja cayó pero sus dedos siguieron pellizcándome los pezones y penetrándome ano y sexo. Pero él, consciente de lo que eran las orgías de las reuniones business con hombres de negocios y prostitutas, sabía que eso había sido muy comedido en comparación con otros “cierres de negocios”.

Me giró con brusquedad y su boca tomó la mía mientras sus dedos me pajeaban con fuerza y su pulgar buscaba mi clítoris. Yo le decía que sí, que era una puta y que quería sentirlos a todos manoseándome y penetrándome. Resbalábamos el uno sobre el otro. Lo cierto es que tanta insinuación y sobeteo me habían dejado muy caliente y ahora quería mi orgasmo, lo necesitaba. Pero él fue todavía más perverso y dejó que el agua aclarara nuestros cuerpos mientras yo me retorecía y salió lanzándome una toalla.

Yo no me lo podía creer, le sabía tan excitado como yo ¿me iba a dejar así? Eso sí que no. Pero cuando me sequé un poco y le alcancé en el dormitorio le vi sonriente ante el balcón abierto. Desnudo, me esperaba. Nos abrazamos los dos desnudos y ahora nuestras manos recorrieron el cuerpo del otro. Vaya si estaba preparado él, y yo estaba chorreante, ninguna toalla podría contener aquellos flujos que apestaban fuerte a sexo.

Me recostó contra la baranda del balcón y entonces pude ver lo que tanto le había hecho sonreír. Abajo, entre los setos, José estaba derecho, observándonos, pero había otra figura entre sus piernas, seguro que era Natalia. José y yo nos miramos, por la distancia no podía estar segura, pero mi impresión fue que sonreía cuando Javier se situó tras de mí. Sus manos sujetaron firmemente mis caderas, mis brazos asieron con fuerza la baranda del balcón y su sexo me empaló de una sola estocada. Yo estaba muy húmeda, pero notarlo abriéndose camino dentro de mí me hizo gritar de placer.

Javier fue brutal esta vez, sus caderas no paraban hasta hundirse cada vez hasta el fondo en mí y se retiraban hasta casi la punta antes de volver a empalarme y notar cómo entraba hasta casi sus huevos. Natalia se alzó, y ahora fue el turno de José situarse tras ella y rodearla con un brazo que serpenteó entre sus shorts. La estaba masturbando mientras ella nos miraba y se acariciaba los senos. Yo gemía, gemía para ellos y para dejar ir el aliento en cada embestida, abriéndome más y más a mi hombre.

Hasta que Javier casi me alza del suelo en una última embestida que lo llevó a derramarse en mí y a mi cuerpo a estremecerse notando cómo me llenaba con su leche y recorriéndome el latigazo del placer con un último estertor que me dejó lánguida y relajada. Javier se me acercó por detrás y me besó el cuello, orejas y me llevó adentro, otra vez a la ducha, pero esta vez sólo para limpiarnos y relajarnos.

Nos vestimos mucho más informales esta vez. La cena no sería tal, sólo cosas para picar y una copa. Cuando nos reunimos todos estuvimos de acuerdo en que estábamos demasiado cansados para bajar al pueblo, así que rápidamente llegaron las copas y los puros, la visión del jardín, pero esta vez no hubo baile. Con Natalia nos recogimos todos. Pero antes de salir me las apañé para quedar a la altura de Clifford y recordarle: “*Nada de tocarle*”. Me miró extrañado, pero no le di tiempo a nada más, saliendo con Javier hacia la habitación.

Pero ahora, satisfecha, todavía con el regusto del vino en mi paladar, mi actitud cambió. Fui al dormitorio y abrí la bolsa que había estado cerrada desde que llegamos. Javier me miraba sentado en el sofá, mientras yo desplegaba sobre el lecho mi disfraz, ordenándolo todo como una cirujana.

Me desvestí y me unté con crema todo el cuerpo mientras Javier solamente me miraba (admiraba) sin hacer un solo comentario. Me peiné recogíendome el pelo en una trenza que luego usé para hacerme un moño y me maquillé exageradamente con sombra de ojos oscura y labios de un rojo chillón. Entonces cerré la puerta del baño, mi limpieza íntima todavía la hago a solas por pudor, especialmente cuando tengo que asegurarme que la parte de atrás está impoluta para... juegos mayores. Me tomé mi tiempo, pero cuando salí era una diosa del sexo y lo vi en la mirada de Javier. Pero pobrecillo, todavía no sabía la mitad de lo que le esperaba.

Desnuda me acerqué a la cama y procedí a enfundarme el traje recordando las instrucciones de Yolanda para que no hubiera ningún desgarrón ni pliegue. Volver a sentir el tacto de esa piel me hizo entrar inmediatamente en el papel que me correspondía. Con las piernas enfundadas me sentí poderosa, como si unas manos recorrieran continuamente mis muslos. Me aseguré que no quedaba ni un pliegue antes de continuar con el corsé, el bendito corsé que Javier tuvo que ayudarme a ajustar (y yo a frenarlo para que no fuera más allá). Finalmente enganché las medias de cuero con el corsé asegurando los remaches y todo quedó como una segunda piel que me acariciaba más que oprimía. Los guantes hasta más allá de los codos y los botines burdeos. Y entonces, sólo entonces, aquella impúdica tanga de cuero vino a apretar mis labios y encajar las últimas partes.

Ahora mi sexo era oprimido como por una mano y cada movimiento acompañado del roce de piel con piel. El deseo de sentirme sobada y admirada. No me hizo falta el espejo. La brillante mirada de Javier, que por primera vez me veía así vestida, lo dijo todo. Pero me tomé mi tiempo asegurándome que todo estaba perfecto y, finalmente, la máscara veneciana y la fusta. La hice restallar en mis muslos y fue música para mis oídos. Javier se levantó con su falo enhiesto.

—No, ahora no. Busca la cámara de vídeo, ¡rápido! —Me salió la voz imperiosa, con acento ruso marcado, ladré la orden. Y él obedeció.

Los dos nos enfundamos en nuestros albornoces y tomé la bolsita con el resto de cosas que necesitaba. Salí radiante, altiva, poderosa, y Javier me siguió. Me dirigí directa al bungalow de Mr. Clifford y llamé a la puerta con la fusta. La luz estaba encendida, le hice una seña a Javier para que empezara a filmar. Bajo mis indicaciones, él se había puesto un pasamontañas en la cabeza y se mantenía al lado de la puerta para no espantar a Mr. Clifford.

Noté cómo miraban por la mirilla y, seguidamente abrieron un poco la puerta. El americano asomó la cabeza por el resquicio y yo usé mi marcado y exagerado acento ruso para ladrarle la orden:

—Abre a tu ama.

Rápidamente abrió la puerta, como si la sola voz hubiera activado algún resorte en su cerebro y pasó dentro empujándole a un lado. Tras de mí entró Javier, cámara en ristre con el foco de luz ante él.

—Si os habéis creído que podéis chantajearme con una filmación estáis muy equivocados... —empezó a ladrar Clifford.

Pero yo cerré la puerta y le empujé al sofá. Estaba en albornoz también y al desanudarse el cinturón pudimos ver que estaba desnudo bajo él. Pocas cosas hay que intimiden más que estar desnudo ante otros vestidos, así que rápidamente procuré que lo estuviera.

—¡Calla! —Fue la única vez que alcé la voz en toda la noche.— ¿Quién te ha dicho que puedes hablar? Sucia mierda depravada. —Le dije mientras mi botín se situaba en su pecho y dejaba deslizar mi albornoz al suelo mostrándome ante él como una diosa. Le mantuve contra el sofá apretándole el tacón del botín en el pecho y dejándole una visible marca. Su mirada lo decía todo, se estaba empapando con mi presencia y se deleitaba con su sueño hecho realidad (o tal vez... ¿mejor que su sueño?).

Cuando vi que su mirada ya estaba en pleno éxtasis retiré mi pie. Un círculo rojo mantenía el recuerdo de mi tacón en su pecho. “*Levántate esclavo*” y así lo hizo. Mientras Javier se movía en la habitación para tomar buena posición y grabarlo todo, como una sombra. Yo situé mi esclavo en el medio de la habitación y me dediqué a recorrerlo con la mirada mientras daba vueltas a su alrededor. No le toqué, pero con la fusta le deshice el flojo nudo del albornoz y con suaves toques lo separé de sus hombros hasta que se deslizó al suelo. Con el pie lo aparté y lo lancé al extremo, a un rincón de la amplia habitación y seguí con mi recorrido.

Ahora mi fusta recorría su desnudo cuerpo mientras él no sabía dónde mirar. ¿Al suelo con sumisión? Pero entonces no podría ver esa diosa que lo visitaba. Optó por mirar al suelo cuando yo estaba delante, pero seguirme con sus ojos mientras yo daba la vuelta. Mi fusta recorría ahora su fofo cuerpo. Los pechos caídos, la barriga, las nalgas, la pollita medio tiesa... Tras tres vueltas, cuando estaba detrás de él, dejé mi fusta resbalar entre sus nalgas y que saliera por delante, acariciando sus huevos. Di un leve azote, sólo un leve azote para despertar su sexo, y reaccionó, su polla se empinó de inmediato ante el suave azote. Continué mi recorrido hasta plantarme ante él.

—Vaya mierda de esclavo. —Dije con mi voz que ya era de dómina, la del papel de dómina, con marcado acento ruso.— Pero me tendrá que valer por esta noche. No me gustas, estás fofo y débil, no creo que me vayas a servir. Pero te daré una oportunidad, sólo eso ¿entendiste? —Y mi fusta le hizo alzar la barbilla permitiéndole mirarme.

—Sí, ama. —Dijo. Se le notaba la boca seca, tuvo dificultad para hablar. ¿Sería la excitación? La fusta dejó de alzarle la barbilla y su mirada cayó de nuevo a mis pies.

Rebusqué en la bolsa y saqué unas esposas. Le tomé los brazos (por primera vez le tocaba con mis guantes) y se las puse en las muñecas atadas a la espalda. Volví frente a él y, muy bajo, casi en un susurro, le ordené arrodillarse. Se dejó caer de inmediato sobre sus rodillas y yo me acerqué más a él. Mi sexo quedaba a la altura de su cabeza, pero su mirada seguía baja en mis pies. “*Lame*” y se recostó (con dificultad por tener las manos a la espalda).

Lamió mis botines haciéndolos brillar todavía más, su lengua los recorrió enteros, pese a que parecía tener problemas para segregarse saliva, su dedicación era encomiable y lamía con lengua y labios. A estas alturas mi sexo estaba húmedo y empezaba a oler, mi olor nos llenaba a los dos. Uno de mis pies se desplazó y se puso sobre su espalda clavando el tacón. Él se estiró completamente en el suelo y siguió lamiendo.

Me aparté y volví a rodearlo. Ahora su cuerpo estaba totalmente desnudo estirado en el suelo. Uno de mis botines golpeó suavemente su pie y él, en respuesta, abrió las piernas. Me acerqué entre ellas y tuve que agacharme un poco para que la fusta recorriera sus nalgas y se perdiera en la entrepierna meneando sus huevos. El sexo le había quedado aprisionado bajo su cuerpo, debía estar excitado y empalmado. Javier filmaba tras de mí, debía tener un primer plano de mis nalgas abiertas por la tira de cuero y del culo, blanco, asquerosamente blanco y fofo, de mi esclavo.

Le azoté las nalgas una y otra vez, azotes duros y secos que las enrojecieron, pero sin abrir la carne, no quería dañar sino dar placer. A cada golpe él contenía el aliento y acabó gimiendo quedo. Entonces me situé con las piernas abiertas alrededor de su cintura y procedí a azotar sus huevos entre las piernas. La filmación debía captar mis pechos por delante y los enrojecidos huevos de mi esclavo. De nuevo, cuando enrojeció, me aparté y le hice volver a ponerse de rodillas.

—No has chillado, bueno, tal vez no seas un desastre total. —Dije para animarle.— Puedes mirarme.

Y ahora pudo verme en todo mi esplendor mientras yo rebuscaba en mi bolsa otro tesoro. Me paré frente a él y su mirada se alzó buscando la mía. Yo no sonreía, sólo ordenaba. “*Bájame la tanga, con cuidado, si la rompes te haré sangrar*”. Él, de rodillas ante mí, lo intentó, lo intentó con toda su alma, su boca buscó los bordes y tiró, pero se

le escapaba la fina tira. Entonces lo intentó con el triángulo, que es lo que yo buscaba, y rápidamente se empapó de mi flujo, de mi olor, de mi marca de posesión.

—Inútil. —Me retiré un poco y le lancé un latigazo en la mejilla que le trazó la cara con una marca roja. No lo hice fuerte, con esa fusta no hacía falta fuerza. Sus chasquidos dejaban una marca roja a su paso, una dulce impronta de dolor sin sangre que se traducían en placer en mi esclavo.

Yo ya sabía que no podría. Había que separar los engarces, pero quería que se empapara de mi olor y que fregara su cara en mi entrepierna. Fui yo misma quien retiré los enganches y dejé que, ante su cara, la tira de cuero quedara colgando. Mis propios flujos impedían que el cuero, el triángulo de cuero, se despegara y lo retiré con dos dedos ante su cara mientras él descubría ante sus ojos mi sexo depilado, núbil, pero pringoso. Abrí los muslos para sacar la tela y se la refregué por la cara.

—No has sido capaz de cumplir una simple orden. Ahora lámelo y límpialo. —Y con su lengua recorrió toda la tanga tratando de limpiarla pero, naturalmente, sin manos, no pudo. Lo que sí que pudo hacer fue saborear mi gusto, un gusto que sabía que ahora desearía más que nada en el mundo. Mi sexo seguía ante él cuando le retiré la tanga de la boca y la lancé al lado de la bolsa.

Me quedé un rato así, ante él, para sentir su deseo, para dejar que creciera en él. Ahora pudo contemplarme entera, mi estilizada figura enfundada en cuero burdeos, mi máscara, los largos guantes, mis dedos tomando el látigo flexible y curvándolo frente a mí. Mucho mejor que el látex, sin duda. Y todo, todo, impregnado con mi olor, ese fuerte olor a sexo, ese olor que ya jamás podría olvidar. Mi marca.

Tenía mi sexo ante él, húmedo y abultado, mis labios mayores mostraban mi excitación y mi olor ya era denso y pesado. Mientras él miraba con ojos vidriosos, extasiado, yo desplazé uno de mis pies y aprisioné su sexo contra el suelo, pisándolo y ejerciendo cada vez más presión. Su boca se abrió en un contenido gemido, sus ojos lagrimearon, pero cuando los abrió para mirarme estaba en el más absoluto éxtasis. Se corrió, se corrió bajo mi pie y yo mantuve la presión para que tuviera su momento de placer, embadurnando la suela de mi botín.

—Qué asco, límpialo.

Y puse mi pie en una silla que acerqué al centro de la sala. Se acercó de rodillas y lamió la suela del botín y tragó su propia simiente hasta dejarlo todo brillante y limpio. Entonces le mostré lo que había tenido en mi mano todo ese rato, eran unas bolas chinas. Se las encajé en la boca y, mientras me recostaba en la silla le ordené:

—Métemelas. —Yo me abría de piernas y sacaba mis nalgas exponiendo mi sexo ante su cara y él procedió a seleccionar con la lengua la bola del extremo y acercarse a mi empapado sexo para introducirla a fuerza de empujar con la lengua y boca sobre mi sexo. Noté cómo la primera resbalaba por mi empapado sexo y trataba de introducirse y forzaba la poca resistencia de mi cueva (estaba tremendamente excitada y yo también).

Pero cuando trató de introducir la segunda yo forcé mis músculos y la primera resbaló fuera y casi le caen las bolas al suelo. Tuvo que empezar de nuevo, y esta vez su lengua tuvo que asegurarse que quedaba bien dentro de mí antes de empujar la segunda. Casi ni podía respirar cuando metía la tercera, pero perseveró hasta que la cuarta estuvo encajada y la empujó bien adentro con su cara y lengua.

Me volví a alzar notando dentro de mí las cuatro bolas moviéndose. Caminé unos pasos para que se me acomodaran bien y volví frente a él. Tenía toda la cara empapada con mis flujos y la polla otra vez tiesa. Bien. Saqué vaselina y me embadurné el culo ante su atenta mirada. Pero no sólo eso, entonces fui detrás de él y le embadurné el suyo. Su mirada se abrió y pude ver sus ojos saltones cuando le introduje un dedo enguantado por el ano. Reí suavemente sodomizándolo con mi dedo, denigrándolo, para luego pasar a forzarlo con dos dedos. Él empezó a gemir

acompañadamente con mi ritmo y su polla creció todavía más.

—Cerdo, no estoy aquí para tu placer. Veo que te gusta. ¿Disfrutas verdad? Eres una nenaza a la que le gusta que le metan dos dedos por el culo.

Lo cierto es que me estaba excitando yo todavía más. Sentir las bolas y penetrarlo a él me hacía sentir un montón de placer. Pero no era eso lo que tenía en mente. Dejé momentáneamente el ano de mi esclavo y me acerqué de nuevo a la bolsa, de donde extraje un plug anal con una amplia base para que se sostuviera en el suelo. Lo dejé en el centro de la estancia, le miré y miré al plug.

Lentamente, de rodillas, se desplazó hasta que su ano quedó encima del plug y entonces se alzó y empezó a empalarse él mismo. Yo no podía resistir más y me acerqué a Javier. Eso no estaba previsto, pero le tomé la cámara y la dejé en el suelo, la alcé un poco con una revista para que enfocara arriba y se viera el culo del esclavo y a Javier tras él. Entonces, sin mover a Javier, le desanudé el albornoz y se lo quité, acerqué la silla y me recosté en ella con las piernas abiertas mirando a mi esclavo que había parado.

Al verme siguió empalándose en el plug y Javier se me acercó por detrás y me empaló también de una estocada por detrás. La combinación de sensaciones de las bolas y Javier por detrás me llevó al éxtasis en pocas embestidas y cuando me venía el orgasmo pude ver que mi esclavo ya tenía todo el plug y estaba sentado con las nalgas tocando el suelo. Sus trallazos provocaron también mi orgasmo y gemí como una loca cuando sentí el placer recorrerme entera y la cara de éxtasis de mi esclavo soltando lechazo tras lechazo sin tocarse mirándome fijamente a los ojos.

Todos nos quedamos quietos después de que nos recorriera el placer, tomando grandes bocanadas de aire y tratando de regularizar la respiración. Javier salió de mí y fue a por la cámara (por suerte él tiene la mente fría y siempre sabe lo que hay que hacer).

—De rodillas.

Su cara quedó, de nuevo, a la altura de mi sexo. Yo alcé una pierna y puse el botín en su hombro, acercando mi ano a su cara. Entendió y procedió a sorber toda la simiente de mi marido con su boca y su lengua escarbó dentro de mí tratando de retirar hasta la última gota. Javier pasó el foco de la cámara de la boca al ano de mi esclavo cuando, poco a poco, yo le retiré el plug dejando un tremendo boquete en su ano para deleite del director.

Entonces le puse el plug en la boca para que lo limpiara y también eso captó la cámara. Era asqueroso, pero Clifford lo hizo con deleite mientras mi fusta jugaba con su caído y diminuto sexo. Una vez limpio el plug yo me acerqué a él, notando su sudor, pero también su placer, éxtasis. Nuestras caras quedaron pegadas, su aliento con el mío, su mirada y la mía, la suya de completa sumisión, la mía de completa dominación. Nos miramos en silencio, cada uno en su papel, cada uno disfrutando del otro.

Me alcé y procedí a liberar sus muñecas y guardar las esposas en la bolsa con el resto. Entonces tomé la cámara y la enfoqué hacia su cara. Sonreí por primera vez y él dijo a cámara: "*Thank you*". Corté y retiré la memoria SD de la cámara.

—No podréis hacerme chantaje. —Dijo como despertando de un sueño.

—No hace falta. —Dije yo ante su sorpresa pasándole la memoria.— Aquí tiene la filmación, para que la disfrute. Pero... —Mi voz se convirtió en un ronco susurro de placer, como sólo el acento ruso permite, un acento que ahora no era brusco sino suave y dulce, meloso y sugerente. —Pero si un día quisiera repetirlo,... tal vez,... quien sabe, tendría que firmar por los cien millones ahora. —Y le acerqué los últimos objetos de la bolsa, dos copias del contrato y un bolígrafo.

Su mirada era un poema. Ahora lo entendía todo. Una perfecta sesión no para el chantaje, sino para seducirlo. Una sesión que podía llevar a otra o... a saber que nunca más se repetiría. Sin garantías, sin chantajes. Nadie aseguraba que se repitiera nunca,

pero si lo deseaba, tenía que firmar.

—Te daré lo que pidas. Te pagaré lo que pidas por sesión, es tuyo, firmo ahora el cheque.

—Yo sólo lo hago por placer, ya tiene mi oferta,... a mí no se me puede comprar. Tal vez me apetezca repetirlo,... tal vez no. Pero si no firma seguro que no. No volverá a repetirse jamás.

Desnudo, en medio de esa sala que ahora olía también a sus excrementos, me miró de arriba a abajo y su mirada quedó caída a mis pies. Yo ya iba a marcharme, vencida, cuando su mano se acercó a los contratos e hizo una firma rápida en uno de ellos y me lo acercó sin dejar de mirar a las puntas de mis botines.

Recogí la bolsa y salimos en silencio, viendo como Clifford tomaba rápidamente la memoria para ir hacia su ordenador. La puerta se cerró silenciosamente mientras salíamos.

...is business

Por la mañana nos levantamos pronto. Habíamos citado a los inversores a las ocho de la mañana para examinar los contratos y cerrar el negocio en un sentido u otro, así que a las siete ya estábamos desayunando. Los inversores fueron pasando para avisar que les llevaran café, fruta o bollos a sus bungalós y se retiraban, estaban trabajando (para muchos americanos es normal levantarse sobre las seis de la mañana, así que era normal la cita a las ocho, aunque aquí pueda parecer una locura, y más en verano). Además, tenían sus aviones sobre el mediodía, y el desplazamiento a los aeropuertos (el de Girona o el de Barcelona) lleva su tiempo.

De manera que nos levantamos temprano, pero no por ello dejé de arreglarme un poco y vestirme informal pero sexy. Un micro-short que dejaban al aire mis nalgas, de tela fina, que me marcaba perfectamente el culito y mi entrecadera, junto con un top que, por debajo, dejaba descubiertos mis pechos si me descuidaba. Sí, iba provocativa, pero estaba de vacaciones y nosotros pronto saldríamos de viaje de novios. Esta vez me puse un calzado deportivo y no zapatos de tacón (a mi pesar, que soy rusa y eso de ir sin zapatos de tacón me cuesta).

José, Javier y yo desayunamos con hambre y buen ánimo. José no sabía nada de nuestro escarceo nocturno, así que también para él sería una sorpresa. A las ocho menos cinco empezaron a llegar los inversores y nos trasladamos (con tazas de café y algo de comer) a la sala de reuniones. Cuando estuvimos todos (cada uno con sus notas, ordenador y papeles), Javier tomó la palabra.

—Bien señores, ante todo les queremos agradecer su dedicación y esfuerzo para ayudarnos a configurar y presentar la propuesta, su tiempo para escucharnos y sus aportaciones al proyecto, que han resultado en importantes mejoras. —Y aquí hizo una pausa.— Pese a todo, por suerte para nosotros, Mr. Clifford se ha adelantado y ha asegurado la financiación del ciento por ciento de la propuesta con el capital de su fondo por un importe de cien millones de dólares. Así que la ronda ha quedado completada con éxito con su aportación. Muchas gracias de nuevo a todos y...

Todo el grupo se volvió a mirar a Clifford, que sonreía satisfecho para simular que se había apuntado un tanto. Pero la mirada del resto de inversores no era tan complaciente. Veían en aquello una artimaña de Clifford para apartarlos, y ahora todos querían participar y que les cediesen parte del pastel. Aquí fue cuando intervine yo.

Esperé a que se acallaran las quejas (gritos incluidos) y entonces hice mi propuesta, ampliar cincuenta millones la propuesta de financiación, dando participaciones a los nuevos inversores y acelerando las fases dos y tres. Ello implicaría que, como no variábamos la parte proporcional de José (la parte que también participaba Javier), automáticamente el valor de la compañía se incrementaba en casi un veinte por ciento (y el valor participado por José —y Javier—, todavía más).

En un cuarto de hora cerramos el acuerdo y sí, entonces fue la hora del cava. José avisó que trajeran el cava (y algo de marisco fresco que ya tenía encargado) mientras yo revisaba las firmas y los papeles. Sí, parecerá un poco raro, pero yo siempre compruebo las firmas con los pasaportes (soy rusa y... bueno, es que los catalanes a veces son demasiado confiados). Descorchaban la primera botella cuando yo estaba terminando de ensobrar y repartir las copias (con los pasaportes) y no pude participar del primer brindis, porque estaba en el despacho de José dejando a buen recaudo los originales firmados. Cuando bajé todo eran risas y celebraciones y tuve que recuperar el terreno perdido. Todos querían brindar conmigo.

Besé a Javier y tomé la copa que me alcanzó y brindamos mientras él me abrazaba por la cintura. Me deshice de mi marido y fui a brindar con José, que con la mirada feliz y brillante de deseo y reconocimiento por la última jugada me besó dejándome los labios

amoratados (no me metió la lengua, malpensados, aunque sí que su mano libre rodeó y acarició mis nalgas justo en el punto en que terminaban mis indecorosos mini-shorts y bajó acariciando la redondez de mis prietas carnes).

Reímos de la travesura y se acercó el mejicano, que también me dio un beso en mis labios y aprovechó para acariciar la redondez de la parte descubierta de mis nalgas antes de dejar paso al siguiente, uno de los americanos gordos, que ni corto ni perezoso me abrazó y plantó dos besos en mis mejillas mientras su mano libre de la copa me tomaba por la cintura y subía hasta mi pecho, aprovechando para degustar mi pezón por debajo del top.

Me giré como huyendo, pero me topé con el otro americano gordo y entre los dos vaya si hicieron sándwich. El segundo gordo me besó en los labios mientras su mano me recorría toda la figura y yo podía notar, entre risas, como el de detrás seguía con mis nalgas. Pero quien lo frenó todo fue Mr. Clifford, que separó bruscamente a los dos gordos de mí y quedó encarado hacia mi persona. Su mirada era seria, miró a un lado y al otro espantando los moscones y luego me miró a mí, directamente a los ojos, serio.

Pero entonces pude ver el fondo de su mirada, un brillo de deseo animal, el depredador de nuevo, pero el cazador apresado, sin saber qué hacer, inmóvil. Fui yo quien me acerqué a él y le rodeé el cuello con mis brazos dejándome colgar de él, mi cuerpo contra el suyo, mi aliento en su cara, mi presencia y olor envolviéndole.

—Muy bien mi gatito, así me gusta. —Lascivamente, delante de todos, apreté mi vientre contra el suyo contoneándome.— Acerqué mi cara a la suya, sonriente, mientras él se mantenía serio y totalmente quieto. Y entonces le lamí con mi lengüecita de la barbilla, recorriendo sus labios y subiendo hasta lamer la mejilla y acabar en el interior de su oreja.—*New business, new adventures.* —Y le di un beso en la mejilla separándome y yéndome a refugiarme en brazos de mi marido.

Mr. Clifford se quedó quieto todavía mucho rato, erecto (en todos los sentidos), tardó en reaccionar e irse a su cuarto (¿a ver alguna grabación? ¿A recoger?) y el resto nos quedamos bebiendo ese fresco y seco cava que resbalaba por la garganta suavemente mientras Natalia y yo coqueteábamos con todos y todos nos coqueteaban.

Llegaron los taxis cuando estábamos con la tercera botella. El servicio cargó las maletas y Natalia, José y Javier despedían a cada invitado, pero era yo la del último beso, abrazo, roce (y todos lo hicieron) para que se despidieran con un buen recuerdo para el viaje. Clifford fue el último. Ya sólo quedábamos nosotros y todos se apartaron un poco cuando yo me acerqué para despedirme.

—Puedes tocarme. —Dije, seria, mirándole a los ojos. Se abalanzó sobre mí y sus manos se perdieron en mis nalgas mientras me besaba los pechos y mordía los pezones con desespero. Le di treinta segundos y sólo tuve que decir una palabra suave, pero cortante, en tono moderado:— Basta. —Y se apartó y volvió a mirar a mis pies.— Vete. —Y se introdujo en el taxi sin decir nada y partió.

Natalia no se lo creía y nos miraba a Javier y a mí esperando explicaciones. Javier me miró, como preguntando qué contar o cómo hacerlo, pero yo le tomé de la mano y me lo llevé hacia la piscina dejando que Natalia y José nos siguieran. Una vez ante la piscina me tiré a los brazos de Javier con un beso de tornillo y empecé a quitarle la ropa tirando del suéter arriba y desabrochándole los pantalones.

Quedó en calzoncillos esperando mientras yo en un segundo me deshice de top y mini-shorts, quedando desnuda. Me quité las zapatillas pinzando la suela con un pie y retirando la del otro y salté con el traje de Eva al agua. Javier no tardó a deshacerse de su calzoncillo y seguirme y nadó tras de mí hasta alcanzarme y abrazarnos mientras nos besábamos.

Javier y Natalia, también desnudos, se reunieron con nosotros. El servicio había sacado cubiteras con hielo y cuatro copas y se retiraban cuando nuestros cuerpos empezaron la celebración con abrazos y besos de unos a otros. Mis manos exploraron

tanto el sexo de Natalia como el de José mientras Javier me sostenía y acariciaba, con mis muslos anudados a su cintura.

En la zona poco honda todo se precipitó. Natalia me abrazó y besó mientras nuestros pechos se encontraban y nuestros pezones se rozaban, yo girándome para tomarla y dejando mis dedos resbalar por su sexo. Pero Javier por delante y José por detrás exploraban mis agujeros y trataban de colar sus capullos en ellos.

José tuvo dificultades y Javier ya estaba medio dentro cuando él me perforó con dos dedos y empezó a dilatar mi ano. Mi lengua se retorció en la boca de Natalia que jadeaba por el movimiento de mis dedos en su sexo y ano. Javier esperó paciente y noté cómo su polla se inflamaba antes que la de José penetrándome el ano, la situación le excitaba. Los dos me empalaron, por delante y por detrás, mi mano jugando con Natalia y, entonces, noté cómo una mano extraña se colaba entre mi vientre y el de Javier y se ponía a acariciarlo cuando él se salía de mí en cada embestida.

Natalia nos acariciaba y José se limitaba a dejar hacer a Javier y disfrutar. Javier llevaba el ritmo y yo notaba esas dos pollas deseosas de la rusa guarra que los había estado volviendo locos durante tantos días. No me pude contener, no quería contenerme, y apreté fuerte a Natalia consiguiendo que las dos nos corriéramos a la vez, ella poniéndose rígida, y yo entre espasmos y sacudidas. Aquella electricidad recorriendo mi cuerpo me liberaba y me permitía celebrar el éxito de todo mientras mis esfínteres ordeñaban mis dos niños y notaba cómo se derramaban en mí llenándome con su ofrenda. Acabé abrazada a Javier, que todavía me empalaba mientras José se había escurrido de mí y besaba a Natalia, que se dejaba mecer en sus brazos, satisfecha, roja, saciada.

Todos nos sacudimos para limpiarnos, nadamos un poco y salimos a tumbarnos, desnudos, en las hamacas a tomar nuevas copas de fresco y relajante cava. El sexo nos había relajado y ahora podíamos disfrutar del éxito. Entonces fue cuando José dijo: —Te mereces medio punto de participación, eso sólo por si algún día es tan tonto como para dejarte. —Javier le miró entre ofendido y divertido.

—Ponlo por escrito antes de que salgamos de luna de miel. —Dije seria.

—Rusa.

Y así fue como me aseguré mi jubilación pasara lo que pasase en el futuro.

Y sí, nos fuimos de viaje de luna de miel durante quince días. Pero volvimos, tenía que pagar la factura de las reparaciones del piso nuevo y Julián seguro que estaría deseando verme de nuevo en casa y tendría que conocer a los vecinos y...

SANDRA CRACOVIA (1979), rusa de Volgogrado, profesora de primaria por formación, vino a Barcelona con veinte años y se enamoró de la ciudad y su gente. Desde entonces ha viajado pero siempre con residencia en la ciudad de la barca, el cielo y las olas. Pragmática y trabajadora, ha sabido combinar el hacerse una carrera profesional con disfrutar de los placeres que le da la vida. Ahora escribe en sus ratos libres para excitar, para hacerse desear, para despertar la imaginación de los lectores y podérselos imaginar leyéndola a solas o en compañía, deseando vivir las experiencias narradas por ella, con ella. (<https://www.amazon.com/author/sandracracovia/>).